

SS
SERVICIO SECRETO

TONY M. TOWER

EL GRAN MILLER

Tenía un aire trágicamente desolado el «afiche» publicitario, de vivos colores, que medio desgarrado, quedaba aún adherido a uno de los grandes vagones del circo. Ese aspecto triste de los periódicos y de los anuncios viejos, que ya han cumplido su misión. Es decir, que han muerto.

La lluvia violenta del corto invierno de Florida le había privado de su alegría tipográfica. En realidad, todas las calladas instalaciones del circo de los hermanos Rilman y Braum, parecían dormir, como los reptiles aletargados de sus colecciones, esperando la llamada de la primavera para iniciar la «tournée» y con ella, la actividad, el estrépito y el fenomenal desorden, sólo aparente, de aquella comunidad de gentes absurdas.



Tony M. Tower

El gran Miller

Bolsilibros: Servicio Secreto - 225

ePub r1.0
jala y xico_weno 17.11.17

Título original: *El gran Miller*
Tony M. Tower, 1954

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





Tony M. Tower

El gran Miller

1ª. EDICIÓN

NOVBRE. - 1954

EDITORIAL BRUGUERA
Proyecto, 2-T 284453
BARCELONA (6)




EL GRAN
MILLER
POR TONY M. TOWER

CAPÍTULO PRIMERO

Tenía un aire trágicamente desolado el «afiche» publicitario, de vivos colores, que medio desgarrado, quedaba aún adherido a uno de los grandes vagones del circo. Ese aspecto triste de los periódicos y de los anuncios viejos, que ya han cumplido su misión. Es decir, que han muerto.

La lluvia violenta del corto invierno de Florida le había privado de su alegría tipográfica. En realidad, todas las calladas instalaciones del circo de los hermanos Rilman y Braum, parecían dormir, como los reptiles aletargados de sus colecciones, esperando la llamada de la primavera para iniciar la «tournée» y con ella, la actividad, el estrépito y el fenomenal desorden, sólo aparente, de aquella comunidad de gentes absurdas.

El hombre que inmóvil contemplaba el gran cartel que sirvió para la publicidad de la anterior campaña, leía con atención todos los nombres, hasta los más pequeños que aparecían al final, perdidos entre las listas de precios y el personal técnico. Su curiosidad estaba plenamente justificada, puesto que le eran familiares la mayor parte de las personas que figuraban en el cartel. Sintió pasos que se acercaban y encogiéndose como un corzo asustado, se apartó prestamente, para situarse un poco más allá y disimular del mejor modo posible.

Un tipo grueso, en camisa, pasó a su lado sin mirarle, y se alejó camino de Miami, a buena marcha.

Durante unos minutos, el hombre del traje gris, arrugado y deslucido, se mantuvo en la misma actitud de reserva. Fumaba nerviosamente, apretando el cigarrillo entre los dedos, y al fin lo arrojó al suelo, pisándolo con rabia. Murmuró:

—¡Esto es una idiotez! ¡Cualquiera diría que soy un principiante

tímido!

Se dio vuelta y acercándose al vallado que alternando con los mismos vagones cerraba el campo de invierno de los hermanos Rilman y Braum, empujó la pequeña cancela, pisando ya decidido en el interior del recinto.

El silencio era sólo relativo. De los vehículos llegaban retazos de conversación. Se cruzó con una pareja, él, delgado y alto, con ojos saltones, y ella, musculosa como un gladiador, que le observaron con curiosidad El recién llegado apartó la mirada con disgusto y continuó, mientras la mujer decía a su compañero:

—¡Oye! ¿No es ese «El Gran Miller»?

—Sí. Le reconocí enseguida. ¡No sé qué diablos buscará aquí! Supongo que no pretenderá encontrar trabajo… —contestó el hombre, con la voz llena de rencor.

La mujer, conocida por el público de medio continente como «Anita Acero», se mostró más sensible.

—¡Pobre muchacho! ¡Aún recuerdo cuando debutó con nosotros en Nueva Orleáns! Siempre he creído que algo le sucedió…

—¡Claro que le sucedió! —La risa del esquelético «hombre de goma» era fina y aguda como él mismo—. ¡Se hizo demasiado amigo de la botella! No es el primero que recurre a ella para olvidar a alguna mujer. Tú no entiendes de eso, puesto que eres una cosa intermedia. ¡Tenías que haber nacido hombre! Aunque, bien mirado, entonces no habrías podido ganarte la vida levantando pesos.

Anita refunfuñó algún insulto. Al final se entendieron sus palabras.

—¡Igual pretendes ser tú la representación del sexo fuerte! ¡Puedo alzarte con una sola mano, y lo sabes bien!

Desaparecieron en el interior de uno de los coches, en tanto «El Gran Miller» de los carteles, y simplemente Erle Miller para los amigos, continuaba avanzando con poca decisión. Dio vuelta a una pirámide de palos y entonces se metió de lleno en la zona de actividad.

Un grupo de muchachos, con el «maillot» viejo de los entrenamientos, saltaba sobre la cama elástica, sin nada que se interpusiera entre ellos y el cielo azul. Un tipo de edad les dirigía, corrigiendo con voces destempladas sus errores. Ni ellos conocían a

Miller, ni éste a la «troupe». Por eso pasó a su lado relativamente tranquilo. Un poco más allá, se quebró su suerte. Hubiera deseado que nadie le hablara y el inoportuno de Chisco Grant, el cuidador del «zoo», le salió al paso, con un par de rasquetas en las manos. Venía de limpiar cuidadosamente a sus pupilos predilectos, la pareja de elefantes africanos llegada aquel mismo año al circo, y gritó, alborozado:

—¡Caramba, Miller! ¡Es estupendo ver de nuevo a los viejos amigos en Rilman y Braum! ¿Qué tal van tus asuntos, muchacho? ¿Tienes contrato?

Sin duda, la vista de Grant no era muy buena, pues bastaba echar una ojeada a Miller para comprobar que no sólo no tenía contrato, sino tampoco la menor cantidad de plata en los bolsillos. La barba de un par de días contribuía a reforzar la impresión. Llevaba la camisa sin corbata y con el cuello deshilachado. Y las profundas ojeras que rodeaban los párpados hablaban bastante elocuentemente acerca de la clase de vida que llevaba.

—¡Estupendo, viejo! —contestó Miller, haciendo un esfuerzo por sonreír—. Vengo en visita de cortesía. Caí casualmente por Miami y me dije: «Haremos una visita a los amigos de antaño». ¿Dónde tiene su guarida este año el lobo?

Grant señaló a su derecha.

—Detrás de las jaulas. Ya sabes que no quiere perder de vista a sus bichos. Se interesa más por una pantera negra que por media docena de hombres.

—En cierto modo, tiene razón. Una pantera vale más dinero. Por unos centavos se compra un hombre en cualquier parte del mundo. Y sobre todo, aquí, en Miami. Luego te buscaré para tomar una copa, Grant. ¡Hasta la vista!

Erle Miller dejó al cuidador, que, moviendo la cabeza sentenciosamente, le vio marchar. Comentó para sí:

—¡Lástima de chico! Aún recuerdo cuando era la estrella del circo y el jefe olvidaba sus fieras para destacar la actuación del «Gran Miller».

El empleado estaba acostumbrado a las ascensiones fugaces y eclipses dramáticos de las luminarias de la pista. Podía contar por docenas los casos, pero a pesar de ello, no era capaz de evitar su emoción cada vez que contemplaba a un hombre con el fracaso

reflejado en cada mirada y en cada movimiento.

Miller caminaba rápidamente, sin detenerse a contemplar, ni siquiera saludar, a la gente que encontraba. Faltaban sólo unos días para que se iniciara la «tournée», y todo el mundo debía tener bien preparados sus números. Enseguida distinguió el vagón de Gene Smoky, con su aspecto de coche real, lleno de dorados y con cortinas de brocados en las amplias ventanillas. Smoky decía que tenía decorado así su coche sólo para dar prestigio él circo, pero Miller sabía que aquello complacía las apetencias estéticas del director de «Rilman y Braum».

Al pie de la escalerilla se detuvo, Bajó los ojos, examinando sus zapatos sin brillo y el pantalón que hacía mucho no tomaba contacto con una plancha. Se estremeció un poco, y después, sin pensar demasiado en ello, saltó la media docena de peldaños y empujó la puerta.

Gene Smoky, vestido con su chaquetón que sólo se quitaba cuando era preciso recibir a los periodistas u Ocasiones parecidas, volvió con presteza la cabeza y empezó a refunfuñar:

—¿Qué diablos ocurre? —Miró fijamente a Miller sin reconocerle—. ¿Quién le permitió entrar en el circo, amigo? Está la plantilla completa. Puede marcharse. No hacen falta obreros.

Miller no se movió ni trató de aclarar el equívoco, Smoky cerró los ojos y con movimiento brusco, descolgó el teléfono que tenía sobre la mesa, para llamadas interiores. Marcó una cifra y barbotó al hombre que se puso al otro extremo del hilo:

—¡Escucha, idiota! ¡Que sea la última vez que descuidas la vigilancia en la entrada!… Sí, claro que ha entrado alguien.

Colgó con rabia. Entonces Miller habló, con voz un tanto indecisa:

—No creía que un poco de barba cambiara tanto a una persona, Gene.

El jefe se sobresaltó. Corrió la silla y poniéndose en pie, se encaró con el hombre. Luego silbó admirativamente.

—¡Caramba, Miller! Me dijeron que te iban mal las cosas, pero no que fuera para tanto. Siéntate. Supongo que te gustará tomar una copa, ¿no?

Hizo la pregunta con un poco de burla. Sin esperar la aceptación, sacó una botella de coñac de un armarito, y sirvió una

copa generosa al visitante. Miller parpadeó, y pasó la lengua por los labios resecos, mientras Smoky le miraba con atención. Bruscamente, apartó la copa y aseguró:

—No bebo ya, Smoky.

—Comprendo. —El director guardó la botella y dejó de sonreír—. Quieres volver a empezar. Olvidar todo lo pasado y convertirte de nuevo en «El Gran Miller». Por eso has venido a verme. Pensaste: «Gene no se negará a darme una oportunidad. Yo hice llenar las taquillas del circo durante varias temporadas».

—Sí. Algo de eso, Smoky. Un paso más y Erle Miller se termina. No he perdido mi habilidad, ¿sabes? Puedo actuar de nuevo con sólo unas semanas de entrenamiento. Ya comprendo que no podré recobrar la cabecera del cartel, pero desde que me marché no habéis encontrado a nadie que me substituya.

Miller hablaba con ansiedad, un tanto animado por la atención de su interlocutor. El hombre que asombrara a los públicos un par de años antes, era joven todavía. Tenía los ojos agudos y la figura esbelta. Solamente la frente espaciosa, con cierta tendencia a la calvicie en las profundas entradas, denunciaba que estaba más próximo a los cuarenta años de lo que parecía. Gene Smoky era un tipo completamente opuesto. Grueso y brutal, tanto en lo físico como en lo moral, resultaba el hombre adecuado para dirigir aquel mundo casi babélico del «Rilman y Braum». No tenía el corazón fácil a los sentimentalismos y quizá fuera tan duro y cruel como aseguraban todos sus empleados. Pero ahora escuchaba con interés a Miller.

Cuando el otro terminó, o al menos se interrumpió esperando alguna frase esperanzadora, dijo secamente:

—Lo siento, Miller. Tengo forzosamente que pensar en el interés del circo y no en lo que me gustaría hacer. Tú sabes que te ayudé cuanto pude hace dos años, cuando lo tiraste todo por la borda. Tu caso me ha intrigado siempre. ¿Cómo un hombre mimado por la fortuna, famoso y asediado por los empresarios del mundo, pudo dejarlo todo para emborracharse cada noche y convertir su arriesgado trabajo en una locura?

—Mi número tiene una emoción que el público aprecia, Smoky. Si anuncias de nuevo a «El Gran Miller» aumentarás las entradas. ¡No te pido un favor personal! ¡Hazlo por el interés del espectáculo!

Miller se adelantó. Su orgullo le impedía la súplica, pero los labios le temblaban nerviosamente. Gene le miró frío, y separándose, intentó volver a su mesa.

—Es inútil, muchacho. ¡Tú ofreces demasiada emoción! No quiero líos con la policía. Cuando estuviste a punto de matar a aquella chica de un balazo, sólo por la desfachatez de salir a la pista completamente bebido, prometí que no volvería a ponerte en la nómina.

Miller se estremeció. Volvía a pensar en aquella noche terrible, cuando la carrera de «El Gran Miller» se truncó violentamente. Él efectuaba un número de tiro que alzaba al público de sus asientos. Nada de trucos. Nada de fulminantes colocados en la tabla, que saltan dirigidos desde el interior mientras la pistola dispara pólvora sola, ni cosas por el estilo. Balas auténticas, de plomo mortal, que parecían dotadas de vida y obedecían los mandatos de Miller. Algo maravilloso que sólo Miller podía hacer, casi de un modo instintivo. El número era la sensación de «Rilman y Braum», noche tras noche. ¿Por qué empezó a beber como un cosaco, echando a perder su pulso privilegiado? Miller no podía contestar a la pregunta. Y terminó como tenía que terminar. La última vez que actuó, Smoky pretendió impedir que saliera a la pista. Incluso hizo que le sujetaran dos hombres. Pero él se escabulló y materialmente ciego disparó sobre la muchacha que le ayudaba, hiriéndola de gravedad. Efectivamente, el director se portó bien, ocultando lo de su borrachera. Todo quedó como un accidente desdichado, y la policía del Estado prohibió el número. Quizá la publicidad que ello despertó le hubiera ayudado si Miller no hubiese conservado algo de conciencia y para acallar sus escrúpulos recurriera al fácil procedimiento de inundarse el estómago de alcohol. Siempre ocurre igual. Se empieza a beber por cualquier tontería y después se bebe más, para olvidar la propia degradación. Y así, escalón a escalón, Erle Miller descendió hasta lo más bajo de la escala social. Hasta convertirse en el despojo que ahora se retorcía las manos con angustia, ante Gene Smoky.

—¡Pero es preciso, Gene! ¡Te juro que no volveré a probar ni una gota! ¿Es que no sabes apreciar cuando un hombre es sincero?

—No depende sólo de mí. No soy el amo del circo. Tú conoces la norma y sabes que cuando un artista pone en peligro la vida de un

compañero como tú lo hiciste, nadie volverá a contratarle. No encontrarías quien colaborara contigo. Nadie se arriesgará a ponerse frente a tus pistolas y tus rifles. Estoy seguro que no habrás perdido la antigua habilidad, pero para el caso es lo mismo. Toma, parece que esto no te vendrá mal. Y olvida el circo. Hay muchos medios de ganarse la vida.

Le tendió unos billetes arrugados que sacó del bolsillo del chaquetón. Miller pensó en no tomarlos, pero sólo tenía unos centavos. Y necesitaba comer y quizá… Sí, quizá beber algo para substraerse de su drama. Cogió el dinero y murmuró:

—Esto no es justo. Todos pueden cometer un error.

—En el circo no se admiten los errores. Prueba en Europa. Aunque supongo que no tendrás tampoco equipo. ¿Conservas las armas, los trajes y todo lo demás?

—No. Sólo un rifle y un revólver. Quizá un par de…

—Te lo has bebido. Bueno, Miller. Tengo mucho trabajo. Salimos pronto para el Norte, con una compañía bastante completa. Si nos tropiezas en alguna ciudad ven a vernos. ¡Desde luego no llevo nada como «El Gran Miller», pero no está mal! ¡Adiós, muchacho! ¡Ya verás cómo sales de esta racha!

Le empujó con poco disimulo y en cuanto salió al exterior cerró la puerta tras de él. El director volvió a su tarea, sin ninguna preocupación, y Erle Miller, coa paso lento, buscó la entrada. Una locomotora empezaba a maniobrar colocando los vagones de material en el apartadero, listos para enlazar con el «Florida East Coast» que les conduciría a Jacksonville y una porción de hombres portando rollos de cuerda, fardos de lona y materiales diversos, le cerraban el paso a cada momento. Todo ello formaba el ambiente que Miller conocía y había sido durante mucho tiempo su propia vida. Le pareció que desde los coches, desde los grupos de artistas que preparaban sus equipajes en corrillos, le miraban con curiosidad y aceleró el paso. Cruzó la cancela sin escuchar al portero, que gritaba:

—¡Oiga! ¿Usted es el tipo que entró sin permiso? ¡La próxima vez que le vea rondar por aquí le voy a dar un buen escarmiento!

Casi corriendo bajó por la carretera bordeada de palmeras que le llevaba a Miami. Le detuvo pronto la alegre música que llegaba de un bar situado un poco más allá, y el aroma, imperceptible para

otros, pero claro y definitivo para él, del ron antillano, servido con esplendidez en el establecimiento. Entró como si el Destino le condujera forzosamente al dulce infierno embotellado que era su perdición y su consuelo. Sentado en la barra, apuró la primera copa con ansia. La segunda, con delectación. Y las restantes, de un modo maquinal, sólo para sentirse mejor.

No lo consiguió, claro. Y cuando ya al anochecer llegaba al hotel donde se alojaba, tras Flager Street, a un paso del centro de la ciudad, pero en una habitación adecuada a su actual situación financiera, casi indigente, se dejó caer en la cama pesadamente, como tantas noches, y al instante le invadió un sopor que no era el sueño, sino una prolongación de la pesadilla que constituía la vida de «El Gran Miller», el mejor tirador del mundo, según rezaban los carteles descoloridos del circo «Rilman y Braum», que Gene Smoky guardaba en su archivo.

CAPÍTULO II

El amanecer sorprendió a Erle Miller en la misma postura que la noche. Los ruidos de la calle debieron despertarle, pues alzando un poco la cabeza, miró asombrado a la ventana, como si la luz fuera una cosa extraordinaria. Luego sacudió con un movimiento el pelo que tenía sobre los ojos y terminó por volverse de cara al techo. Entonces una voz dijo burlonamente, muy cerca de su cama:

—¡Ya es hora, amigo! Esto es lo que mi abuela llamaba una conciencia tranquila.

—¡Estaba lista tu abuela! —rió otro hombre—. ¡En toda tierra civilizada esto es una borrachera fenomenal! ¿Verdad, señor Miller?

Erle Miller se incorporó, apoyando los codos en la almohada. Tenía frente a él, sentados cómodamente en las dos únicas sillas de que disponía la habitación, a un par de tipos cuya condición el más lerdo habría adivinado de una ojeada. Vestidos con trajes claros, bien cortados, y corbatas policromadas. Pero en los rostros brutales y en la risa grosera se delataba al matón de puerto, heredero de los antiguos contrabandistas alcohólicos y dedicados a diversos negocios, todos sucios, desde luego, que iban desde el robo de mercancías en el puerto, al control de las apuestas deportivas, pasando por otros asuntos poco delicados, como el rapto, el atraco a mano armada y cositas por el estilo.

Miller llevaba bastante tiempo rodando por los bajos fondos de las poblaciones y conocía a aquella clase de gentes. Dijo:

—Creo que aquí existe un error. Están perdiendo el tiempo. El señor Ford suele alojarse en Biscayne Bay.

—¿Se llama usted Erle Miller? —preguntó decididamente uno de los desconocidos, levantándose de la silla.

El tirador pensó en negarlo, pero como poco tenía que perder,

igual le daba todo.

—Les firmaré un autógrafo si lo desean. ¿Quiere acercarme ese vaso de agua, caballero?

Le tendieron lo que pedía. La garganta le ardía a Miller, que no parecía sentir demasiada curiosidad por el motivo de la visita. Bebió el agua con ansia. Uno de los desconocidos, comentó:

—¡Vaya reseco! Anoche debió batir su propio récord.

—No lo hice mal, en efecto. Y ahora, si son tan amables, hagan el favor de cerrar la puerta por el lado de fuera. Voy a cambiarme de ropa para asistir a una cita de negocios.

Dos risotadas corearon sus palabras y continuaron mientras Miller se levantaba y dando unos traspiés se acercaba al lavabo. Abrió el grifo y puso la cabeza debajo. Cuando la separó y empezó a secarse, pareció sorprenderse.

—¿Aún están aquí?

—Verá, señor Miller —dijo uno de los visitantes—, no queremos ser entrometidos, pero nos hace la impresión que no anda muy bien de fondos. Si me equivoco puede decirlo. Hay en Miami una persona que siempre admiró su arte, lo que no es extraño. Nos ha enviado para ofrecerle a usted una cantidad decente por un trabajito de tipo particular. Algo así como una actuación a puertas cerradas. ¿Qué le parece?

Miller adoptó un aire profesional, con una media sonrisa que no decía nada. Empezaba a comprender y como se encontraba en uno de sus pocos momentos de lucidez, quiso llegar al fondo de la proposición.

—Concreten, por favor. Cantidad.

—Cinco mil por un solo disparo. Pero ha de ser de maestro.

—¿Por ejemplo?

El que llevaba la dirección del asunto, miró a su compañero con recelo. El otro le animó con un gesto y al fin el primero, bajando la voz hasta convertirla en un susurro, aclaró:

—Se trata de una buena proposición. Mi jefe dice que un buen tirador se prueba ante un blanco que valga la pena. ¿Comprende? No es lo mismo disparar a una diana que a un hombre, no, señor. Lo difícil es encontrar un tipo que se preste al juego. Mi jefe lo tiene, aunque el interesado no lo sabe. ¡Vamos, Miller! ¡Usted no es un bebé! ¿Qué contesta? Cinco mil por sólo darle al gatillo, y con poco

riesgo.

Erle Miller hizo cálculos rápidamente. Con cinco mil dólares volvía a montar su número y adquiría un pasaje para Europa, donde reharía su carrera. Podría dejar aquella vida, que no era vida en realidad. La cantidad que le ofrecían tenía, pues, una gran significación para él. Miró a los dos hombres que espiaban sus movimientos. Uno recalcó:

—Buena ocasión de lucirse. Cinco mil dólares.

Miller tiró la toalla sobre la cama y abrió el cajón superior de la cómoda. Rebuscó entre la ropa y de pronto se volvió, empuñando un revólver plateado, resto de su antiguo arsenal. Encañonó a los hombres y masculló:

—Lárguense enseguida, muchachos. Ando bastante mal de los nervios. Díganle a su cochino jefe que aún no me convertí en asesino. ¡«El Gran Miller» no puede comprarse como una rata de muelle!

Los pistoleros retrocedieron evidentemente intranquilos. Uno alzó la mano en gesto conciliatorio.

—¡Espere, Miller! Está cometiendo una tontería. ¿Qué demonios espera de la sociedad? Cualquier día terminará en la cama de un hospital. ¡Deje los escrúpulos!

Miller movió la mano significativamente y chilló:

—¡Ya están marchándose, idiotas! ¿O prefieren que llame a la policía?

—No se lo aconsejo. Podría enredarse en algo demasiado difícil para usted. Si cambia de idea vaya esta tarde a «Cotton Bar», en Bayfront Park. Un hombre esperará. ¡Y no se le ocurra charlar demasiado sobre esto!

Salieron con apresuramiento, pues el aspecto de Miller no era muy tranquilizador. El tirador cerró de un puntapié, rabioso y ofendido. Quizá lo que más le doliera fuera pensar que cualquier «gánster» podía intentar vencer su dignidad y sobre todo, que sólo había faltado un poco para que, en efecto, se pusiera a su servicio.

Mirándose al espejo, se avergonzó de su aspecto. Gene Smity tenía razón. Existen muchos modos de ganarse la vida y era preciso intentar algo. Lo primero que necesitaba era adecentarse, afeitarse y ponerse una corbata.

Con una buena dosis de entusiasmo, procedió a su aseo, y poco

después, a una hora demasiado temprana para lo que acostumbraba, empezó a recorrer las calles y a consultar las ofertas de trabajo de los periódicos.

—Creo que esos canallas van a prestarme un buen servicio, después de todo. Olvidaré dos cosas: el circo y el alcohol.

Su entusiasmo fue poco a poco decreciendo, conforme las negativas le cerraban las puertas. Pese a sus esfuerzos, el aspecto de Miller continuaba siendo poco grato. Una tuforada de licor acompañaba a sus palabras y la palidez del rostro delgado denunciaba demasiadas cosas.

Comió un bocadillo en un cafetucho, e hizo balance de sus fondos, que apenas bastaban para pagar la habitación al día siguiente.

—Es inútil. No conseguiré nada con rebelarme a mi Destino —pensó, saliendo de nuevo a la calle.

Al atardecer se encontró, sin saber cómo, ante Bayfront Park. Detuvo la mirada en el rótulo indicador de la esquina, y después, instintivamente, buscó la fachada de «Cotton Bar». Estaba al otro lado de los jardines y lentamente los cruzó.

—El saber que puedo ganar un buen montón de plata si se me antoja, sirve de consuelo. Veré qué cara tiene ese hombre.

Empujó la puerta de cristales. «Cotton» era un sitio ambiguo, ni elegante ni popular. El hombre de la barra le miró con recelo, desconfiando de aquel cliente, que husmeaba con gesto de ansiedad.

Miller examinó con atención a la gente que llenaba el pequeño local, y se acercó despacio a la barra.

—Deme una cerveza —demandó—. Con un poco de…

Iba a pedir ginebra para calentar la cerveza, pero lo pensó mejor y se calló.

La bebió espaciosamente, mirando de reojo a los que entraban y salían.

«Si avisara a la policía —pensó— podrían hacer aquí una buena redada».

Sonó el timbre del teléfono y el camarero acudió a atenderlo. Desde la portezuela de la cabina gritó:

—¿Hay aquí alguien llamado Erle Miller?

Miller se sobresaltó. No tuvo tiempo de averiguar cómo podrían haberle localizado, y además no conocía a nadie en Miami si se

exceptuaba a la gente del «Gilman y Braum». Y también a sus visitantes del amanecer.

—¡Diablo! ¡Toman precauciones!

Descendió del taburete y se acercó a la cabina. El camarero preguntó:

—¿Usted es el señor Miller? Le llama un amigo.

Erle entró en la cabina y cerró con cuidado, pues el empleado no se apartaba de allí, tratando ríe escuchar la conversación sin ningún disimulo. Tomó el auricular y dijo:

—Erle Miller al habla. ¿Quién me llama?

—Escuche, señor Miller. Me alegro mucho que haya aceptado nuestro ofrecimiento. No se arrepentirá.

—¡Oiga! ¡Yo…!

—Salga ahora mismo del bar y camine por la avenida sin detenerse, en dirección al «Jackson Memorial».

—¡Espere! ¡Oiga! ¿No me oye?

Repitió las preguntas, aunque ya había advertido el chasquido producido por el otro aparato al cortar la comunicación. Abandonó la cabina y acudió al mostrador para abonar el importe de su consumición. Luego se dirigió a la salida.

«Yo no quería aceptar, eso es bien cierto. Pero todo me lleva a hacerlo —murmuró—. Y si no líquido a ese hombre, encontrarán otro que lo haga. ¡Cinco mil dólares!».

Empezó a caminar en la dirección que le habían indicado, de un modo maquinal. Faltaba poco para que el rápido crepúsculo de Florida obscureciera la ciudad, y las luces empezaban a brotar en todos los blancos edificios. La batería de grandes hoteles de la playa lanzaba ya destellos brillantes al Atlántico. Mucha gente paseaba por la avenida, contagiada de la indolencia de los trópicos, y entre ellos, Erle Miller, con los sentidos tensos, esperando una palabra, un aviso que le pusiera en contacto con la misteriosa gente que deseaba contratar a un experto en tiro para un trabajo particular.

Miller no carecía de principios morales. Simplemente sucedía que el ambiente que le rodeó desde que empezó muy joven a danzar por circos y teatros de variedades, no era precisamente el adecuado para robustecer esos principios. Y de todos modos, no pensaba seriamente en aceptar aquel encargo siniestro. Se trataba únicamente de curiosidad, aunque en él fondo el señuelo de los

cinco mil le deslumbrara lo suficiente para despreciar las llamadas de la conciencia.

Se estaba impacientando. Sólo faltaban un centenar de metros para el «Jackson Memorial. Hospital» y el misterioso hombre de la llamada telefónica no aparecía. Puso un pie en una calle transversal, para cruzarla, y un gran coche negro, algo anticuado, le cerró el paso, obligándole a saltar de nuevo a la acera. Miró al conductor furioso, y entonces asomó a la ventanilla posterior el rostro de uno de sus conocidos de la mañana. Uno de los visitantes de su habitación, que le llamó amablemente.

—¡Miller! ¡Venga, suba al coche! ¡Dese prisa, hombre!

Abrió la portezuela. Un individuo que se sentaba junto al conductor, no cesaba de mirar a la calle, manteniendo las manos sobre las piernas, en actitud de alerta. Miller, sin pensar demasiado en lo que hacía, contagiado por la celeridad de los desconocidos, entró en el vehículo y se dejó caer sobre el asiento. El coche arrancó velozmente y enseguida dejó atrás la avenida y metiéndose por una calle transversal se colocó en la carretera de Coral Gables, bastante concurrida.

Nadie pronunció palabra en el interior del coche. El conductor mantenía la mirada fija en la carretera y el pistolero de su lado silbaba desafinadamente algo que pretendía ser un «beguin». Al fin, Miller preguntó ásperamente:

—¿Puede saberse a dónde me llevan?

El tipo que le acompañaba sonrió y mostrando la carretera con un ademán amplio, aseguró:

—A Coral Gables. Ningún visitante de Miami debe regresar sin admirar Coral.

Pero no debía ser totalmente cierto, pues antes de llegar al destino anunciado, en un cruce de carreteras, cerca de una residencia semioculta por los árboles, el coche se detuvo. Miller se preguntaba el motivo y al instante lo averiguó. Desde el exterior abrieron la portezuela y un hombre entró, sentándose frente a él, en el asiento supletorio que bajó con rapidez. Al instante, Miller comprendió que el recién llegado pertenecía a otra categoría que los brutos que le acompañaron hasta entonces. Se trataba de un hombre delgado, con un tic que le hacía torcer la boca un poco. Miró con atención a Erle, y luego afirmó:

—Me gusta su aspecto, muchacho.

—Siento mucho no poder decir lo mismo —contestó Miller.

—Es igual. Aquí tengo un recorte de un diario viejo. Debe ser de hace tres o cuatro años. Siempre me agradó el circo. Vea. Se trata de una crítica en la que se vierten muchos elogios sobre «El Gran Miller». Necesito saber si usted es capaz aún de hacer lo que señalan aquí. Un blanco a cualquier distancia, siempre que haya diámetro suficiente para colocar el proyectil.

—Son exageraciones del servicio de publicidad de «Rilman y Braum». Pero si quiere someterse a una prueba, podemos repetir el cuentecito de Guillermo Tell. Usted sujeta la manzana y yo…

—No puedo perder tiempo. Primero le advertiré una cosa. Si piensa engañarnos es mejor para usted que abandone el plan. Nuestro grupo está bien unido y tenemos ramificaciones en todo el país. ¿Entiende? No iría muy lejos. Tenga. Un billete para el avión de la «Eastern» que sale esta misma noche hacia Washington. Irá solo. ¿Tiene un arma segura?

Miller se estremeció. El hombre hablaba con frialdad, como si se tratara de plantear un asunto comercial en lugar de un asesinato. Contestó, con voz baja:

—Sí. Pero diga de una vez de qué se trata y a quién he de…

—Recibirá un anticipo de la cantidad para que se adecente un poco. Una vez en Washington, se alojará en el «Hotel Raleigh» donde tendrá habitación reservada a su nombre. Allí recibirá instrucciones. Y el resto del dinero, cuando haya realizado el trabajo. Ahora tome su billete para el avión y este dinero.

Alargó la mano con un sobre. Los dedos de Miller tocaron el papel, y se replegaron. Cruzó su mirada con la del desconocido, que le examinaba con los párpados entornados, escudriñando hasta lo más profundo sus pensamientos. Empezó a dudar y a sudar. Por unos instantes pensó en marcharse con aquel dinero y poner tierra por medio. Luego volvió a sus optimistas planes para el futuro, otra vez enrolado en alguna buena compañía circense. Y sin esperar más, apretó el sobre y abriéndolo contó los billetes. Mil dólares en papelitos verdosos y crujientes de la Tesorería.

El hombre del tic hizo una seña y el coche dio vuelta regresando a Miami. Junto a las primeras casas el conductor, de acuerdo con un plan bien madurado, frenó y el jefe del grupo abrió, indicando a

Miller que descendiera. Éste esperaba algunas nuevas indicaciones, pero para sorpresa suya el coche reanudó la marcha y desapareció, dejándole solo en la acera. Buscó la matrícula, pero ya era tarde. Sólo quedaba el sobre con el pasaje de avión y el dinero. Lo guardó en el bolsillo, bastante asustado.

«¡Ésta es una de esas ocasiones en que lo mejor es eclipsarse!», pensó.

Llamó a un taxi y se hizo conducir a su hotel. Antes de entrar, ya comprobó que le espiaban. Y poco a poco, fue cambiando de opinión. Se había metido en un juego demasiado peligroso y no podría salir de él tan fácilmente.

Mientras Erle Miller preparaba su maleta, los ocupantes de la «limousine» descendían frente a un pequeño chalet de Miami Beach. El hombre que sorprendió a Miller en su casa al amanecer, no parecía muy contento.

—Harás el viaje en la «National», Tex. No pierdas de vista a Miller. Reúnete con los muchachos de Washington.

—¡Todo esto es una tontería! ¿Qué necesidad había de complicar a ese borracho en el asunto? ¡Yo mismo habría podido hacer el trabajo a la perfección! Sólo falta que le dé por beber y lo cuente todo…

—Supongo que no tendrá mucho tiempo —rió el tipo delgado, acentuando el movimiento de su boca—. El jefe se ocupará de ello. Acostúmbrate a no discutir sus órdenes, si quieres vivir lo suficiente para terminar nuestra actuación. Anda, márchate ya.

CAPÍTULO III

Un buen traje puede convertir a un vagabundo en un caballero, a poco que ayude el interesado. Y Erle Miller, que fue durante mucho tiempo el hombre más elegante de «Rilman y Braum» y como es natural, el más popular entre el elemento femenino de la compañía, procuró recobrar parte de su antigua apostura al presentarse en el «Hotel Raleigh» para reclamar su habitación. Llegó al amanecer, después de una larga escala en Charleston, y le asignaron alojamiento en el primer piso de un tranquilo hotel de segunda categoría, rodeado de amplio jardín. Estuvo parte de la mañana en su habitación, sin atreverse a salir para no perder la oportunidad de recibir el mensaje de sus nuevos amigos. Había decidido esperar, ya que nada perdía con ello. Y tendría tiempo de decidir, puesto que el decidir siempre le produjo bastante intranquilidad. Por descontado, él no mataría a nadie, pero podría averiguar qué pretendía aquella gente y quizá sacar así partido de ello. Los mil dólares del anticipo sufrieron una merma considerable con las compras, lo que significaba que estaba, oficialmente, en manos de la banda.

Nadie le llamó. Nadie le envió un solo papel. Era como si le hubieran olvidado. Comió en su habitación y ya de noche se decidió a salir para tomar el aire. Una sombra se separó de un macizo y se puso tras él. Al principio le siguió con discreción, en su papel de sabueso tenaz y hábil, pero en cuanto Miller eligió el solitario paseo del río, que después de serpentear por el parque iba paralelo a la corriente tranquila del Potomac, dejó de caminar en silencio y se acercó decidido a Erle.

Miller puso la espalda junto a un árbol y buscó el revólver que llevaba en la cintura desde que andaba metido en aquella aventura. Intencionadamente escogió aquel camino para tratar de

desenmascarar a su seguidor. No le gustaba el papel de idiota. Tenía curiosidad por saber quiénes eran los hombres que andaban en el juego.

El desconocido se aproximó y se detuvo a unos cuantos pasos. Estuvieron unos segundos contemplándose en silencio. Miller no podía ver la cara del hombre y eso le intranquilizaba. Advirtió suavemente.

—Le advierto que estoy encañonándole con mi revólver. ¿Qué desea de mí?

—Poca cosa. Tengo que decirle algo.

Reconoció a Tex Nichols, el hombre de Miami, aunque ignoraba su nombre. Por lo visto le había seguido desde Florida. Miller respiró tranquilo y le dijo:

—Acérquese. Puede darme el mensaje.

Guardó el arma y esperó. Tex se aproximó y le contempló sombríamente. Luego lanzó una mirada circular a lo que les rodeaba. En un banco cercano una pareja de novios se arrullaba.

—Sigamos. Pueden escucharnos —ordenó—. Bajaremos al río. Conozco este sitio.

Las manchas blancas de los edificios oficiales de la capital se alzaban al otro lado. La cúpula del Capitolio se recortaba sobre un cielo claro y el murmullo de la ciudad llegaba hasta aquel rincón tranquilo. Erle Miller empezó a caminar delante de Tex, y no se detuvo hasta que sintió en la espalda la presión significativa del cañón de un arma. Se estremeció y se reprochó su candidez. ¡Permitir a un tipo como aquel que le siguiera!

—¿Qué pasa ahora? ¿Ha cambiado de profesión y se dedica a atracar a los paseantes?

—Déjese de bromas, infeliz. Voy a realizar una gestión que mis jefes me agradecerán. Algún idiota dio su nombre para eliminar a nuestro tipo y nadie más que yo ha pensado que es un peligro fiarse de un hombre que cada noche se empapa de alcohol. Le evitaré la molestia de actuar. Voy a substituirle y después seré yo quien se embolse los cinco mil. ¿Está claro? No se mueva y siga caminando.

—Eso es una locura, amigo. El sujeto del tic debe ser de cuidado. No le gustará que le lleve la contraria.

—¡Ése no pinta nada! El jefe tiene más categoría, viejo. ¡No se detenga! Después de esto seré su hombre de confianza. Diré que le

encontré bebido y tuve que suplantarle rápidamente.

Le empujaba con el extremo del revólver. Ya se encontraban en un lugar completamente solitario. Erle Miller comprendió que se trataba del clásico paseo. Aquel bestia, por ambición, iba a asesinarle tranquilamente si él no hacía algo por evitarlo.

Y lo hizo enseguida. Confiando en que un fanfarrón como Tex sería flojo en realidad, se arriesgó a recibir un balazo por la espalda. Bruscamente se dejó caer de rodillas y con los hombros golpeó las piernas del pistolero, que sorprendido lanzó una exclamación y no apretó el gatillo. Antes de llegar al suelo sacudió un culatazo a Miller, que pudo esquivarle, pero recibió de todos modos un buen impacto en un brazo, que le hizo gritar de dolor.

Tex Nichols sólo tocó el suelo y se incorporó al instante. Furioso y sin controlar los nervios, apuntó a Miller, que también se levantaba, y disparó.

Erle se estremeció al sentir el olor familiar de la pólvora. No comprobó si el proyectil de su adversario le había herido, y se lanzó sobre él antes de que tuviera tiempo de repetir el intento. Efectivamente, Tex era hombre de sorpresas y ventajas, no de lucha franca. Igual que falló el primer disparo por unos cuantos centímetros, ahora volvió a perderse el proyectil cuando el puño de Miller le golpeó en la cara, derribándole sobre el tronco de un cerezo.

Erle le sujetó el brazo armado y lo mantuvo apartado en tanto castigaba a su adversario con la otra mano, con el codo, con las rodillas. Le golpeaba furioso para terminar pronto con su resistencia.

—¡Tienes mucho que aprender para dedicarte a asesino a sueldo! —barbotaba entrecortadamente.

El brazo de Tex se aflojó y Miller creyó que tenía bastante. Se apartó y recibió la desagradable sorpresa de un directo en la mandíbula propinado por el presunto vencido, que le obligó a retroceder tratando de conservar el equilibrio. Tex buscó de nuevo su cuerpo con el cañón de la pistola, pero no disparó. En el silencio de la noche escucharon gritos y carreras. Las detonaciones habían atraído a gente, y posiblemente la policía no andaría lejos. Miró a Miller, que también escuchaba, y sin decir nada emprendió una carrera veloz, perdiéndose entre los arbustos.

Miller no se entretuvo ni esperó a los que llegaban para entablar una conversación. Siguió el mismo camino por donde su enemigo, que parecía conocer el sitio, había desaparecido. Distinguió su silueta inclinada para pasar inadvertido y como era más rápido pudo alcanzarle. Le sujetó por el brazo y Tex se revolvió.

—¡Suelta, imbécil! ¿No ves que van a cogernos aquí?

Miller le retorció la muñeca hasta obligarle a dejar el arma. Cuando cayó al suelo la dio un puntapié y la tiró al agua. Desapareció produciendo un tenue chasquido. Luego, sin contestar al hombre, le largó un puñetazo a la cara, que le desplomó casi inconsciente.

El pistolero quedó tendido y se puso enseguida en cuclillas, confuso y con la mente bastante borrosa, intentó levantarse y tambaleándose dio unos pasos. Miller fue a sujetarle y el hombre desapareció de su vista, como tragado por un escotillón.

Había pisado unos juncos de la orilla y fue al agua, que tragó su cuerpo sin mucho ruido.

Miller se impresionó. Sucedió tan rápidamente que no tuvo tiempo de nada. Se inclinó con ciertas precauciones buscando a su adversario, pero inútilmente. Todo hacía suponer que el pistolero había terminado de un modo definitivo su carrera.

Además, las voces y los pasos se acercaban. Sintió claramente el motor de un coche y el pito estridente de la policía. O se escabullía a toda prisa o le echaban el guante.

Dedicando un último pensamiento al infeliz que debía flotar entre dos aguas, sujeto por los juncos y las plantas, se alejó. Dio un rodeo y salió de nuevo a los jardines. No hace falta decir con qué celeridad se metió entre el casco urbano y el calor tranquilizador de las muchedumbres. Colocó en orden la ropa y se dirigió al «Hotel Raleigh». Su plan era abandonarlo al instante. Con la muerte del pistolero quedaba rota su relación con los asesinos. Ahora la cuestión era poner millas por delante, pues le buscarían con saña para vengar a su compañero, y también el engaño a que les había sometido.

Casi se alegraba de ello. No habría mensaje ni orden alguna de asesinato. Y por lo menos conservaba unos cientos de dólares que le iban a ayudar a encauzar su camino.

—¡No suponía que la ayuda me vendría de una gente como ésta!

—murmuró.

Cruzó el vestíbulo dirigiéndose al ascensor, y desde el despachito de la conserjería interrumpieron su paso.

—¡Señor Miller! ¡Una carta para usted!

Palideció. Al instante comprendió de quién era la carta. La tomó y sentándose en una butaca, y después de mirar con desconfianza al empleado que curioseaba discretamente, rasgó el sobre. Lo primero que encontró fue una fotografía, que cayó sobre la alfombra. Un retrato bien hecho de un hombre perfectamente desconocido para él. Parecía de mediana edad, casi calvo y con gafas de concha gruesa. Y además una nota mecanografiada, sin firma, con el siguiente texto:

> *«Mañana a las siete, pasado el mediodía, llegará al aeropuerto en un avión de Las Vegas, de la compañía "United Air Lines", el hombre cuya fotografía se adjunta. La entrada a las pistas está prohibida. Desde un coche alquilado y situándose al otro lado del vallado, deberá disparar contra ese hombre cuando pise la escalerilla de descenso, con un arma segura, y precisamente al rostro. Una vez que hayamos comprobado su muerte en las condiciones apuntadas, recibirá los cuatro mil dólares restantes».*

Miller releyó un par de veces la nota. Tras ella habían trazado a lápiz un plano esquemático del aeropuerto señalando el lugar donde debía emplazar su coche y el punto por donde podía huir con plenas posibilidades de éxito. Y admitió que era preciso un tirador de su categoría para intentar el golpe.

La guardó con cuidado en el bolsillo y preguntó al conserje:

—¿Quién trajo esta carta? ¿Lo recuerda?

—Sí. Hace apenas diez minutos. Un muchacho de una oficina de mensajerías. ¿Necesita usted alguna cosa? Podemos enviar a un botones.

Miller no contestó y se dirigió con calma al ascensor. Encerrado en su cuarto examinó la situación. En primer lugar quedaba ya aclarado que la banda a que perteneció el hombre ahogado en el

Potomac tenía más personas ocupándose del caso. Posiblemente otro le habría substituido en la vigilancia. Levantó la cortina de la ventana y atisbé la calle. No vio nada alarmante.

A toda prisa cerró su maleta y con ella en la mano descendió al vestíbulo. Liquidó la cuenta en la oficina y después preguntó:

—¿Pueden llamar a un taxi?

Cuando el coche llegó entró en él como una flecha. Su única idea era escapar por donde fuera y como fuera. Pero aún temía a los hombres de Miami y por eso no cesó de mirar por la ventanilla posterior, hasta el punto que olvidó ordenar al conductor la dirección.

—¿Qué pasa? ¿Es una broma? Si quiere descansar vaya al parque… —protestó el hombre.

—Lléveme a la estación del Pennsylvania. ¡Rápido!

—¡Ahora prisas!

El coche se puso en movimiento. Erle Miller, sujetando nervioso la maleta, volvió a lanzar una ojeada hacia atrás. Entonces creyó advertir que un pequeño coche verde le seguía. Podía tratarse de una coincidencia. Le gritó al chofer:

—¡Dé una vuelta por la primera bocacalle! ¡Y no haga preguntas!

El conductor se impresionó sin duela y obedeció bastante sumisamente. Giró rápido y el coche verde también lo hizo. Miller cada vez quedó más convencido de que iban a por él. Se inclinó hacia el conductor y apremió:

—¡Corra más, amigo! ¡Habrá propina!

El taxista miró por el espejo retrovisor y dijo:

—Ese coche nos sigue. Ya me he dado cuenta. Esto me recuerda las películas del

F. B. I.

¿Usted qué papel hace?

—¡Limítese a conducir y no pregunte!

El hombre lo hizo así y llevó su vehículo hasta el edificio de la estación Pennsylvania. Miller saltó a la acera, le tiró un billete y desapareció en el interior del vestíbulo, mezclándose entre la gente.

Tenía la esperanza de haber desorientado a sus seguidores. Se acercó a la taquilla para tomar un billete con dirección a Nueva York. En la ciudad podría ocultarse hasta que pasara la tormenta.

Tuvo que guardar fila y ello le impacientó. Mirando por el gran ventanal del vestíbulo vio cómo del coche verde descendían dos hombres con gabardinas ciaras, muy ceñidas, y sombreros calados. Empezaron a examinarlo todo, uno de ellos se quedó en la puerta y el otro entró en el edificio, empujando a la gente para abrirse paso.

En unos segundos estaría al lado de Miller. El antiguo artista de «Rilman y Braum» se apartó cuando ya llegaba a la taquilla y se ocultó tras una columna. El pistolero pasó junto a él, casi rozándole, y se dirigió a los andenes. De ese modo bloqueaba la salida de Miller. Éste lo comprendió así y bastante preocupado desistió de abandonar la ciudad por aquel procedimiento. Les dejaría esperando y se escabulliría tratando de conseguir una plaza en el ferrocarril de la
«Baltimore & Ohio».

Se mezcló entre un grupo de gente La maleta le estorbaba y además delataba demasiado su figura. Necesitaba salir a la calle sin despertar la alarma del hombre que aguardaba en la acera.

Se deslizó hacia un lado y depositó su maleta en el mostrador ferrado de la consigna de equipajes. Le tendieron un resguardo y volvió a engrosar otro grupo de viajeros llegados en el tren del norte. Ocultándose con habilidad salió a la calle. El hombre de la gabardina miraba con atención hacia el vestíbulo y no pareció verle.

Erle Miller sonrió satisfecho. Empezaba a gustarle aquello. Cuando estuviera en lugar seguro reclamaría su maleta y la historia habría terminado.

Se asustó al comprobar que la gente que le rodeaba empezaba a ascender a un gran autocar Entonces advirtió que todos llevaban el emblema de una Convención política. Antes de que el hombre que les acomodaba le detuviera y se organizara un jaleo se marchó, dando vuelta al vehículo, y se alejó deprisa hasta la primera esquina, donde un taxi aguardaba a los viajeros.

Se inclinó hacia el conductor, que abría la portezuela sonriendo, para decirle que le condujera a la estación de la
«Baltimore & Ohio»,
y al hacerlo miró a su espalda. Lo que vio le disgustó bastante. El hombre del coche verde le estaba examinando con curiosidad y de repente empezó a correr, dirigiéndose hacia él.

—¿Dónde dice que quiere ir? —preguntó el taxista, impaciente.

Miller no contestó. Cerró de un portazo y salió también disparado, metiéndose por un callejón solitario. Avanzó unos cuantos metros y luego se detuvo.

Las pisadas de un hombre sonaron en el apagado callejón. Y su silueta se recortó enseguida al contraluz de la avenida. Miller no dudó y continuó la huida No temía a aquel presunto pistolero, pero si quería evitar el escándalo, pues de un modo confuso suponía que si la policía se metía en el asunto, quizá a él mismo, que aceptó en principio colaborar en un asesinato, no le fueran muy bien las cosas.

Todo esto lo pensó mientras corría. Y mucho más cuando un muro obscuro se interpuso ante su marcha, cerrándole el paso.

—¡Por lo visto se trata de complicarlo un poco! —murmuró.

Vio a su adversario que llegaba al galope. Y también escuchó, muy apagado, el sonido de una orquesta cercana. Miró a lo alto. La pared apenas debía tener un par de metros. Exponiéndose a recibir un balazo si el perseguidor prefería solucionar la cuestión a la brava, saltó y sujetándose al borde del muro no tardó en pasar al otro lado.

Suponía que el otro le imitaría. Y antes de que asomara se alejó y buscó algún lugar donde refugiarse. Lo encontró antes de lo que esperaba. Una puerta entreabierta que dejaba escapar un rayo de luz. La empujó y pasó al interior. La música que escuchaba en sordina aumentó de tono, pero él se dedicó a atisbar con cuidado lo que sucedía en la calle que acababa de abandonar. Vio pasar al tipo de la gabardina y perderse a lo lejos. Cerró del todo y entonces comprobó dónde se hallaba. Acababa de franquear la salida de servicio de un club nocturno. Conocía bien el ambiente.

—¡No está mal! ¡Un buen sitio para pasar inadvertido!

Un pasillo desnudo, alumbrado por una pobre bombilla, se abría ante él. Se centró el nudo de la corbata y sacudió el polvo del pantalón. Siguió avanzando y lo primero que encontró fue un almacén donde un joven manipulaba. Le miró sin extrañarse lo más mínimo, como tampoco el personal de la cocina que encontró un poco más allá. Al fin las voces y las risas le indicaron dónde estaba la sala. Levantó una cortina de plástico y vio el local, de mediana categoría, atestado de un público con ganas de divertirse. La

decoración repetía motivos militares.

Separando a las parejas que se pisaban en la pequeña pista, se dirigió al bar. Allí dentro no temía la intervención de sus amigos. Luego pensó que quizá el burlado perseguidor volviera sobre sus pasos al no encontrarle y se le ocurriera curiosear también en la puertecita de la calleja.

—La verdad, una copita no me vendría mal.

Veía las botellas alineadas en la estantería del bar, el ambarino color del *whisky* en las copas que temblaban en manos de los clientes y hasta escuchaba el familiar sonido del licor al ser servido. Chasqueó la lengua y haciendo un esfuerzo se volvió de espaldas. Empujó sin muchos miramientos a la gente, despertando una estela de protestas, y saltó los escalones que separaban la sala del vestíbulo. Ya tenía la mano en la puerta, cuando una voz femenina, muy agradable por cierto, llamó:



—¡Erle! ¿De dónde has salido? ¿Qué haces tú en Washington?

Se volvió sorprendido. Tras el pequeño mostrador del guardarropa una levan rubia le sonreía. La reconoció enseguida, pese a que hacía ya un par de años que no la veía. La chica del gorrito militar con gracioso uniforme, despertaba tantos recuerdos agradables, que olvidó su situación y el peligro que corría. Se acercó a ella con la mano tendida y riendo entusiasmado.

—¡Jane! ¿Es posible que seas tú? —Luego detuvo la mirada en el trajecito de la chica, una especie de atuendo militar fantaseado—. No lo comprendo. La última vez que te vi estabas con Bilma, trabajando en aquel número de prestidigitación. ¿Qué ha ocurrido para que te conviertas en chica de guardarropa de un club como éste?

—¡Oh! ¡No te rías! ¡«Pentágono» es un buen sitio! Casi tenemos relación con el Estado Mayor. Muchas veces no sabemos quiénes son los clientes y quiénes los empicados. Mira, voy a dejar esto y te acompañare a charlar un poco, es decir… —Miró hacia la pista, buscando a una posible compañera de Miller— si estás solo…

—Solo y deseando recordar los viejos tiempos, Jane, Pero supongo que no tendrás un disgusto con el «Pentágono».

La muchacha ya estaba despojándose del uniforme y del gorrito y se puso un abrigo ligero que descolgó de un rincón. Levantó el mostrador y salió.

—No te preocupes. Hay buena gente aquí. Espera.

Descendió a la sala y regresó al instante con otra muchacha que vendía cigarrillos y muñecos también militares. Ella ocupó su puesto de buen grado, y Erle Miller, llevando del brazo a la rubia Jane Anderson, abandonó «¡Pentágono!». Ahora no pensaba en la extraña aventura que le había ocupado las últimas horas. La presencia de Jane, graciosa y realmente bella, le hacía volver a otros momentos ya pasados. Cruzaron la calle y ella le condujo a un pequeño bar donde tomaron asiento para empezar un diálogo lleno de «¿Recuerdas a…? ¿Qué será de…?».

CAPÍTULO IV

En cosa de media hora se contaron su vida en aquellos años. El ilusionista que formaba pareja con Jane se cansó de los trucos de siempre, o el público se cansó de él, y por un golpe de suerte se abrió camino en Hollywood. Jane se quedó sin trabajo y después de cantar en una orquesta de mala muerte, encontró ocupación en «Pentágono», el club del otro lado de la calle. Miller poco tuvo que contar, pues la chica había asistido a su caída y conocía su desmoralización posterior.

—Te encuentro bien, Erle. Me dijeron que… ¡En fin! ¡No hay que hacer caso a la gente! ¿Por qué no has vuelto al circo? Tú eras una figura y no te faltarían los contratos. Claro que si te dedicas a algo mejor…

—Eres una ingenua, Jane. Después de lo que sucedió empezaría por no encontrar una chica que se arriesgara a ponerse ante mis armas. Y yo no podría engañar a ninguna…

—¡Qué tontería! Aquello fue un accidente desgraciado que puede sucederle a cualquiera Yo misma aceptaría si se presentara el caso. Tú sabes, Erle, que si no bebes no hay peligro. Y estoy segura de que no lo haces ya.

Miller se estremeció. Tenía la mano de Jane entre las suyas. Anteriormente ya le había gustado la muchacha y ahora la encontraba más atractiva que nunca. Y ella confiaba en él. Con Jane Anderson podría volver a trabajar. La confianza de ella le ayudaría a resistir la tentación del alcohol. ¿No era un ardid del destino que la hubiera encontrado precisamente en aquel momento?

—Piensa lo que dices, Jane. Quizá vuelva a la pista. ¿Aceptarías?

—Sí. Tú lo que necesitas es una persona que te cuide, Erle.

Siempre fuiste un chiquillo.

El hombre miró hacia la calle. Ni rastro de su perseguidor. Al otro día a las siete de la tarde llegaría aquel hombre cuya muerte significaba para él la felicidad. Un hombre del que no conocía ni el nombre.

Ella continuó hablando y riendo sin ningún motivo. Como todas las jóvenes del «Rilman y Braum» había estado enamorada de Erle Miller. Y ahora le encontraba más interesante que nunca.

Después de un buen rato Miller la acompañó a su casa, que no quedaba lejos. En la puerta ella le preguntó:

—¿Volveré a verte?

—Es posible. Y quizá durante más tiempo del que crees. Algún día te explicaré porqué el encuentro contigo ha sido tan decisivo en mi vida.

Jane le miró sorprendida y emocionada. Sus labios cesaron de temblar cuando los de Miller se posaron sobre ellos. Después el hombre se alejó a buen paso y continuó así hasta que tropezó con un taxi de retirada. Lo abordo y sin pensarlo demasiado indicó que le llevara al «Hotel Raleigh». Se recostó en el asiento y se dijo:

«Esto es definitivo. Ahora está Jane. Por ella olvidaré todos los escrúpulos. Esa gente en realidad no puede usar a ningún otro para ese disparo Nadie acertaría. Seré yo quien lo haga y quien cobre el dinero».

El empleado del vestíbulo le miró sorprendido. Miller le preguntó:

—¿Tiene todavía libre mi cuarto? Bien —le tendió el resguardo de la consigna—. Cambié de idea. Mañana por la mañana ocúpese de que recojan mi maleta en la estación de Pennsylvania. ¡Buenas noches!

Durmió casi sin sobresaltos. El susto lo iba a recibir de mañana. Cuando le subieron el desayuno coa un ejemplar del «Washington *Post*». Se sentó en una mesita para comer un poco y desdobló el periódico. Buscaba una noticia. La de la muerte del hombre que cayó al río. Por lo visto el cadáver continuaba sumergido, pues nada se decía sobre ello. En cambio en la página segunda tropezó con una fotografía que conocía. Se acercó a la ventana asombrado. En la columna que con el título de «Rumores del Capitolio» publicaba diariamente el periodista Drew Parlow, aparecía el mismo rostro del

retrato que él guardaba en el bolsillo, como compañía al mensaje de los amigos de Miami. Lo cotejó para comprobar que era la misma persona, y leyó el comentario, muy interesante.

> «*Hemos podido averiguar en los círculos más secretos del Capitolio, que hoy se espera la llegada del profesor Luigi Parloni, el famoso especialista en asuntos nucleares, que trabaja en Los Álamos con el equipo de armas atómicas, el cual ha sido llamado por la Comisión Federal de Investigaciones Atómicas para preparar el informe que presentarán al Gobierno próximamente. La visita del profesor Parloni será mantenida dentro de las mayores y rigurosas consignas de seguridad. Por esta vez la prensa tendrá que…*».

Miller puso las dos fotografías juntas. ¿Así que de eso se trataba? La verdad era que en aquellos días no se había preguntado el motivo que guiaba a la gente que le contrataba, y ahora resultaba el más desagradable y también el más inquietante. ¡Agentes enemigos! ¡Una organización de saboteadores y espías de la peor especie, que recurrían a procedimientos expeditivos para privar a los Estados Unidos de sus hombres más valiosos!

—¡Dios mío! ¿Por qué me habrán enredado en esto? ¡Siempre creí que estas cosas sólo pasaban en las novelas! Destruye todos mis propósitos.

Pensó en Jane Anderson de otra manera. Como la única persona en la que podía confiar y a quien podía pedir consejo. En los planes de Erle Miller no figuraba el ser asesinado como venganza, y ya creía en la eficacia de aquella banda sin escrúpulos. Se terminó de arreglar velozmente y se dirigió a la puerta. Antes miró por la ventana distraído y vio detenido frente al hotel el coche verde de la noche anterior. Apoyado en una farola un tipo con gabardina entallada leía el periódico.

—¡No es posible! ¡Estoy seguro de que no me siguieron!

Descendió al vestíbulo. En la escalera comprendió, El chico que fue a recoger la maleta a la estación habría sido vigilado. Los pistoleros del coche verde adivinarían que sólo pudo dejarla en la

consigna, y habrían montado una guardia para cuando fueran a recogerla. Por eso le preguntó el conserje:

—Soy el huésped del once. ¿Trajeron mi maleta?

—Aún no. El encargado de noche me dejó la nota, pero no ha sido posible disponer de un muchacho. Lo haré enseguida.

Aquello desconcertó a Miller, que salió a la calle sin disimulos. El hombre del periódico lo dobló con apresuramiento, guardándolo en el bolsillo. Miller, sonriendo, cruzó la calle y se dirigió hacia él. El movimiento desconcertó al espía, que trató de meterse en el coche. Erle le detuvo con un gesto y preguntó:

—¿Usted fue el hombre que me siguió anoche?

—¡Está loco! ¡No sé de qué me habla! ¿Qué quiere insinuar?

—Nada. Dígale a su jefe que falta aún bastante para las siete de la tarde. Y que no es necesario que me sigan. Haré mí parte y confío en que él también cumpla la suya. Lo he pensado mejor. Prefiero la plata.

Confiaba en desorientarle y así sucedió. El pistolero, sin contestar, se sentó frente al volante, mirándolo como si se tratara en efecto de un paranoico. Y Erle Miller se alejó despacio, saboreando el hermoso sol de la mañana.

Sin embargo, la sombra se recuperó y empezó a cumplir con su obligación. El coche fue deslizándose lentamente tras Miller, que se dirigió hacia la casa de Jane Anderson.

La chica se ocupaba en arreglar las tres habitaciones que componían su pequeña residencia. Acudió a abrir con el aspirador en la mano. Al ver a Müller abrió los ojos sorprendida y gritó, para hacerse oír por encima del zumbido del aparato.

—¡Buenos días, Erle! ¿Desde cuándo madrugas tú tanto?

El hombre se inclinó y giró el conmutador del aspirador, restableciendo el silencio. Cerró tras de sí y anunció:

—Verás, Jane. Contesta a una pregunta. ¿Eres capaz de escuchar una confidencia grave y no empezar a dar gritos histéricos?

La mujer le cogió por el brazo y le condujo a la cocina.

—Siéntate. Ya sabía que algo serio te ocurría. Te serviré un poco de café, y mientras le cuentas a mamaíta tus problemas.

Resultaba tranquilizadora la suave firmeza de Jane. Erle Miller empezó la narración desde el momento en que conoció a los dos hombres de Miami, y la terminó con la conversación con el sujeto

del coche verde, incluida la sorprendente revelación que había traído el «Washington *Post*». Jane, sentada a su lado, sorbiendo lentamente una taza de café, no le interrumpió un solo momento, Cuando Miller terminó se levantó y descolgó de la pared un sombrerito y un abrigo. Él le preguntó:

—¿Qué haces? ¿No tienes nada que decir a esto?

—Claro que sí. Levántate. Vamos al Departamento de Estado. Supongo que no dudarás un momento en cuál es tu deber de americano.

Miller respiró tranquilo. Aquello era lo que necesitaba. Pero estaba el tipo de la gabardina. Y no convenía alarmarle.

—Espera. No es tan sencillo. Mi amigo andará por ahí fuera. Ve a comprobarlo.

Jane acudió al saloncito y miró a la calle. Efectivamente. No era posible salir de la casa sin tenerla de nuevo a la espalda. La joven volvió a la cocina bastante abatida.

—¿Qué hacemos, Erle? Si no se procede con habilidad todo se estropeará. ¡Espera! —Le miró triunfante—. ¡Conozco a un muchacho que podrá ayudarnos! En una ocasión trabajó en «Pentágono» y supe que pertenecía al
C. I. A.
Prometí no descubrir nunca su identidad, pero ahora es distinto. Le llamaré por teléfono. Aparentemente trabaja en una oficina de seguros. Estará allí, si no tiene servicio.

Erle Miller la detuvo, sujetándola por el brazo. Inquirió:

—¿Estás en lo cierto, Jane? No me gustaría cometer una equivocación sobre este asunto.

—Descuida, Erle. Patric Calgari es de fiar. ¿Crees que de otro modo le metería en esto? Podremos contarle el caso.

Jane Anderson contagió a Erle su optimismo. Mientras ella trataba de localizar a su amigo, el hombre se entretuvo en examinar al vigilante, que había vuelto a la lectura del periódico. Sin duda no conocía mejor medio para despistar. Escuchó cómo la joven hablaba con alguien por el aparato.

—¡Escucha, Patric! ¡Soy Jane Anderson!… Sí… Desde luego me acuerdo de ti… Mira. Voy a darte cuenta de un asunto que te interesará. No me interrumpas en un buen rato.

La chica contó brevemente la historia. Patric Calgari escuchó

aburrido al principio y luego francamente excitado. En el momento en que el nombre de Luigi Parloni se mezcló en el asunto, se alarmó al máximo. Después que Jane terminó, pidió:

—¡Dile a ese hombre que se ponga al teléfono! —Esperó un poco y cuando Miller habló, le dijo—: Verá, Miller. Ha dado usted con un caso de interés. Procure no ponerse nervioso y no se mueva de esa casa. Voy a consultar con mis jefes y le llamaré enseguida, ¿comprende? Sobre todo no salga de ahí. Está usted cumpliendo con su deber y no se arrepentirá de ello.

Colgó el aparato y levantándose de la mesa le indicó al hombre que escuchaba a su lado, con curiosidad.

—Me voy, Marlon. Quizá no me vuelvas a ver en unos días, si me encargan este trabajo. La rubita aquella de «Pentágono» es una chica lista. ¡Para que no seas tan misógino, viejo lobo!

Patric tenía la simpatía, la audacia y la labia de un buen agente de seguros, profesión que en efecto desempeñaba desde muchacho, hacía poco más de cinco años, puesto que aún no llegaba, a la treintena. Para la idea generalizada que se tiene sobre los agentes del contraespionaje, Calgari no daba el tipo. Carecía de truculencia y de teatralidad Era sencillamente un buen chico, deportivo y alegre, pero capaz cuando resultaba preciso, de los mayores sacrificios y de las mayores audacias. Amparado en su condición de asegurador, tenía acceso a muchos lugares sin despertar la menor sospecha y eso precisamente constituía su tormento.

—¡Estoy cansado de hacer pesquisas domésticas! ¡Lo que yo quiero es coger por el rabo un buen asunto!

Ahora creía que la suerte le ayudaba. Jane Anderson le ponía en la pista de algo que interesaría mucho a sus jefes. Todo hacía suponer en una organización de importancia al servicio del enemigo, y sobre todo, decidida a planear un asunto tan audaz como el asesinato del profesor Parloni.

Subió a su coche y sin dudar le condujo hasta el gran garaje de la calle Mayflower, entrando en el patio central. Descendió y le indicó al empleado:

—Un buen lavado. Volveré pronto a por él.

El hombre asintió. Patric cruzó en dirección a la salida posterior. Antes de llegar a ella entró en los tocadores. Esperó a que saliera la única persona que se encontraba en ellos y enseguida abrió una

portezuela que cerró con cuidado, pasando a un local pequeño, donde varios vehículos se alineaban. Un hombre le saludó.

—¿Qué ocurre, Calgari?

—Me tendrás que dar un paseíto. ¿Dónde subo?

—Hoy toca recoger la ropa. Anda, colócate ahí dentro.

Patric saltó a la cabina de una furgoneta blanca, cerrada, y tomó asiento en su interior. Su compañero se colocó una bata y una gorra y sentándose al volante puso el vehículo en marcha. Alguien que permanecía invisible abrió la puerta y el vehículo salió a la calle.

Rodó durante unos cuantos minutos y al fin se detuvo ante un edificio que tenía el número 2430 de la calle E. Aparentemente se trataba de un edificio de apartamentos, vulgar y corriente, pero en él se escondía el cuartel general del
C. I. A.,
la más poderosa organización mundial de información y contraespionaje. La furgoneta esperó unos segundos y enseguida penetró en la casa por una entrada de servicio, quedando detenida en un patio. El conductor dio unos golpes en la carrocería y Patric abrió la portezuela, saltando al suelo.

Franqueó una pequeña puerta y entró en un ascensor automático, que le subió hasta el tercer piso. El joven estaba bastante nervioso. Su temor era que le apartaran del asunto y le enviaran de nuevo a buscar información vendiendo pólizas de vida por las casas.

Su jefe inmediato, el Mayor Conrad Ebel, de ascendencia alemana, decía bromeando que el mismo Presidente tenía sangre teutona, cuando alguien pretendía sacar punta a su origen. El Mayor Ebel resultaba indispensable para el trabajo metódico de organización. Tenía un modo especial de escuchar a sus hombres, con la mirada perdida en el techo y comiéndose materialmente las palabras, que clasificaba en su cerebro con la precisión de la más moderna máquina electrónica.

—Veamos, Calgari No irá usted a decirme que ha descubierto otro caso Rosenberg. Le veo muy excitado.

—Usted juzgará. ¿Qué le parecería si le dijera que un grupito de inocentes ciudadanos, no sé de qué país, pretenden asesinar al profesor Parloni en cuanto ponga el pie esta tarde en el aeropuerto?

El Mayor se levantó de un salto. Sin contestar pulsó un timbre y

habló por el comunicador interior.

—¿Jefe? Necesito verle enseguida.

—Está bien. Suba —concedió la voz serena de Allen Walsh Dulles.

Calgari nunca había hablado en persona con el jefe supremo del
C. I. A.
Aclaró la voz mientras seguía al Mayor por los corredores. Pasaron un par de controles automáticos antes de llegar al ascensor particular de Allen Walsh Dulles. Y al fin, después de aguardar unos minutos en el despacho, el propio rector del
C. I. A.
les recibió.

Patric, quizá algo joven, se impresionó un poco. Y con voz no muy firme relató la historia de Eric Miller. Dulles escuchó en silencio. Luego ordenó al Mayor:

—Comprueben la personalidad de ese artista. ¿Cómo se llama usted?

—Patric Calgari, señor. De la promoción de mil novecientos cincuenta.

—¿Ha actuado en algún caso de importancia?

—Pues… Creo que no. Soy informador domiciliarlo aquí, en la capital.

Dulles examinó con atención al muchacho. Le debió gustar su aspecto.

—Llevará por el momento el caso Miller. El Mayor le facilitará, lo que necesite. Mi opinión es que Miller deberá seguir la comedia hasta el último momento. Seguramente acudirán al aeropuerto para comprobar si realiza el trabajo. Monten Un buen servicio de vigilancia. Y pongan una sombra a la sombra que aguarda frente a la casa dé la chica. No se fíe usted mucho de Miller. Creo que ahora es sincero, pero no resulta un sujeto muy recomendable. Tengan presente que no sólo hay que salvar al profesor Parloni, sino también destruir esa organización que puede ser un peligro para el país. Manténgame informado de todo, Mayor.

La entrevista había terminado. Calgari aseguró que todo saldría bien y lleno de entusiasmo acompañó al Mayor a su despacho. Varios agentes fueron llamados y dispusieron el plan.

—Rodearemos el aeropuerto. Ese Miller deberá salir de casa de

la muchacha y alquilar un coche. Ello convencerá a sus amigos de que está dispuesto a seguir el plan. A las seis y media irá al surtidor de gasolina de la calle catorce. Usted esperará allí y entrará en el vehículo sin que los posibles seguidores de Miller puedan advertirlo. Metido en el fondo del coche le acompañará al aeropuerto e intervendrá en el momento necesario. Será preciso proteger a Miller después. Intentarán vengarse de él a toda costa. Del profesor me ocuparé yo personalmente.

Ésas fueron las órdenes del Mayor. Calgari se puso de acuerdo con los demás hasta en los más pequeños detalles, y descendió al patio. Volvió a subir a la furgoneta y regresó al garaje de la calle Mayflower. Poco después se personaba junto a su pequeño coche recién lavado, al que un empleado daba los últimos toques.

—¿Todo listo? —preguntó tendiéndole un billete.

El otro sonrió y cuando el joven se hubo acomodado en el asiento le dijo:

—Muchas gracias, señor. Y mucha suerte.

Calgari le hizo un gesto de agradecimiento y salió a la calle. Regresó a su oficina de seguros. El otro compañero había salido a comer. Se sentó ante el teléfono y mareó el número de Jane Anderson.

CAPÍTULO V

Erle Miller aspiró con ansia el humo del cigarrillo, sentado frente al volante de un «Chevrolet» alquilado, mientras le llenaban el depósito de gasolina. En el departamento de herramientas tenía un revólver de canon largo, de gran precisión, que usaba años atrás en el número de romper los finos cordeles que sujetaban palomas amaestradas en la cúpula del circo «Rilman y Braum». El coche había sido arrimado a la entrada de la estación de servicio. Allí tenía que recoger a un agente del
C. I. A.,
al amigo de Jane Anderson. ¿Dónde diablos estaría?

Por el espejo veía al coche verde, convertido en su pesadilla. El hombre que servía el combustible retiro la manga y la colgó del surtidor. Entonces un largo «Cadillac» salió del taller y estuvo durante unos minutos maniobrando para ganar la callé. Tapó por completó la perspectiva del fondo. Miller creyó adivinar. Un joven corrió hacia su «Chevrolet» al amparo del otro automóvil y saltó a la parte posterior sin apenas abrir la portezuela. El «Cadillac» encontró entonces el modo de partir y dejó libre la calle Miller respiro tranquilo, pagó la gasolina y puso el coche en marcha.

—Soy Patric. Encantado de conocerle, aunque sólo le veo la nuca. No se vuelva. Están espiándole. Continúe al aeropuerto. Queda poco tiempo.

Miller condujo con habilidad y dejando la calle de mayor tráfico se dirigió hacia las afueras. Ahora que se aproximaba el peligro se sentía más tranquilo. Dijo sin mirar a su espalda:

—Espero que todo funcione. Ese hombre del coche verde no me ha dejado ni un momento solo.

—Quizá sea el único que acuda al aeropuerto. No le

permitiremos escapar. Tiene un par de hombres de confianza detrás.

Calgari no asomaba la cabeza. Acurrucado en el fondo del coche sacó su pistola y puso una bala en la recámara. Ya se acercaban al campo. El agente del
C. I. A.
advirtió por última vez.

—Recuerde las instrucciones. Condúzcase como si fuera a disparar. Cuando el profesor esté a salvo daremos la batida. Luego nos espera el trabajo duro.

Erle Miller se acordó de Jane Anderson. Y al hacerlo un pinchazo en el corazón le molestó. Tenía al lado a Calgari, el hombre por el que la chica mostraba tanto entusiasmo. Y empezaba a sentir celos, lo que equivalía a que la mujer significaba mucho para él.

Se cruzaron con algunos coches. La explanada de aparcamiento estaba llena de vehículos. Condujo el «Chevrolet» hasta el lugar designado en el plano. Dio vuelta al edificio de las cantinas y se situó cerca del vallado metálico. Levantándose un poco examinó el lugar, que evidentemente había sido elegido con mucho cuidado. La pista principal quedaba como a cien metros. Y continuando la carretera se enlazaba con la general que llevaba de nuevo a la ciudad. El hecho de no existir en aquel lado ninguna entrada al aeropuerto lo convertía en sitio poco vigilado. Miller se volvió a sentar, y sin mover apenas los labios dijo:

—No se ve a nadie sospechoso. El coche verde se ha quedado en la pista con los demás. Creo que sólo el hombre de la gabardina clara es el encargado de comprobar lo que sucede.

—Perdone que le diga una cosa, Miller. Pero no existe nadie capaz de hacer blanco desde cien metros a un hombre que se mueve, con arma corta por supuesto. O al menos no hay la menor seguridad.

—Siento mucho no poder demostrárselo, Patric.

—Quizá tenga alguna oportunidad. En este oficio nunca se sabe lo que puede ocurrir —murmuró el agente.

En realidad se daba importancia. Desde que salió de la Academia nunca había tenido ocasión de enfrentarse con nada emocionante. La preparación cuidadosa que recibió le hacía parecer experto.

A las siete menos cinco minutos un plateado «Constellation» apareció por el oeste. Miller le observó con ansiedad. El avión empezó a tomar la vuelta de rigor para enfilar la pista en dirección contraria al viento. Parecía eme los minutos se hacían horas para el impaciente hombre del «Chevrolet». Al fin el aparato se colocó en posición y descendió majestuosamente. Un poco más y se posaba sobre el hormigón para detenerse enseguida. Giró lentamente y rodó otro poco, al encuentro de la escalerilla y del grupo de señores vestidos de gris obscuro que esperaban. Sin duda se trataba de la comisión de bienvenida para el profesor.

—Levántese un poco y coja un arma, Miller. Hay que cuidar el detalle. Posiblemente le están observando. Les dejaremos que se confíen.

Erle obedeció. Pegó la cabeza al techo del vehículo y aguardó, sujetando el revólver que incluso tenía cargado, aunque aquello no era más que una casualidad.

En aquel momento se abrió la portezuela. Primero salió la azafata y enseguida el pasaje. Luigi Parloni se retrasaba. Fue el último que apareció en lo alto de la escala. Sonrió a los señores que agitaban la mano saludándole. Miller le reconoció al instante. Patric musitó:

—¡De acuerdo con el libreto ahora estarán aquí todos los actores del drama! Un instante más y al comprobar que usted no dispara se apresurarán a desaparecer. Es el momento que entre en escena el agente de seguros Patric Calgari.

Abrió la portezuela con rapidez y mientras Miller continuaba mirando al profesor, que descendía despacio, el agente del
C. I. A.
se llevó a la boca un silbato y lanzó una señal no muy escandalosa.

¿Tres o cuatro hombre? Se separaron de la gente que aguardaba en el lugar delimitado al efecto, y se situaron en las salidas, cerrando el paso a todo el mundo. Otro se acercó velozmente al coche verde y a su conductor. Pero Miller no vio todo esto. Sólo tenía ojos para lo que sucedía en la pista. El profesor Parloni ya se aproximaba a los que le esperaban. Y entonces un hombre apareció muy cerca al lugar donde el «Chevrolet» aguardaba. Surgió de entre los barracones de la cantina y los servicios y corrió al encuentro del grupo. Miller creyó reconocer su silueta pero no tuvo tiempo de

cerciorarse, pues el recién llegado alargó un brazo y una detonación resonó en el aeropuerto, coreada por algunos chillidos femeninos. El profesor Parloni se tambaleó y fue a caer en los brazos de sus amigos. Miller pudo ver que tenía el rostro lleno de sangre y nada más. Calgari dio vuelta acercándose al vallado y gritó excitado.

—¡Le han matado! ¡Allí va el asesino!

Miller ya sabía quién era el tipo que corría desesperadamente hacia una salida del cercado, donde un automóvil le esperaba. Tex Nichols, el testarudo pistolero que él creía ahogado en el Potomac. Por lo visto tenía siete vidas y continuaba sin fiarse de Miller. Y lo peor resultaba que no parecía posible evitar su huida. Llevaba mucha ventaja a los agentes que le seguían, Calgari dijo al entenderlo así:

—Demuestre su habilidad, Miller. Si ese hombre escapa perdemos toda esperanza de destruir a la banda. Han matado al profesor y deberán pagarlo.

Erle Miller nunca había tirado sobre un ser humano. Un ser humano que corría desesperado. Pero no dudó en buscarle tras el punto de mira. Era un asesino peligroso y un enemigo de su país. Apretó el gatillo, ansiosamente observado por Patric. Tex, alcanzado en la carrera, se detuvo, agarrándose ya a la manilla del coche. Tiró de ella rabioso, pero no llegó a entrar en el vehículo. Quedó tendido sobre él estribo.

Después todo fue vertiginoso para Miller. Patric Calgari se trazó un plan en cuestión de segundos.

—En efecto, usted es un fenómeno con un arma en la mano. No quiero engañarle, lo que voy a pedirle ahora es casi una sentencia de muerte. Regrese inmediatamente al «Hotel Raleigh» y espere allí. No se entretenga Oficialmente usted ha matado al profesor. Espere las noticias de sus amigos de Miami. Cualquier aviso urgente hágalo a casa de Jane, pero con habilidad. ¡Váyase!

—Pero… ¡es una locura! ¡Todo el mundo ha visto lo que ha sucedido! ¿Y la muerte de ese hombre, del asesino?

—Ya le digo que hay un riesgo enorme. El espía del coche verde ha sido detenido. Es preciso suponer que ningún otro de la banda estaba en el campo. La prensa contará el suceso como a nosotros nos convenga, y la gente no creo que haya visto nada claro De todos modos les pediremos discreción. ¡Váyase! ¡Cada minuto que pasa es

mayor el riesgo! ¡Escape como si realmente hubiera disparado contra el profesor! ¡Dios mío! ¡Mi primer caso!

Miller tenía la suficiente imaginación para comprender por cuántos sitios hacía agua el plan. Ponerse en manos de la organización enemiga después de aquello, era casi un suicidio. Y seguramente eso fue lo que le decidió. Le tocaba la peor parte en la historia. Jane Anderson se sentiría orgullosa de él. Pisó el acelerador y salió disparado. Saltó sobre la cuneta y se puso en la carretera, alejándose del aeropuerto que era un bullicio de voces, advertencias y gritos.

—¿Ya me imagino a Jane, acompañad?, de Patric, llevando flores a la tumba del idiota de Erle Miller —murmuró rabioso.

El agente del
C. I. A.
le vio marchar y se apresuró a llegar hasta donde unos cuantos policías contenían a la gente que intentaba ver el cuerpo del profesor. Dándose a conocer logró echar una ojeada al cadáver, pues en efecto el científico italoamericano ya no vivía. El balazo le había atravesado la cabeza.

Preguntó a uno de sus compañeros:

—¿Ha salido alguien?

—No. Seguro. El hombre que te interesaba está en la oficina. Le sacamos del coche. ¡Cualquiera oye ahora al Mayor!

—Llámale por teléfono y dale la noticia. Así nos evitamos el primer embiste.

Siguió un trabajo penoso. Patric en persona interrogó uno por uno a todos los que se encontraban en el aeropuerto. Fue aislada una zona al objeto de que el servicio pudiera continuar en las restantes, pues nuevos aparatos llegaban desde todos los lugares del país. Patric preguntaba:

—Díganos qué vio usted de lo sucedido. ¿Se fijó de dónde procedió el disparo?

Todo eran datos confusos. Como el joven suponía, nadie advirtió lo sucedido, e incluso la parte del asesino pasó en secreto, después del revuelo que se organizó. Fueron identificando a todos. Solamente los miembros del comité de bienvenida, podían dar detalles y fueron cuidadosamente aleccionados.

El Mayor entró como una tromba. Tenía los ojos irritados y eso

significaba la guerra. Patric dejó a sus compañeros que continuaran el interrogatorio y se enfrentó con su jefe.

—¡Se ha lucido usted, Calgari! —Fue el saludo del Mayor—. Ya puede suponerse el escándalo que armará esta muerte. Cuando los de la Comisión de Energía Atómica se enteren que nosotros conocíamos el complot y no hemos podido abortarlo, se organizará un buen lió. ¿Dónde tiene a su hombre, a ese Miller?

Patric le dio cuenta del modo cómo se habían desarrollado los acontecimientos. Al llegar al final, al momento en que ordenó a Miller que regresara a su hotel, el Mayor se encrespó de nuevo.

—¡Es demasiado arriesgado! ¡Matarán a ese infeliz!

—Le advierto que es capaz de defenderse. No sé de nadie que tire como él. Nunca he creído en expertos de circo, pero Miller no exagera. Y en realidad creo que saldrá bien. Los periódicos dirán que un hombre que escapó en un «Chevrolet» fue el asesino. No se hablará para nada del pistolero muerto. Ya estoy convencido de que la banda no tenía otro observador aquí sino el hombre del coche verde. Y ése no podrá contar nada a sus colegas. Si le parece le interrogaremos.

Ya sólo quedaban media docena de espectadores del drama. Su presencia en el campo quedaba bastante justificada. Todo hacía, pues, suponer que la teoría de Patric era acertada.

El hombre que tan sañudamente persiguiera a Erle Miller aguardaba, bien vigilado por un par de policías, en un despacho de la dirección. Antes de entrar en él, vieron cómo una ambulancia se llevaba el cuerpo del profesor y con ciertas precauciones el de Tex Nichols.

El Mayor miró la herida del pistolero y preguntó a su subalterno:

—¿Dice que le tiró desde más de cien metros? Quizá fuera un golpe de suerte.

Entraron en la Glicina. Un individuo con gabardina clara permanecía sentado entre dos agentes de uniforme de la policía del Estado, que no le quitaban la mirada de encima. Cuando comprendió que el Mayor y Patric tenían autoridad, empezó a chillar:

—¡Esto es un atropellos! ¿Puede saberse por qué se me detiene?

—Desde luego —dijo el Mayor—. Se le acusa de complicidad en la muerta del profesor Parloni. Si se muestra dispuesto a colaborar

todo será más fácil para usted. ¿Es americano?

—Sí. Y conozco mis derechos. No pueden retenerme sin ninguna prueba en que basar la acusación, Mi abogado me pondrá en la calle cuando quiera.

Patric se inclinó sobre él, sujetándole por las solapas.

—¡Un sabelotodo!, ¿eh? ¿Puedes explicar el motivo de que te hayas dedicado durante un par de días a seguir a un individuo por toda la ciudad?

El hombre sonrió.

—Pura coincidencia. Eso es todo. ¿Necesita algo más antes de que me marche?

El Mayor ordenó a uno de los policías:

—Regístrele. Vea qué lleva encima.

No valieron las protestas y el agente sacó a la luz todas las pertenencias del detenido, que resultó llamarse Paul Mitchell, de Nueva York. Por no llevar nada comprometedor, ni arma llevaba. La sonrisa de suficiencia de Mitchell continuó ofensiva en sus labios ante la desesperación de Calgari. El Mayor decidió:

—Llévenle a la Comisaría. Queda detenido a disposición del
C. I. A.
Cuando tengan listo el mandamiento, envíenlo para firmarlo.

Los dos policías empujaron a Paul Mitchell sin mucha delicadeza y le sacaron al exterior, fin un coche del departamento le condujeron hasta la comisaría del distrito. El detenido iba tranquilo, pues sabía que, efectivamente, no estaría más de veinticuatro horas detenido, si el fiscal no se las arreglaba primero para encontrar una base de acusación. Frente al edificio policial el coche se detuvo y después de descender a tierra uno de los policías invitó a Mitchell a que le siguiera. El detenido obedeció y se dispuso a franquear la puerta de cristales. El sonido de un automóvil que se acercaba veloz le hizo volver la cabeza. También el policía que dejaba el vehículo miró sorprendido, a tiempo de ver un sedán que casi rozaba la acera. Un tubo negro asomaba por una de las ventanillas y repentinamente empezó a brotar de él un chorro de fuego y plomo. El policía se tiró al suelo, aturdido por las detonaciones, y el otro compañero se dejó caer por los escalones, buscando refugio en la balaustrada de piedra. Paul Mitchell, a quien iba dirigido el mensaje, se dobló como un muñeco y quedó tendido en el umbral,

con la puerta entreabierta.

El golpe audaz de los bandidos, asesinando a un testigo peligroso en la propia entrada de la Comisaría, fue conocido por Patric Calgari cuando todavía permanecía en el aeropuerto comprobando las declaraciones. Se estremeció pensando en Erle Miller. El Mayor le abordó antes de abandonar el lugar.

—Bien. En cuestión de minutos hemos perdido al único eslabón de la cadena que conocíamos. ¿Sigue confiando en que lo de Miller resulte?

—Si le soy franco, y aunque parezca una barbaridad, le dirá que Miller es en esta ocasión el cebo. Ya ve los procedimientos que emplean. ¿Cree que se arriesgarán a dejar con vida a un hombre como Miller, que puede ser demasiado peligroso? No pertenece a su organización, ha sido solamente un instrumento. Y después que le han utilizado, al menos eso creerán ellos, tratarán de eliminarle, Miller lo sabe; no es ningún niño. Está jugándose la vida. Si le dan tiempo nos avisará por teléfono.

—¿Y si no? —preguntó el Mayor.

—Pues… Yo voy a presentarme en el hotel. Estaré tan cerca de él como sea posible. Es lo único que puede hacerse. Sólo siento no encontrarme en su lugar —declaró el joven agente del
C. I. A.

Acudió a su oficina de Seguros, acompañado de un muchacho del servicio. En un armario tenían todo lo necesario para instalar un magnetofón y conectarlo con el teléfono. De ese modo podrían registrar todas las llamadas. Patric marcó el número de Jane Anderson. La chica aún no había acudido a su trabajo.

—¡Gracias a Dios que me llamas, Patric! ¿Qué ha ocurrido? ¿Salió bien todo? ¿Dónde está Erle?

Al joven le molestó el interés que demostraba la chica hacia Miller. Sólo por principio. Sacudió la preocupación y le dio unas cuantas noticias ambiguas que tuvieron la virtud de desconcertar más a la muchacha.

—Quizá Miller te llame, Jane. O puede que yo mismo lo haga. Cualquier cosa de interés, comunícala a mi oficina. Yo lo sabré enseguida. ¿De acuerdo?

Ella lo prometió así. Y como Patric Calgari estaba demasiado impaciente, se apresuró a continuar con sus proyectos. En realidad

hasta ahora sólo el fracaso había acompañado sus esfuerzos. No quería imaginar lo que el jefe superior pensaría de él al conocer la muerte del profesor Parloni. El único medio de paliar el desastre era capturar al hombre que montaba aquel tinglado de violencias, dirigido contra el mismo corazón de la seguridad nacional.

CAPÍTULO VI

Pese a su moderada importancia, el «Hotel Raleigh» recibía el suficiente número de viajeros diariamente para que el conserje de la recepción no se fijara demasiado en ninguno. Por eso apenas prestó atención al hombre que se plantó ante el mostrador y sacudió un ruidoso timbrado para requerir su presencia. Tras él, un botones llevaba varias maletas cuadradas de inconfundible aspecto. El conserje arrugó un poco el entrecejo. ¡Viajante!… O lo que era lo mismo: muchas exigencias y pocas propinas.

—¡Un buen cuarto con sol, aire, baño moderno y radio! —exigió a gritos el recién llegado.

El empleado le miró con disgusto. Examinó el libro registro y le dio vuelta para que el hombre firmara. Lo hizo con calma, colocando su rúbrica historiada bajo el nombre: Patric Calgari.

—Tenga. Habitación veintiocho, tercera planta… Bienvenido entre nosotros.

Pronunció la frase ritual del «Raleigh» con un acento nada acorde con las palabras. Patric dirigióse al ascensor sin pensar más en el conserje, un tipo delgado, de fino bigote negro y pelo lacio. La pregunta que se hacía era sola una: ¿qué sería de Erle Miller? Apenas habían transcurrido tres o cuatro horas desde la escena del aeropuerto, y ya los diarios de la tarde habían lanzado a la calle la noticia de la muerte de Luigi Parloni. Los hombres que se movían en la sombra tras de Miller sabrían que había cumplido su palabra. O quizá supieran más de lo que convenía.

Nada más entrar en su cuarto y despachar al botones, se dispuso a intentar un contacto con Miller. Resultaba ingenuo hacerlo por el teléfono interior, que sería controlado por la telefonista.

En aquellos momentos Erle pensaba algo parecido. Como se

pasaba la mayor parte del tiempo atisbando la calle desde una de las ventanas, esperando no sabía bien qué, vio al agente del
C. I. A.
entrar en el hotel. Al instante sintió la necesidad de hablarle. Apretó la pistola que había substituido al arma demasiado voluminosa que utilizara en el aeropuerto, y salió al corredor.

No era tan imprudente como para acercarse a la habitación de Calgari, y menos teniendo que empezar por investigar dónde se encontraba ésta. Descendió al vestíbulo y pasó al bar, acodándose en el mostrador. Se hizo servir un refresco inofensivo y esperó, confiando en que de un modo telepático Calgari aparecería por allí.

Antes de beber el contenido coloreado del vaso pensó en la posibilidad de un envenenamiento. La incertidumbre y el temor le estaban volviendo ingenuo.

—¡Qué bárbaro! —Trasegó casi la mitad—. Tengo madera de escritor de folletines.

Por el espejo del bar vio entrar al agente del
C. I. A.
Patric se sentó cerca de él. Un grupo de bebedores no les permitió intentar el menor diálogo. Calgari decidió esperar y así transcurrió bastante tiempo. El camarero remoloneaba por allí y Miller, aburrido, empezó a pensar que de un hombre de la profesión de Patric era casi natural exigir más ingenio. En aquel momento el agente descendía de la banqueta, dando una gran palmada en el mostrador y dejando unos billetes sobre él. Tropezó con el hombro de Miller al pasar y murmuró una disculpa:

—Perdone, señor. —Y luego, en un susurro—: ¡Vaya al ascensor!

Miller se separó también del mostrador mientras Patric volvía para pedirle cigarrillos al camarero. Erle se apresuró a salir, sin saber qué es lo que Patric deseaba que hiciera. Vio el ascensor con la puerta abierta y sin servidor. Ya era demasiado tarde y el empleado dejaba el trabajo, colocando el automático. Resultaba, rúes, un buen lugar para hablar sin testigos. Se dirigió allí despacio, para dar tiempo a que el agente se le acercara. Calgari, en lugar de hacerlo con sigilo que podía despertar sospechas, asomó por la puerta del bar y gritó estentóreamente:

—¡Eh, amigo! ¡Aguarde! ¡Subiremos juntos!

El conserje murmuró algo. No le agradaban aquellos modales, en

su hotel. La puerta se cerró tras los dos hombres, que quedaron prisioneros en la pequeña cabina.

Patric se apresuró a pulsar el botón de su piso.

—Ese tipo del mostrador me pone nervioso —dijo—. Escuche, Miller. Las cosas se han complicado. Mucho me temo que esa gente prefiera no pagar los cuatro mil dólares y liquidar de otro modo.

—¡Es usted un cochino hipócrita, Patric! ¡Eso lo sabía ya desde el primer momento!

—Bueno, no se enfade. Estará de acuerdo conmigo en que es preferible que suceda cuanto antes, ¿no? Quiero decir que lo intenten y podamos evitarlo, naturalmente.

—Confío en que haya más suerte que con el profesor.

—Hablando del profesor, deme ese mensaje que recibió. ¿Lo lleva?

Miller le tendió la cuartilla mecanografiada y la fotografía. Después hablaron nerviosamente, pues ya el aparato estaba detenido en el tercer piso. Cambiaron algunas frases y Patric salió al corredor. Miller descendió a su piso y entró en la habitación, con ciertas precauciones, pues no quería recibir un tiro por sorpresa, y la conversación con Patric le había renovado la inquietud.

Abandonaron el hotel con muy pocos minutos de diferencia. Primero lo hizo Miller, con un sobretodo sobre los hombros. Pidió un taxi y le dio la dirección del «Pentágono». Parecía deseoso de divertirse y olvidar preocupaciones.

Patric Calgari estuvo en su cuarto examinando la neta que Miller recibió por la mañana. Intentar buscar la máquina con que había sido escrita, sin una limitación en el campo a investigar, era imposible. Pero una frase del escrito le sorprendió. Le resaltaba sugeridora del resto. Decía: «… y precisamente al rostros. Miller debía disparar precisamente al rostro del profesor. ¿No era aquello extraño?».

Con una sorpresa que le alegró el corazón guardó el papel y tomó el teléfono. Luego lo pensó mejor y abandonó el hotel. Al otro lado, en una farmacia, entró en la cabina que le ofrecía mayores garantías. Se cerró y depositando la moneda en la ranura llamó a su despacho particular. Un hombre se puso al instante al aparato.

—Soy Calgari. Escucha. Registra este aviso. ¿Estás a punto?

—Cuando quieras.

—Urgente solicitar ficha completa de Luigi Parloni en laboratorio Los Álamos, datos al máximo sobre su persona y físico, incluido informe de su dentista, Averigüen también al minuto el recorrido que efectuó hasta Washington con historia de sus detenciones y movimientos. También necesito una descripción completa de todas las personas cuya desaparición haya sido comunicada a las autoridades de todo el país en la última semana. Eso es todo.

—Casi nada. ¿Para cuándo lo quieres?

—Hazte cuenta que para esta misma noche. Dile al Mayor que es decisivo. Preferencia absoluta.

Cortó la comunicación. Después de todo no era ni práctico ni conveniente dejarse llevar por la desesperación. En cualquier momento puede surgir la luz. Ahora le quedaba ocuparse de Erle Miller. El hombre bien se merecía cuanto se hiciera por él.

En aquel momento el antiguo actor de «Rilman y Braum» entraba en «Pentágono». Jane le miró sorprendida y alegre.

—¡Erle! —Luego fingió reproches—. ¡Bien has podido llamarme primero! Patric me dio a entender que hubo dificultades. ¿No los cogieron?

Miller sonrió. Sujetó a Jane por la barbilla, mirándola a los ojos.

—Eres un encanto, criatura. Y no debes ocupar tu imaginación con cosas tan desagradables. ¿Sabes lo que haremos? Tomaré unas copas en el bar y luego vendré a buscarte para ir a dar un paseo. ¿Te gusta el plan?

La muchacha palideció. Aquél era el Erle Miller que conoció en el circo, en que se labró su propia desgracia: inconsciente y alocado. Intentó sujetarle.

—¡No lo hagas, Erle! ¡Podemos irnos ahora si lo prefieres! ¡No bebas!

El hombre lanzó una carcajada.

—¡Tengo derecho a distraerme un poco! Quizá me quede poco tiempo para hacerlo. ¡Tu amigo no es un lince, que digamos!

Se soltó de un tirón y cruzó la pista dirigiéndose al mostrador. No le costó mucho esfuerzo hacerse un sitio, y demandó del camarero:

—Tráigame coñac, amigo. Nada de porquerías destiladas de porquerías. ¡Coñac lleno de sol y de calor! ¿Sabe lo que es eso?

Le pusieron una botella delante de los ojos y la sujetó ansiosamente. Se sirvió la primera copa con delectación, casi como en un rito, y la bebió de un sorbo.

Jane Anderson salió de su cuartito y contempló cómo Miller se hundía de nuevo. Con lágrimas en los ojos la muchacha asistió a las libaciones del hombre, que reía escandalosamente y formó alrededor un corrillo de curiosos a los que parecía complacer el espectáculo.

Pasaron así un par de horas, pues no menos necesitó Erle Miller, además de una buena cantidad de licor, para terminar completamente embriagado, sin control de movimientos. Apenas quedaba público en «Pentágono» y la orquesta había dejado su actuación. Jane se puso su abrigo. Una profunda amargura la invadía. Encontraba una disculpa para Miller: la tensión nerviosa a que había estado sometido durante las últimas horas. Pero de todos modos comprendía que no volvería a depositar su confianza en un hombre irresponsable. Esperó aún.

—Este tipo no es capaz de dar un paso —dijo el camarero señalando a Miller—. ¿Ninguno de ustedes le conoce? Si no hay modo de quitarle de aquí me veré obligado a llamar a un policía.

Tres o cuatro clientes miraban a Miller con atención. Estaba tumbado sobre la barra, con un brazo doblado bajo el rostro, respirando agitadamente.

—Tiene para unas cuantas horas. ¡Vaya modo de beber! —comentó uno—. Yo no le he visto nunca. Si no tienes mucha prisa, John, podemos dejarlo en su casa.

El llamado John asintió.

—Es un deber de madrugada. Pero primero averiguaremos dónde vive. Sujételo usted de momento por los hombros.

El camarero le levantó y John procedió con mucho cuidado a examinar los bolsillos de Miller. Lo hacía de modo que todos pudieran ver que no se quedaba con nada entre los dedos, con esa repugnancia que produce el registrar a otra persona, cuando no se es profesional del robo o de la captura. La cartera no indicaba nada de particular, salvo el nombre. Y en un bolsillo del chaleco encontraron una llave con una chapita triangular dorada. El hombre leyó en voz alta:

—«Hotel Raleigh». ¿Sabes tú dónde queda eso?

—Sí. Cógelo por ese lado —indicó a su amigo—. ¡Levántese! ¡Vamos a dar un paseíto! El fresco de la noche no le sentará mal.

Casi a rastras la sacaron. Pasaron ante Jane, que cerró los ojos para no ver aquel despojo. Y un taxi previamente llamado recibió el cuerpo insensible.

* * *

El conserje del «Raleigh» pareció avinagrar el gesto más que de costumbre cuando vio entrar a los dos amigos cargando con Erle Miller. Salió rápidamente de su puesto y se acercó.

—Es el señor Miller. ¡Qué asco! Si me hacen el favor le subiremos a su habitación. Han sido ustedes muy amables.

—Hoy por ti, mañana por mí —rió John, al que divertía enormemente aquello—. Menos mal que no hay una esposa a la que dar explicaciones.

Metieron a Miller casi a empujones en el ascensor, y le mantuvieron en pie apretándole contra la cabina, El conserje les guió hasta la habitación, que abrió con su llave maestra. Giró el interruptor de la luz y anunció:

—Pueden dejarle aquí, sobre la butaca. Yo trataré de acostarle.

Los dos voluntarios cerraron la puerta. Se miraron con expresión distinta, menos risueña, y bruscamente soltaron el cuerpo, dejándole doblarse sobre la alfombra.

El empleado del hotel atravesó la habitación y bajó la cortina de la ventana. Preguntó:

—¿Todo salió bien?

—Ya lo ves. Recibimos el aviso y no nos separamos de él hasta que cayó redondo.

—¡El muy idiota lo ha facilitado! —murmuró el conserje, que miró con odio al cliente—. Cuando me llamasteis para decirme lo que ocurría, pensé el plan a seguir. El jefe nos ordenó que lo quitáramos del medio, pero si lo hacemos sin escándalo, mucho mejor. Nunca se sabe hasta dónde puede llegar una investigación policiaca. Este hombre nos sirvió cuando hacía falta, y aunque posiblemente nunca lograría averiguar nada, menos lo averiguará muerto.

—Pues cuanto antes mejor —dijo John sacando del bolsillo

posterior del pantalón una navaja que abrió presionando el resorte.

—¡Espera, imbécil! ¿A eso llamas tú trabajar sin escándalo? Si no queréis terminar como Mitchell, que se dejó coger igual que un colegial, tenéis que aguzar el ingenio, Sujétale de las piernas y tú de los brazos y traedle aquí.

El conserje del «Raleigh» sabía hacerse obedecer. Entre los dos jóvenes alzaron el cuerpo de Miller, que continuaba sumido en un sopor que sólo abandonaba para resoplar como si se ahogara y pronunciar algunas palabras inconexas, y siguieron al empleado. Éste les condujo al cuarto de baño. Examinó el lugar, como preparando la escena, y después señaló un sitio:

—Quitadle la chaqueta y tiradla sobre esa silla, Bien. Trataremos de que parezca un accidente. Miller llegó bebido. Yo podre atestiguarlo y el camarero del «Pentágono» también. Trató de tomar un baño caliente para despejarse —mientras hablaba el hombre indicaba la situación, con la mayor frialdad—. Se quitó la americana y abrió la llave del calentador de gas. Sin duda no se acordó de encender el mechero o lo hizo defectuosamente y se apagó. El resto es fácil suponerlo. ¡Llevo años diciendo a la gerencia del hotel que coloque una caldera central para el agua caliente, en lugar de estos artefactos!

Buscó en los bolsillos de Miller hasta encontrar unos fósforos. Encendió un par de ellos y los tiró al suelo, como también la carpetita con los restantes.

Luego abrió la llave del calentador y al instante el olor del gas llenó la habitación.

—¡Diablo! —chilló uno de los dos pistoleros—. ¡Salgamos enseguida!

—Ese valor te honra, muchacho —dilo el conserje con calma—. Podéis marcharos. Si encontráis alguien en los pasillos hablad de la borrachera de este tipo.

Cerró con cuidado la puerta del baño dejando dentro a Miller. Se acercó a la cama y revolvió un poco la ropa. Después, satisfecho de su trabajo, salió al pasillo, dejando la luz encendida y cerrando tras de sí.

CAPÍTULO VII

Erle Miller, tendido en el frío pavimento del cuarto de baño, se movió un poco. La atmósfera se hacía ya irrespirable por momentos. Unos minutos más y sería letal para cualquier ser humano.

Los pasos del conserje se habían alejado por el corredor. Por eso Miller se apresuró a levantarse, sin el menor síntoma de intoxicación alcohólica. Sonreía alegremente y nunca sus movimientos fueron tan ágiles y tan precisos. Lo primero que hizo fue cerrar la llave. Después, tosiendo apagadamente por efecto del gas, se acercó a la ventana y la levantó, para renovar el aire. Murmuró:

—¡Qué bestias! ¡Vaya con el conserje! Desde luego, siempre me fue antipático. Ahora comprendo de dónde procedía la información sobre mis pasos que recibían esos angelitos.

Se asomó a la ventana para respirar aire fresco. Buscó con la mirada, hasta, que vio una sombra moverse muy cerca, agazapada en la escalerilla metálica de incendios.

—¿Está libre el escenario? —preguntó desde la obscuridad la voz alegre de Patric Calgari.

—Puedes entrar. Te vi a través de los cristales, mientras el trío me metía en el baño. ¿Esperabas esto?

—Francamente, no. Cuando terminaste de emborracharte en «Pentágono»… Por cierto que ¡vaya actuación!

—Práctica, sencillamente —dijo Miller, quitándole importancia —. Sólo estuvo a punto de fallarme en una ocasión. Al pasar junto a Jane. ¡Incluso lloraba!

El agente del
C. I. A.
tragó saliva. No era el momento para demostrar su despecho

amoroso.

—A lo que iba. Seguí a los dos tipos que te trajeron, creyendo que lo hacían de buena fe. No se me ocultó que, tal como habíamos pensado, el presunto asesino aprovecharía la oportunidad para asestar el golpe teniéndote insensible. Por eso fui tras ellos y cuando entraron en el cuarto yo lo hice por el contiguo, que está vacío, y pasé a la escalerilla de incendios. Entonces vi la maniobra del hombre del bigote. Lo que se dice un buen elemento.

—Tuve que pensarlo dos veces para no empezar a golpes con él —aseguró Miller.

El agente del C. I. A. se acercó a la puerta del pasillo y escuchó. Después volvió junto a Miller. Rápidamente hizo trabajar su cerebro, tratando de aprovechar la situación.

—El conserje es una pieza fundamental en la organización. Él podrá ayudarnos a descubrir al jefe.

—¿Quieres decir que…? —preguntó Erle cerrando el puño significativamente y golpeando con él la palma de la otra mano.

—No. Nada de violencias, por el momento. Le asuntaremos. Es una táctica que siempre da resultados. Ven.

Patric Calgari entró de nuevo en el cuarto de baño y levantó del todo la guillotina de la ventana. Maniobró en el calentador de gas, abriendo otra vez la llave.

El gas silbó tenuemente. Antes de que Miller le preguntara, Patric explicó:

—Vas a descender al vestíbulo por la escalera de servicio. Yo haré subir al tipo ése y así podrás salir a la calle. Mi coche está en la esquina. Toma la llave. Procura esconderte en él y espérame. Veremos si el conserje tiene tanta serenidad como falta de escrúpulos.

Erle Miller obedeció. Los dos salieron al corredor con cuidado y mientras el tirador se alejaba en dirección hacia el final del pasillo, Calgari iniciaba el descenso por la escalera principal. Se despojó del lazo de la camisa, guardándolo en el bolsillo, y adoptó el aire del hombre que está dispuesto a meterse entre las sábanas y al que algo ha sorprendido.

Al llegar al vestíbulo el empleado le oyó acercarse y se volvió,

un tanto alarmado. Se tranquilizó al comprobar que se trataba de un huésped, del viajante llegado aquel día. Inició un gesto amable.

—¿Desea alguna cosa? No sabía que había regresado al hotel.

—Sí. Hace cosa de media hora. No vi a nadie por aquí. Oiga. ¡En el primer piso sucede algo!

El hombre se inmutó visiblemente. El fino bigote negro tembló un poco y las palabras salieron apagadas de sus labios.

—¿En el primer piso? No le comprendo. ¿A qué se refiere?

—Escuché como unos golpes. Precisamente estaba leyendo una novela de Simenon y… ¡Bueno! Bajé a curiosear y resulta que hay un olor tremendo a gas. ¡Puede tratarse de un accidente!

El conserje trató de quitar importancia. En sus planes figuraba descubrir el cadáver de Miller lo más casualmente posible, pero temía que no hubiera transcurrido tiempo suficiente para que el gas surtiera efecto.

—¡Vamos, señor Calgari! No es conveniente leer historias policíacas por la noche.

Sonreía arteramente. Patric acarició la tabla del mostrador, para contener sus nervios y no borrar aquella sonrisa de un puñetazo.

—¡A mí no me afectan esas emociones! Tengo el corazón firme. Hace falta más valor para vender una partida de calcetines que para cometer tres asesinatos. Pero insisto en que debe subir al primer piso. Si no lo hace llamaré yo mismo a la policía. No creo que el escándalo le convenga al hotel.

El conserje suspiró resignadamente. Tomó una llave del cuadro y concedió:

—¡Cómo quiera! Estoy aquí para servir a los clientes…

Se dirigió con toda calma al ascensor. Patric miró hacia la entrada de las cocinas. Tras una palmera enana vio a Miller, que le hizo un gesto de complicidad.

El empleado del «Raleigh» se animó bastante mientras subían. No existían pulmones capaces de resistir tanto tiempo una dosis masiva de gas. El idiota aquel del viajante le ayudaría, sin proponérselo, y eficazmente.

El olor en el pasillo era muy fuerte.

—¡Vamos, corra! ¡Viene de esa habitación! —apremió Calgari nervioso.

Cuando abrieron la puerta el gas les aturdió.

—¡No se le ocurra encender una cerilla! —advirtió el conserje—. ¡Volaríamos como palomitas!

—¡El baño! —chilló Patric, tosiendo.

Empujaron la puerta. El cómplice de Tex Nichols y de Mitchell se detuvo enormemente sorprendido. La víctima había desaparecido limpiamente. No tardó en advertir la ventana abierta y comprendió. ¡El maldito borracho escapó por la escalerilla metálica! Corrió hacia ella y miró a la calle con la esperanza de ver al fugitivo, mientras el agente del C. I. A., bastante divertido, procedía a cortar la salida del gas.

—¡Menos mal que no hay nadie! ¿Quién habrá sido el idiota que ha dejado la llave encendida? Usted sabrá quién ocupa este cuarto.

Miró al empleado, que demostrando un dominio de sí mismo fuera de lo corriente, parecía completamente tranquilo.

—Siempre advierto que tengan cuidado con las llaves. Bien. Creo que puede volver a su lectura. Como ve, no sucedió ningún drama.

—Me parece que cumplí con un deber ciudadano al avisarle —refunfuñó Patric fingiéndose ofendido.

—Desde luego, y le doy las gracias. Ahora retírese a dormir. ¡Buenas noches! Me quedaré un poco para cerrar la ventana cuando se ventile esto.

El joven salió al corredor. Cerró con fuerza la puerta y corrió a apostarse tras otra planta decorativa que parecía colocada exprofeso en el pasillo. La afición de los decoradores del «Raleigh» a los adornos verdes les ayudaba bastante.

Esperó como cinco minutos. Después el conserje salió. Miró con atención a todos lados, y descendió por la escalera sigilosamente. Patric iba tras él aprovechando los huecos de las puertas, las esquinas y las columnas para evitar ser sorprendido. Sabía andar sin producir el menor ruido y el hombre no advirtió que le espiaban.

Por sus movimientos se comprendía que había perdido la calma. Descolgó el teléfono interior y llamó a alguien. Patric escuchó:

—¡Oye! ¡Baja ahora mismo! ¡Sí, ahora! ¡Ya que te faltan dos horas para el turno, pero he de hacer algo urgente! Bien. Tienes cinco minutos.

Mientras el hombre que iba a relevarle llegaba, se paseó

nerviosamente por el vestíbulo. Enseguida desapareció en su despachito y volvió a salir llevando una gabardina floja y un sombrero negro. Al fin el ascensor se abrió y otro empleado salió, con los ojos llenas de sueño.

—Regresaré pronto. ¡Gracias, muchacho! No hay nada de movimiento.

Se dirigió a la salida, mientras su compañero se disponía a dormitar tras el mostrador. Patric temió que el hombre se le escabullera. Miller estaría aguardando en la calle, pero carecía de la suficiente experiencia.

El conserje desapareció y su substituto empezó a frotarse los ojos para despejar el sueño. Metió la mano en un cajón y sacando un libro viejo se dispuso a leer.

Calgari decidió marcharse como fuera. Sí le sorprendía buscaría cualquier disculpa. Se incorporó de detrás de la butaca donde se escondía y lentamente fue acercándose a la salida.

El empleado no apartó la mirada del libro. Cuando Patric pasaba frente a él dio una cabezada tremenda. Al fin el joven pudo encontrarse en la calle y vio la silueta del conserje que se perdía al fondo, por la primera esquina.

Un vehículo se acercó lentamente hasta ponerse a su lado. Miller iba al volante y le siseó:

—¡Sube! ¡Parece que lleva mucha prisa! ¿Cómo te arreglaste para espantarle? ¿Crees que irá a reunirse con los demás?

—Ésa es mi esperanza. Pero no hagas tantas preguntas juntas. Soy retrasado mental.

Se sentó junto a Miller, que poniendo otra vez el coche en marcha protestó:

—¡Tengo derecho a saberlo! ¡Al fin y al cabo yo soy la víctima!

En el silencio de la noche tranquila de la tranquila ciudad de Washington, los pasos del hombre que se alejaba resonaban claramente. Miller llevaba el coche sin que el motor, al «ralentí», produjera apenas un suave zumbido. Como todos los agentes del
C. I. A.,
Patric Calgari disponía de un vehículo especial, de apariencia sencilla, pero dotado de muchas cosas interesantes que le convertían en un instrumento admirable. Por ejemplo la lámpara de luz negra colocada en los faros del vehículo. El joven maniobró en

el cuadro de mandos y los rayos lechosos de las bujías corrientes cesaron. Al instante; y para sorpresa de Miller, los árboles y los edificios que desfilaban ante ellos cobraron una apariencia extraña. Una ligera luz apenas perceptible les silueteaba, permitiendo distinguirlos con claridad, mientras cualquiera, el propio conserje que también recibía en la espalda el reflejo obscuro, no sólo no apreciaba nada, sino que, volviéndose, la mancha del coche le hubiera pasado inadvertida por efecto del deslumbramiento, Era preciso acercarse mucho para poder precisarlo.

—Así podremos acercarnos un poco más No cambies la velocidad para no producir ruido. Tengo ganas de ver a dónde va ese tipo.

Se cruzaron con otro vehículo y durante unos segundos estuvieron completamente a descubierto. Pero afortunadamente el hombre no miró a su espalda y enseguida quedaron otra vez en la más completa obscuridad.

Poco a poco fueron alejándose del centro. Los barrios residenciales de pequeñas casitas no ofrecían ninguna actividad. Faltaba poco para el amanecer y Patric se impacientó. Temió que el hombre pudiera esfumarse.

Al fin se detuvo ante un pequeño edificio de dos plantas, que llegaba hasta la acera y quedaba bastante aislado. Frente a él, un coche negro, un sedán que Paul Mitchell habría conocido bien sin duda, pues se marchó al otro mundo con su silueta grabada en la retina. El conserje del «Raleigh» se aproximó a la fachada y desapareció como tragado por el muro.

—¡Demonio! —murmuró Miller, asombrado.

—No fantasees. Ha abierto una puertecilla, eso es todo.

Si joven apagó la luz totalmente, pues desde lo alto de la casa y fuera de la trayectoria de los focos, el coche era más visible con ella. Levantó el asiento posterior y sacó una cajita pequeña que colocó ante el receptor de radio. Con todo cuidado encajó unas clavijas y desprendió del aparato un pequeño micrófono. Con aquel aditamento, el receptor se convertía en transmisor. Pegó la boca al micrófono, maniobró en los mandos y empezó a llamar en un susurro:

—¡Agente Beta catorce! ¡Agente Beta catorce!… ¡Den recibido!

Miller estaba escuchando con ansiedad. Aquello resultó una

aventura que nunca soñó vivir. Oyó cómo respondían claramente, lo que no era extraño teniendo en cuenta que la estación central del
C. I. A.
estaba a un par de millas.

—¡Captamos su frecuencia, Beta catorce! ¡Hable!

—¡Un aviso urgente para el Mayor Ebel! Estoy al final de Lincoln Road, detrás del grupo de viviendas que hay pasado el cruce con la calle Doce. Díganle que envíe un par de coches con la consigna de silencio. Un hombre complicado en el caso Parloni ha entrado en un edificio y supongo que el resto de la banda aguarda en el interior…

—¡Hola, Patric! —La voz del Mayor interrumpió al joven—. Tengo noticias para usted acerca de los informes que pidió sobre el profesor. ¡Muy interesante! ¡Estoy trabajando en ello toda la noche! ¿Qué pasa por ahí?

—Le veré luego, Mayor, para eso de los informes. ¿Sabía que la nota que Miller recibió le ordenaba especialmente disparar al rostro de Parloni? No perdamos tiempo. Envíe esa gente bien armada Encontrarán nuestro coche frente a la casa. Miller y yo vamos a intentar entrar en ella. Que aguarden a intervenir hasta que sea imprescindible. ¡No me gustaría que se espantara la presa!

—De acuerdo. ¡Y suerte! No deje de venir luego a verme al quiere saber qué significa lo de disparar al rostro. —¡Oiga! ¡Actúen con cuidado! ¡Quizá haya alguien más en la casa que sea preciso sacar con vida!

—Eso es lo que creo, señor —afirmó Patric—. Por eso quiero usar primero la diplomacia. Corto.

Dejó el micrófono dentro del estuche y volvió el aparato a su escondite. Miller, que no comprendía muchas cosas de aquel diálogo, se ocupaba en repasar su arma. Antes de descender a tierra, Patric le preguntó:

—¿Te encuentras animado para meterte en la leonera, Miller? ¿No te habrá afectado la exhibición del «Pentágono»? Después de todo, trasegaste una cantidad de coñac como para poner fuera de combate a una docena de cargadores de muelle.

—No me gusta alardear de bebedor, jovencito. Pero yo necesito algo más para que me vacile la cabeza. Además que no era todo juego limpio. Una buena parte fue a parar al cubo del hielo.

Patric rió entre dientes. Abrió la portezuela y descendió seguido de su nuevo amigo. ¡Lástima que la encantadora Jane Anderson se mostrara tan entusiasmada por él! Era lo único que no le agradaba del artista de circo. Y no porque estuviera enamorado de la chica seriamente. Le gustaba y eso bastaba.

Se acercaron en silencio a la carra. Al llegar a la puerta bien cerrada pudieron leer un rótulo pequeño, de letras doradas:

«*Jimmy Darsey. Gimnasio*».

CAPÍTULO VIII

El inquietante hombre del «Hotel Raleigh» se llamaba simplemente Anatol. Al menos así le conocían todos sus amigos y enemigos. Cuando llegó al gimnasio de Jimmy, la impaciencia le hizo encontrar dificultades para dar con la cerradura de la entrada privada del dueño. Por fin pudo pasar a la pequeña oficinita con un panel a la derecha todo traslúcido que dejaba ver la amplia sala del gimnasio. Una cristalera que cubría casi todo el techo del salón permitía pasar un poco de luz, y mostraba en su fría soledad los aparatos que Jimmy empleaba para despojar de grasa a sus obesos clientes.

Al fondo del despacho estaba la escalera que conducía a la guarida de Jimmy. El antiguo boxeador vivía bien. El gimnasio daba dinero, y lo «otro» también, pero con más riesgo.

Antes de llegar al final de la escalera, una voz preguntó:

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, Anatol. ¡Vaya un sueño pesado el vuestro! Cualquier día os robarán la cama y no os enteraréis.

Una luz alumbró la escalera y al hombre que esperaba a Anatol. Tenía un viejo albornoz sobre el pijama, y un rostro brutal, de facciones machacadas por los golpes, en el que los ojos parecían dos alfilerazos.

—¡Caramba, Anatol! —De pronto vio el rostro crispado del recién llegado y cambió de tono—. ¿Qué pasa? ¿Malas noticias?

—¡Levanta enseguida a tus pupilos, Jimmy! Creo que van a tener trabajo. ¡Date prisa!

El boxeador empezó a moverse con la agilidad de un hipopótamo. Se alejó de Anatol y golpeó en una puerta con el revólver que llevaba en la mano.

—¡Eh! ¡Anatol quiere veros!

Repitió los gritos en la de al lado. Anatol no aguardó y cruzando el pasillo, entró en un cuarto que sólo tenía por mueble una mesa de pino y un par de sillas. Tiró de la cadenilla de la lámpara y dirigiéndose a un armario, sacó de él una pistola de largo cañón y procedencia europea, que se guardó con cuidado. Luego se volvió para recibir a un grupo de hombres que entraban, con caras de pocos amigos.

—¡Vaya horitas! ¿No podías dejarlo para mañana?

El que hablaba era uno de los dos hombres que ayudaron a Miller a llegar a su hotel. Anatol le miró fijamente y le gritó a la cara:

—¿Cuándo has visto tú un borracho de verdad, como no sea mirándote al espejo?

—¿A qué viene eso? Si estás de malhumor…

—Miller ha desaparecido. Le dejamos insensible. «¡No vuelve en sí en unas cuantas horas!», dijiste tú. Pues sólo tuvimos que salir del cuarto para que el tipo se levantara y se marchara tranquilamente por la ventana. Ya no puedo saber si realmente estaba atontado cuando hablamos delante de él, o fingía. Lo cierto es que quizá a estas horas ande por ahí, tratando de vengarse.

—No veo que eso te pueda asustar tanto, Anatol. A la policía no va a ir con el cuento después de que mató al profesor. Y al fin y al cabo, es un hombre solo —terció Jimmy, en un alarde de agudeza.

—Un hombre solo, pero que teniendo un arma en la mano debe ser algo serio. ¡Este asunto no marcha bien desde que ese cretino de Tex Nichols desapareció! Será preciso que os vistáis y tratemos de buscarle. Intentará escapar de la ciudad. Ahora sabe bastante más de nosotros que antes. Es preciso eliminarle con nuevo motivo.

—¿Y el jefe? ¿No vas a preguntarle?

—El jefe sólo se ocupa de las cosas gordas. Nos dijo que matáramos a Miller después de que actuara en el aeropuerto, y nada más. Creo que paga de un modo como para ser obedecido.

—¡Desde luego! Pero no debe ser poco lo que a él lo den los extranjeros. Todo el mundo sabe que estas cosas producen dinero. Yo que tú, Anatol, le llamaba para decirle lo que ocurre. No sea que surja cualquier complicación y nos busque las cosquillas.

El que aconsejaba era un tipo de gafas, que se frotaba las manos

para aliviar el frío. En total había siete individuos en el gimnasio, contando al jefecillo Anatol, que pareció sopesar la proposición del que acababa de hablar. Los demás esperaban en silencio, sin importarles mucho aquello. Eran individuos de la peor especie, que vendían su brazo al que mejor pagaba, y que no estaban muy enterados del asunto que ocupaba a sus jefes.

—Está bien, voy a hablarle. No os mováis de aquí.

Jimmy se ofreció a acompañarle, pero el otro se negó. Desapareció en dirección a la oficina y los otros aguardaron. Uno de los jóvenes que ayudaron a Anatol a preparar la trampa del «Hotel Raleigh», se rió entre dientes y afirmó:

—¡Ése tiene miedo! Como Miller ya sabe que intentó liquidarle con el truco del gas, anda temblando con el miedo de recibir un balazo desde cualquier sitio. Y por lo visto, el hombre es un fenómeno de la puntería.

—Claro que lo es. Ya viste cómo le sacudió al profesor. Pero no será tan idiota que busque pelea. Seguro que ya está a unas cuantas millas de aquí.

No volvieron a hablar, apoyados en las paredes combatían el sueño. Anatol regresó con mala cara.

—Podéis volver a la cama. El jefe dice que no nos ocupemos más de Miller. Él mismo se encargará del tipo. ¡No sé cómo diablos pensará hacerlo! Yo me voy al hotel. Por una temporada y hasta que surja algún nuevo trabajo, es mejor que os mantengáis en la sombra. Recibiréis el dinero todas las semanas en la forma de costumbre. ¡Buenas noches!

El conserje desapareció seguido de Jimmy, que le demostraba un respeto considerable. Empezaron a, descender por la escalera, en silencio, y entonces Anatol sujetó por el brazo a su compañero y le preguntó, en voz baja:

—¿Tienes a alguien en el gimnasio?

—No. ¿A qué te refieres?

Anatol no contestó. En lugar de ello, sacó rápido su pistola, y separando al boxeador empujó la puerta que comunicaba con la gran sala.

* * *

El exterior del gimnasio de Jimmy Darsey ofrecía un gran aspecto de solidez. Ninguna ventana en los bajos y una puerta gruesa de buena cerradura Miller la examinó y se volvió desalentado hacia su amigo.

—No hay nada que hacer, muchacho. Esto no lo abre ni un especialista en cajas fuertes.

—Curso tercero: «Cerraduras de todos los tipos y procedimientos para violentarlas» —murmuró Calgari—. Obtuve una buena puntuación. Déjame ver.

Tenía un extraño hierro en la mano, con varios extremos retorcidos, y acercándose a la misma puerta por la que Anatol desapareciera, lo introdujo en la cerradura. Un par de intentos y la puerta cedió, dejándoles libre el paso. Miller no se asombró, porque ya no se asombraba de nada. Siguió al agente y se situó en la oficina de Jimmy. En el silencio de la noche escucharon voces apagadas que hablaban airadamente. Se consultaron con la mirada, y decididos iniciaron la subida. Sólo la iniciaron, pues unos pasos rápidos se acercaron y Patric, girando una manilla, pasó al gimnasio en compañía de Miller. Corrieron calladamente hasta los potros forrados de cuero y se agazaparon tras ellos. Desde allí vieron a Anatol acercarse a la mesa y tomar el teléfono. La vidriera aislaba el sonido y tuvieron que conformarse contemplando el movimiento nervioso del conserje del hotel pegado al micrófono, y después cómo volvía a ascender por la escalera.

—Vamos, Miller —dijo Patric, saliendo del escondite—. Es preciso subir también. Quiero saber si tienen a un prisionero con ellos y en ese caso hay que ingeniárselas para ponerle a salvo. Supongo que no habrá mucha gente en la casa.

Regresaron al despacho y se lanzaron a la ascensión, en la que no sabían qué les esperaba. Y otra vez se vieron obligados a replegarse a toda prisa. Miller, que iba en segunda posición, logró llegar a los potros y Patric se protegió únicamente con las estilizadas líneas de un aparato de pedaleo. Anatol apareció en compañía de un tipo grueso, de cuello poderoso y aspecto brutal, que llevaba un albornoz. Al llegar a la cristalera se detuvieron y repentinamente el hombre del fino bigote sacó a relucir una pistola y empujando la portezuela se presentó en el gimnasio.

Los dos bandidos, pues únicamente eso eran al servicio de una

organización de espionaje, escucharon inmóviles. Miller se dio cuenta que la luz que venía desde el techo acristalado podía denunciarle, y quiso encogerse más, con el resultado de derribar unas barras metálicas que tenía a su espalda, produciéndose un buen estrépito en el silencio expectante.

Anatol se movió con la celeridad del rayo y empujando a Jimmy se protegió con su corpachón, tratando de volver a la oficina y disparando al mismo tiempo sobre el lugar de donde procedía el ruido.

Los proyectiles se hundieron en el potro y saltaron cerca de Miller, que no se atrevió a responder, desconociendo cuáles serían las instrucciones de Patric. El joven agente del C. I. A. ignoraba la situación de su amigo, y temiéndole a descubierto, contestó al fuego.

Jimmy gimió al sentirse herido y cayó al suelo sin que Anatol pudiera mantenerle en pie. El empleado del «Raleigh» lanzó una maldición y saltando ágilmente al despacho, cerró la puerta.

—¡Espera, Anatol! ¡Me matarán aquí! —chilló el boxeador, desangrándose sobre el frío cemento.

Pero Anatol, agazapándose tras la mesa, empezó a gritar para que acudieran a ayudarle, sin preocuparse de su compañero lo más mínimo. Miller aprovechó la oportunidad para acercarse a Patric.

—¡Patric! —siseó—. ¿Todo va bien?

—Eso creo. Cuidado. Va a bajar más gente. Yo me cuidaré de ellos. Tú ocúpate de Anatol. Que no escape, pues quiero cogerle vivo.

En efecto, un hombre asomó en lo alto de la escalera. Patric le apuntó con cuidado y disparó a través de los cristales, que saltaron con estrépito. El ruido fue seguido de un alarido y de los golpes de un cuerpo que rodaba por los escalones sonoramente. Jimmy logró levantarse y sujetándose a la mampara, intentó buscar refugio. La mampara de cristales, con la parte baja de madera, protegía a Anatol, tirado en el suelo y atisbando por la puerta.

—¡Anatol! ¡Ayúdame, maldito! —suplicó el dueño del gimnasio.

—¡Aparta! ¡Quítate de delante! —apremió el conserje.

Estaba observando las sombras de la sala para evitar que pudieran sorprenderle y el corpachón de Jimmy le impedía ver

nada. Furioso, con los ojos enrojecidos por el pánico y la rabia, apretó el gatillo y el antiguo boxeador se desplomó definitivamente. Miller murmuró:

—¡Ha matado a su amigo! ¡De buena gana…!

El individuo, ya en plena actividad, se arrastró acercándose a la puerta de la calle. La parte baja de la mampara le ocultaba a los que estaban en la sala, pero para abrir tenía que incorporarla y tirar de la cerradura. Lo hizo despacio, conteniendo la respiración. La luz era muy escasa en el rincón que formaba la oficina, pero Miller tenía la mirada aguda de un buen cazador, y observó el brazo que asomaba y la mano delgada del hombre que sujetaba el tirador de la puerta. De acuerdo con las órdenes de Patric, apuntó ligeramente y disparó.

El proyectil atravesó la mano de Anatol, que miró sorprendido la mancha roja que se extendía por ella y le empapaba el antebrazo. No sentía dolor y sí solo admiración. Un blanco como aquél, en la penumbra del local, era asombroso. Murmuró, a media voz:

—¡Erle Miller! ¡Vaya una idea la de escogerle para este trabajo! ¡El jefe se equivocó sobre él!

Tenía la seguridad de que era sólo un enemigo quien se enfrentaba con ellos. Por eso, si no se precipitaban y desmoralizaban, no sería difícil deshacerse de él.

Sonrió arteramente. Disfrutaba pensando en cómo se entretendría cuando tuviera a aquel tipo frente a él, reducido a la impotencia. Lo primero que hacía falta era luz.

Retrocedió y tanteando la superficie de la mesa, tomó una regla. En lo alto de la escalera los demás valientes aguardaban sin atreverse a descender, después de ver la suerte que había corrido su compañero Anatol se colocó bajo el cuadro eléctrico del local y levantando la regla, empujó uno de los interruptores. Los focos del gimnasio parpadearon antes de encender totalmente los tubos fluorescentes, y sorprendieron a Patric Calgari que huía de su precario escondite. Anatol, apoyando el revólver en el marco de, un cristal roto, disparó sobre él, en la creencia de que era Miller.

El agente del

C. I. A.

culebreó por el gran salón y antes de que el conserje pudiera acertarlo, ya estaba tirado tras unas colchonetas y unos montones

de cuerdas, bien protegido, pero desgraciadamente fuera de la línea de tiro para seguir defendiendo la bajada de la escalera. Anatol gritó alborozado:

—¡Todos abajo! ¡No hay peligro!

Dos individuos empezaron a descender con muchas precauciones. Miller dudó, pues le pareció un poco duro hacer fuego a mansalva contra aquellos hombres. Por eso, llevado de su espíritu deportivo, disparó primero un par de dedos sobre sus cabezas.

El resultado fue espectacular. Anatol empezó a maldecir, pues no sólo temía el enfrentarse con un nuevo enemigo, sino que comprendía que Miller había hablado, que contaba ya con alguna ayuda. ¿Y cuál podía ser si no era la de la policía? Los tíos hombres, demasiado asustados para portarse con sonsa tez, empezaron a disparar contra Miller, sin preocuparse de su seguridad.

Erle sólo tuvo que bajar un poco el cañón para enviar a dormir el sueño eterno al primero de ellos. El otro, presa de un ataque de valor suicida, golpeó con los zapatos lo que quedaba de los vidrios, y saltó al salón, corriendo hacia Miller mientras disparaba todo el cargador de su pistola. Fue Patric quien, desde el costado donde se encontraba, le abatió sin el menor riesgo.

Cuando se acallaron las detonaciones, un silencio trágico se hizo en el gimnasio, donde cuatro cadáveres, tendidos en diversas posturas, daban fe del resultado de aquella refriega. Tanto Miller como Patric podían mostrarse orgullosos de su habilidad, pero ninguno de ellos lo hacía, pues cuatro vidas son una cosa demasiado seria. El silencio lo rompió Anatol, que empleando su voz más persuasiva, dijo:

—Escuche, Miller. Esto es una locura. ¿Piensa que la policía olvidará la muerte del profesor Parloni tan fácilmente? Si le han hecho promesas para delatarnos, no las cumplirán. Créame. Comprendo que está ofendido, pero un hombre que bebe como usted es un peligro. Ahora ya ha demostrado que sabe tener la cabeza firme y le dejaremos marchar, olvidando la muerte de estos amigos. Salga de ahí y váyase. Recibirá, su dinero en el hotel. Le aseguro que es lo mejor. ¿No contesta nada?

El aludido miró hacia Patric, que movió la cabeza negativamente. El agente confiaba en que sus compañeros llegarían

de un momento a otro y podrían capturar a aquel elemento sin más derramamiento de sangre.

Anatol, después de ver fallido su proyecto de acribillar a Miller si cometía la ingenuidad de creer sus palabras, encontró una solución. No ignoraba que el tiroteo atraería a la policía de un momento a otro. Era preciso escapar, pues, cuanto antes, y aquel maldito campeón de tiro bloqueaba la puerta con su arma. Desde el mismo sitio donde se encontraba, protegido por el zócalo de madera y la mesa del despacho, veía toda la parte alta del gimnasio, llena de poleas, cuerdas y trapecios. Y sobre todo ello, la vidriera enorme. Nada más sencillo que destrozarla y convertir los fragmentos de vidrio en una lluvia peligrosa, suficiente, por lo menos, para desasosegar a los dos hombres Sin dudarlo, empezó a disparar y no tardó en cumplirse su pronóstico. Los grandes trozos de cristal descendían con sus agudas aristas clavándose en las maderas de los aparatos y rompiéndose con estrépito sobre el suelo. Miller juzgó un poco infantil el truco, pero cuando un gran cuchillo cristalino le rozó la cara, pulverizándose sobre el cuero del potro, en efecto, abandonó la vigilancia para esquivar aquello. Fue el momento que Anatol aprovechó llamando a los dos únicos hombres que quedaban, los cuales, después cíe ver la suerte corrida por sus compañeros, prefirieron hacerse los sordos y agazaparse en lo más profundo del corredor alto.

El conserje lanzó una mirada al sitio donde Miller se escondía, y desesperado, colocó otro cargador en su pistola. Situó un proyectil en la recámara y empezó a disparar contra la cerradura de la salida, destrozándola de un par de balazos.

«¡Idiota de mí! ¡Podía haberlo pensado primero! —murmuró—. Puedo abrir ahora sin asomar la cabeza por encima del zócalo».

Casi se reía cuando a toda prisa y agazapado, tiró de la hoja hacia sí. Sentía los pasos de Miller y el otro hombre que corrían hacia la oficina para impedir su fuga. Ya era demasiado tarde. Salió a la calle y buscó la obscuridad.

Un rayo luminoso le envolvió de pronto. Deslumbrado se cubrió los ojos con una mano y empezó a maldecir. Le gritaron:

—¡Tire el arma! ¡Tírela enseguida!

En lugar de obedecer, ya perdido el control de sus actos, apoyó la pistola en la cintura y disparó furioso hacia el lugar de donde

procedía la luz. Sonó una orden y el tableteo de una «metralleta» terminó con la resistencia del hombre que se llamaba, simplemente, Anatol.

CAPÍTULO IX

Patric Calgari llegó a la calle a tiempo de ver cómo Anatol se doblaba, soltando su pistola, y caía al asfalto, que se tiñó de sangre. Gritó a sus compañeros:

—¡Rodead la casa! ¡Quedan más dentro!

Miller, apoyado en el marco, oyó ruido a su espalda y sin esperar a más, empujó a su amigo, derribándole al suelo, y él mismo se puso de rodillas. Un balazo se hundió en la madera de la puerta, y después otro le rozó el brazo, rasgando la tela. Uno de los pistoleros, desde lo alto de la escalera, disparaba sobre ellos y después intentó replegarse prudentemente.

El artista circense contestó ya tarde. Y ganado por la emoción del momento, no esperó las decisiones de Patric y se lanzó en su persecución, saltando de tres en tres por los escalones. El agente del C. I. A, que se incorporaba entonces, gritó una advertencia:

—¡Cuidado, Miller!

Y como no era hombre para dar consejos, sino que prefería predicar con el ejemplo, salió disparado tras de él, mientras algunos de sus compañeros de Cuerpo tomaban posiciones para evitar una posible fuga, y dos o tres seguían a Patric.

Erle Miller, empuñando su arma, llegó a lo alto de la escalera y un saludo en forma de proyectil le recibió. Se detuvo y Patric le alcanzó. Protegiéndose con el marco de la puerta, el joven preguntó:

—¿Les has visto?

—En aquella habitación del fondo. Creo que son dos. ¿Qué se te ocurre?

—Estarán dispuestos a todo. En primer lugar, tú debes bajar, Erle. Si te ocurre algo, el jefe me hará responsable de ello. Y si no te

es posible comportarle de otro modo que como un chiquillo, al menos procura esconder la cabeza.

Erle sonrió. Patric se puso delante y haciendo una seña a sus compañeros, apuntó hacia la puerta. Murmuró:

—¡Tirad alto para cubrirme! ¡Voy allí!

Los otros empezaron a disparar sobre la cabeza de Patric, y éste, procurando inclinarse por si alguno calculaba mal la altura, avanzó. Como nadie se lo impedía, Miller se puso a su lado. El joven agente del
C. I. A.
miraba sólo al frente. Dispuesto a disparar si alguien asomaba de improviso, pero el fuego que cubría la puerta era suficiente para impedir osadías de los pistoleros.

Cuando llegaron junto a la puerta, Patric levantó la mano. Al instante, los disparos cesaron y el silencio se hizo más significativo. El joven apretó al arma, y de un salto se colocó ante el marco.

Dos hombres aguardaban dentro temblando de excitación. La aparición de Patric les desconcertó. Enseguida apretaron los gatillos al mismo tiempo que lo hacía el agente del
C. I. A.
Los disparos se cruzaron y el humo que ya había hecho casi irrespirable el aire, volvió a ascender lentamente al techo.

El primero de los hombres de Anatol retrocedió muy pálido para caer sobre una silla, que derribó con el peso de su cuerpo. El otro debió admirarse tanto de encontrarse en pie, que lanzando un grito embistió contra Patric, a quien el arma se le encasquilló en el peor momento. Miller se estremeció. Nunca se había enfrentado a un hombre enloquecido. En realidad, aquello era nuevo para él. En una ocasión, actuando con «Rilman y Braum» en San Francisco, un domador calculó mal el estado de ánimo de sus leones, especialmente irritados por un viaje agotador, y estuvo a punto de ser víctima de la furia de una hembra que perdió el respeto al látigo. Miller, terminado su número y desde la cortina de los camerinos, presenció el drama. Desgarrado ya el domador y sin sentidos, todos le daban por muerto. Dominando su impresión. Miller disparó colocando la bala en el cerebro de la leona, después de sortear al grupo que saltando y chillando rodeaba la Jaula. Salvó la vida del domador, que en lugar de agradecérselo, le llenó de

improperios por la muerte de su valioso animal. Aparte aquel incidente, sólo envió sus proyectiles a los puntos elegidos para el número, no a seres vivos. Es decir, siempre menos aquella última actuación en que su compañera de trabajo resultó herida.

Ahora, en el estrecho pasillo mal alumbrado por una bombilla macilenta y llena de gritos y el humo asfixiante de la pólvora, disparó en el instante postrero, cuando el pistolero se disponía a hacer fuego a quemarropa sobre su amigo. El proyectil silbó junto a la cabeza de Patric, que se apartó instintivamente, y abatió al último de los hombres de Anatol.

—¡Bien, Miller! ¡Pero prefiero que dispares no teniéndome en la línea de tiro! —dijo Patric, risueño, inclinándose para examinar a su enemigo—. Tienes seguridad en tu habilidad, pero te juro que se siente un escalofrío desagradable cuando se escucha un disparo a la espalda y casi se toca la bala. —Se volvió a los otros agentes del C. I. A.

— Podéis curiosear un poco por aquí y con cuidado. Después de esta carnicería no hacen falta más muertes.

En el gimnasio de Jimmy no quedaba ningún otro individuo. Patric buscó con ansiedad como sí esperara encontrar algo determinado. Cuando se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos y mientras quedaban algunos hombres para examinar posibles documentos u otros hallazgos, el muchacho, siempre acompañado de Erle Miller, volvió a su vehículo y antes de que amaneciera abandonó el lugar, donde algunos policías contenían a unos cuantos curiosos atraídos por el tiroteo. Llevó el coche a la calle. E al edificio número 2430, entrando en el patio directamente, pues la urgencia del caso le obligaba a prescindir de ciertas precauciones de seguridad.

El Mayor Ebel le recibió en su despacho, con el pelo revuelto y claras señales de no haber descansado en toda la noche. Estaba excitado y a Miller le produjo bastante impresión su aspecto de oso. Patric le presentó y el Mayor no prestó mucha atención a Miller. Todo sonriente, se dirigió a Calgari:

—¡Vea este informe, muchacho! Voy a llamar por teléfono al jefe para darle la noticia. Estoy seguro que se llevará una alegría. En cuanto me dieron su aviso comprendí, y como resultaba una esperanza después del fracaso del aeropuerto, me apresuré a pedir

todos los datos. Lo definitivo fue la ficha del dentista del profesor. Véala. Y éste es el resultado del examen que un odontólogo de aquí ha realizado en el cadáver. Como puede observar, difieren por completo.

Miller miró por encima del hombro de su amigo. No entendía mucho, pero una cosa resaltaba aun ante el más torpe. Murmuró:

—¿Entonces, el hombre que mataron al bajar del avión…?

—Era un doble del profesor, amigo —dijo el Mayor—. Tiene usted derecho a saberlo, puesto que es el protagonista principal de la historia. —Enseguida se dirigió a Patric de nuevo—: Eso sólo puede significar una cosa: que han secuestrado a Parloni.

—Parece evidente. ¿No era cuidar demasiado el detalle entonces, buscarse un doble y asesinarlo? ¿Qué objeto puede tener esa comedia? —inquirió Patric.

—Dulles me dio la clave. Por lo visto, el profesor trabaja con un equipo de Los Álamos en las nuevas armas atómicas. La gente que se interesa por los estudios del profesor sabía bastante sobre ello y comprendieron que si le secuestraban simplemente, al instante serían anulados todos los procedimientos iniciados por Parloni al objeto de inutilizar a éste técnicamente y que no pudiera ser útil a nuestros enemigos. Fingiendo su asesinato, no existía ese peligro, y, por lo tanto, si lograban arrancar al científico su secreto, los enemigos de este país, conocerían el desarrollo de nuestras investigaciones y podrían tomar las medidas oportunas. Ésa y no otra ha debido ser la razón para montar esta comedia trágica. Buscaron un hombre parecido al profesor y secuestrando a éste le colocaron en su lugar. El infeliz no supondría que tendría que doblar la muerte de Parloni En realidad, cometieron una imprudencia al ordenar a Miller que disparara precisamente al rostro de su víctima. Lo que, además, es una ingenuidad, pues un proyectil de pistola, de no ser explosivo, no desfigura lo suficiente las facciones como para dificultar su reconocimiento, Así y todo han estado a punto de triunfar, pues personas que conocían a Parloni no dudaron en asegurar que el cadáver era el del profesor. ¡Muy interesante! Ahora tenernos mayores posibilidades a nuestro favor que en un caso corriente de secuestro. Es fácil que esa gente, creyéndose en la impunidad, no adopte extremas precauciones para sacar al profesor del país.

Patric respiró más tranquilo. La verdad, temía que el asunto le costara un disgusto. La alegría del Mayor se le contagió y con bastante entusiasmo empezó a pensar en la forma de liberar a Parloni.

—Será preciso adoptar medidas en todos los lugares de salida del país. Intentarán llevárselo a Europa. Desgraciadamente, el grupo de pistoleros que tenían a su servicio en Washington, ha sido aniquilado y creo que de ellos, sólo el cabecilla conocería algo sobre sus jefes. ¿Ha pensado usted, Mayor, en averiguar quién era el hombre que murió en lugar del profesor?

—No hemos perdido el tiempo, jovencito. Las oficinas del
C. I. A.
en todo el país nos han informado sobre los individuos de edad aproximada a la de Parloni que han desaparecido en la última semana. Estamos ahora recibiendo radiofotos de ellos. Si quiere verlas, bajemos al sótano. Usted, señor Miller, no necesita molestarse más. ¿Cuáles son sus planes ahora?

Miller entendió. Todo aquello ya entraba en los secretos del Organismo y él era un extraño al mismo.

—Pues… los mismos que la semana pasada: ninguno.

—Tiene usted derecho a una recompensa en metálico —dijo el Mayor—. Me encargaré de gestionarla si…

—Supongo que eso será una broma —interrumpió Miller, un poco agresivo—. No acostumbro a admitir dinero de nadie a título de recompensa. Todavía conozco cuál es el deber de un americano, aunque no honre mucho al país. Posiblemente dejaré Washington enseguida. Me han hablado de un contrato en el Oeste.

Patric sonrió. Sabía que no existía tal contrato. Acompañó a Miller hasta el ascensor.

—Espero que te volveré a ver. ¿Dónde vas a alojarte? Si no deseas regresar al «Raleigh», y no te aconsejo que lo hagas, ve al «Marrick Hotel», en la calle D. Estarás allí seguro.

—Una cosa quiero pedirte, Patric —dijo Miller, ya en la cabina del ascensor—. ¿Querrás llamar por teléfono a Jane y decirle que lo de anoche, en «Pentágono»…? Temo que no quiera escucharme si la llamo yo.

—Conforme. Ya dejaré en buen lugar tu respetabilidad.

El agente del

saludó con la mano a su amigo y la puerta se cerró suavemente. Llamaría a Jane, en efecto. Resultaba curioso pensar que precisamente cuando Miller acaparaba la atención de la chica, él también empezaba a pensar en ella de otro modo que como una agradable compañera.

Volvió al despacho del Mayor. El secretario le dijo que su jefe ya había descendido a los laboratorios y le siguió. El Mayor le esperaba inclinado sobre una mesa donde un joven extendía unas cuantas fotografías acabadas de recibir por radio. El rodillo continuaba imprimiendo sobre las cartulinas las manchas y sombras de nuevas imágenes.

—Descartaremos los que son excesivamente distintos —dijo Patric—. Hay unos cuantos como estos que sólo con un maquillaje excesivo habrían podido doblar al profesor.

No aparecía ninguno que recordara a Parloni. Al fin, después de examinar más de una docena, Patric se detuvo ante la fotografía de un hombre como de cincuenta años, grueso, que llevaba gafas doradas y mostraba una calva pronunciada. La compararon con la del propio Parloni y se admiraron del parecido.

—¡Caramba! ¡Parecen gemelos! —dijo el Mayor—. Si se pone unas gafas de concha como las de Parloni y se quita más pelo de aquí, de la derecha, es exacto. ¿Quién es este hombre?

El encargado del servicio consultó sus apuntes y aclaró:

—Enviada por la oficina de Denver. Se llama John Mashiville y desapareció de su domicilio en Denver hace seis días. Su esposa ha presentado una denuncia. Trabajaba en una empresa de transportes como contable y la mujer teme que haya escapado de casa debido a las dificultades económicas.

—El señor Mashiville es el tipo ideal para caer en manos de esta gentuza. Ahí tiene trabajo, Patric. Tendrá que averiguar qué hizo ese hombre y con quién estuvo en contacto últimamente. Y tendrá que hacerlo deprisa.

—Existe otro punto para aclarar, Mayor. El sitio donde fue cambiado el profesor por su doble. Necesitaron cierto tiempo para llevarse al científico. No cabe duda que cuando salió de Los Álamos, era el propio Parloni y al llegar a Washington, en su lugar estaba Mashiville. Sería interesante conocer en qué lugares el profesor se

entretuvo y se apartó de la mirada de sus compañeros de viaje.

—¡Desde luego! Pondré un par de hombres en ese trabajo. Usted vaya a Denver y allí recibirá noticias nuestras. No daremos al público la noticia del secuestro del profesor. Voy a hablar con el jefe, que ya habrá llegado a su despacho, y él informará a la Comisión del Senado. Eso es todo, Calgari.

Salió del laboratorio. El agente del
C. I. A.
cogió la fotografía de John Mashiville y los datos recibidos sobre su personalidad, y abandonó el edificio haciendo una visita a la oficina administrativa para retirar fondos. Firmó los justificantes y subiendo a su cochecito se dirigió al despacho de Seguros. Dio orden al muchacho que hacía guardia en el teléfono, para que terminara, el servicio y llamó a Jane Anderson. La chica aún dormía y tardó en acudir al teléfono. Al reconocer la voz de Patric se animó.

—¡Buenos días, Jane! Voy a darte una noticia que te gustará. Es sobre Miller. Anoche…

»—¡Prefiero no oír nada sobre él! —interrumpió ella, con energía, para enseguida preguntar ansiosamente—. ¿Le ha ocurrido algo?

Patric rió. Y se apresuró a tranquilizarla.

—Supongo que no, aunque no han faltado ocasiones. Ahora estará durmiendo.

»—¡Claro! ¡Después del modo como bebió anoche! Es un irresponsable. He leído los periódicos y siento mucho que todo saliera mal, Patric. ¡Estoy segura de que los cogerás!

El muchacho le agradeció su interés y le explicó muy ligeramente la verdadera razón de la conducta de Miller. La chica se entusiasmó.

—¡Tenías que haberle visto! ¡Es estupendo! ¡Les engañó a todos! Y a mí también. Te dejo, pues voy a arreglarme por si Erle me llama. Que tengas mucha suerte.

Patric, con el auricular frente a los labios, no sabía si reír o enfadarse. Y lo peor era que cada vez le gustaba más pensar en Jane y escuchar su voz. Suspiró como queriendo olvidar aquello y poco después recogía en el aeropuerto, de manos de un compañero que le aguardaba, su pasaje para un aparato de la «Capital Airlines» en el

que volaría hasta Chicago, para enlazar con otro de la «United» que le dejaría en Denver. El viaje significaba mucho para el agente Patric Calgari. Algo así como su consagración y la despedida de las inocentes investigaciones domiciliarias a que había estado sometido desde que salió de la Academia. Ahora sí iba a luchar en serio y con entusiasmo para desenmascarar a los enemigos de su país.

Capítulo X

El «Hotel Marrick», que acogió a Erle Miller después que abandonó la compañía de Calgari, era más pequeño que el «Raleigh» y más discreto. El tirador tuvo la impresión de que en cierto modo guardaba estrecha relación con el

C. I. A.

Como tenía interés en recuperar el equipaje en el que guardaba sus queridas armas, se arriesgó a volver al «Raleigh», con la esperanza de que el conserje desaparecido no tuviera más cómplices allí. Así debía ser, pues nadie le molestó cuando liquidó la cuenta y montó en el taxi.

En efecto, pensaba ir al Oeste. Con el dinero que le quedaba y administrándolo bien, podía intentar buscar una ocupación en el teatro o fuera de él. Después llamaría a Jane y la llevaría con él. Había comprobado que le bastaba pensar en la muchacha para que desapareciera toda tentación de recurrir de nuevo al paraíso de la bebida.

No se puso en contacto con la mujer inmediatamente. Temía bastante el enfrentarse con ella, sobre todo pensando que Patric no habría tenido oportunidad de hablarla. ¡Buen muchacho Patric Calgari!

Al fin se atrevió a llamar a Jane a su casa y se encontró con la sorpresa de que ella le acogiera con simpatía.

—He de decirte algo de importancia, Jane. ¿Puedo visitarte?

—Sí. Ven cuando quieras.

La voz de la muchacha temblaba un poco al hablar. Erle podía comunicarle dos cosas de importancia: que la quería y deseaba casarse con ella, o por el contrario, que abandonaba la ciudad y sólo intentaba despedirse como se despiden dos buenos amigos.

El hombre ge entretuvo un poco más que de costumbre en arreglarse. Y cuando se disponía a salir de la habitación, el encargado de la recepción le llamó por el teléfono interior.

—¡Señor Miller! ¡Un caballero quiere hablar con usted desde el exterior! ¿Le pongo en comunicación?

Pensó en Patric. Quizá le necesitara para alguna cosa. Contestó, con rapidez:

—Sí, desde luego. Espero.

No se trataba de Patric. La voz que empezó a parlotear le era desconocida por completo. Preguntó, en tono ligero:

—¿Hablo con «El Gran Miller» en persona? —Y antes de que Erle confirmara, añadió—: Encantado de saludarle, señor Miller. Me llamo Nassau, de la agencia teatral «Nassau y Ferrer». Nunca hemos tenido el gusto de tener relaciones con usted, señor Miller. Pero ahora creo que voy a darle una buena noticia. ¿No podría pasar por mi agencia enseguida? Es en el edificio Copell. Ya le conocerá.

—Espere un poco. ¿Puede adelantarme de qué se trata? Iba a realizar ahora una gestión y…

»—No tengo inconveniente, un cliente mío de importancia desea ponerse al habla con usted para hacerle una oferta. Se trata del circo "Rilman y Braum". He recibido esta mañana un telegrama en ese sentido y me volví loco para encontrarle. He preguntado por usted en más de cincuenta hoteles. ¡Señor Miller! ¿Me está escuchando? ¡Señor Miller!

Erle, en efecto, no escuchaba. Después del primer momento de alegría, le invadía la desconfianza. Gene Smoky, el director del «Rilman y Braum», no podía saber dónde se encontraba él. Y además, resultaba extraño aquel cambio en cuestión de días Contestó maquinalmente:

—Le oigo, Nassau. Voy ahora mismo a su oficina.

Aquello podía ser una trampa. Palpó su pistola y decidido a no dejarse sorprender, salió a la calle y abordó un taxi que le llevó al edificio Copell. Buscó la placa en el vestíbulo. Por lo menos, el agente teatral existía y con aquel nombre. Subió a la planta indicada y antes de pasar a la oficina, escuchó con cuidado. La misma voz que le hablara por teléfono chillaba dictando una carta. Empuñó la mamila y girándola entró en el local.

Un tipo delgadito, con gran melena, que denotaba a la legua su

ascendencia teatral, acudió hacia él con las dos manos extendidas. En el reducido cuarto sólo había una chica sentada ante una máquina de escribir y mascando chicle, que le miraba con descaro. Nassau se mostró muy efusivo.

—Venga, señor Miller. ¡Conozco su fama hace tiempo! ¿Quién no la conoce en América? ¿Verdad, Bertina? Vea. Éste es el telegrama del «Rilman y Braum». Lo firma el señor Smoky y cómo ve, desea ofrecerle a usted un contrato para la actual temporada. Me recomienda que le buscara en la ciudad y le entregara un anticipo para los gastos de viaje. El circo se alza ahora en Wilmington, a un paso. Si está usted conforme en principio, puede salir al instante para allí. La campaña, como sabe, empieza ahora y desean tenerle en el elenco. ¿Acepta la oferta? Usted ya conoce que por la cuestión de sueldo nunca hay problema con «Rilman y Braum». Será el más alto posible. ¿Qué quiere que conteste?

Miller se hizo repetir la pregunta. Tenía aquello un aire tan serio y tan profesional, que ya no temió más. Contestó, lleno de optimismo:

—¡Venga el anticipo! ¿Cuál es su parte en este trato?

Nassau puso cara de hipócrita y mientras tendía a Miller un recibo y unos cuantos billetes, no muchos, afirmó:

—Mi agencia es la preferida de todos los artistas. En realidad, tanto yo como Ferrer trabajamos por afición a la escena y a la pista. No habrá disgusto por mi comisión. Puede estar seguro. Firme también aquí —carraspeó—. Es un reconocimiento de nuestra gestión. Muchas gracias.

Tomó los dos papeles y los guardó con cuidado en un cajón. Preguntó, muy interesado:

—¿Usted ya tiene representante, señor Miller?

Erle contaba los billetes y los metió en el bolsillo Ardía de impaciencia por ver a Jane y darle la buena noticia. Ahora podría la chica demostrar si hablaba en serio cuando se ofreció a formar número con él.

Se zafó como pudo del agente y abandonó el edificio. No tardó ni diez minutos en reunirse con la chica. Y ella se encargó de verter un jarro de agua fría sobre su entusiasmo.

—Es una trampa, Erle. Estoy segura de que el circo no está en Wilmington. El agente teatral ha recibido un telegrama que

cualquiera ha podido enviar, y pretenden llevarte a su poder para vengarse porque les engañaste. ¿Cómo podía Smoky saber que estabas en Washington?

—Pues no lo sé. —Miller miraba a la chica con atención. La idea de que quizá tratara de no cumplir su promesa y dejarle en el momento en que podía demostrar si sus palabras eran sinceras, le ponía furioso—. Quizá haya enviado el mismo telegrama a todos los agentes del país. Nassau no sabía en qué hotel me encontraba. Además, podemos salir enseguida de dudas. En el último número de «Variedades» vendrá el movimiento de todas las compañías por el país. Voy a buscarlo.

Jane le acompañó hasta el quiosco de periódicos. Desdoblaron la revista con curiosidad y en la sección oportuna hallaron la noticia. «Rilman y Braum» estaba en Wilmington, actuando con gran éxito. Miller miró a la chica y ella se rindió a la evidencia.

—Me pasé de suspicaz, Erle. Quiero ser la primera en felicitarte. ¿Cuándo vas a salir para allí?

—Vamos a salir hoy mismo, Jane. Despídete del «Pentágono». Con un par de días de ensayos podremos preparar las cosas más sencillas y después, poco a poco, iremos montando otros cuadros de mayor dificultad. Creo que estoy en forma. En Wilmington nos haremos la ropa. Smoky me dará un buen anticipo para todo lo necesario. ¡Vas a estar preciosa vestida de Juanita Calamidad!

Los ojos de la chica brillaron contentos. Y cogidos del brazo, se alejaron hacia la casa de ella, como dos enamorados sin problemas.

CAPÍTULO XI

—Yo lo que necesito saber, señora Mashiville, es qué vida hizo su esposo los días anteriores a la desaparición. Si recibió alguna visita, si se mostró preocupado.

La señora de John Mashiville, una dama gruesa y ojerosa por el llanto, ya había contestado a cientos de preguntas desde que presentó la denuncia en la Jefatura de Policía de Denver. Y como no le importaba contestar media docena más, respondió, aburrida:

—El pobre John andaba preocupado hacía ya muchos meses, desde que perdió el empleo y tuvo que dedicarse a trabajos por horas. La casa está pendiente de liquidar y los gastos eran demasiados.

—Yo quiero decir —insistió Patric Calgari, sonriendo del modo más encantador— si pareció últimamente especialmente preocupado, como si temiera algo…

—Es muy reservado. Ya sé que las vecinas andan murmurando que se ha marchado para no soportarme a mí, pero eso es una infamia. El último día que estuvo en casa, salió como siempre a poner en Orden los libros de la serrería de Mac Inter, y no he vuelto a saber nada de él. ¡Ustedes son los que deben encontrarle! ¡Búsquenle por ahí, en lugar de perder el tiempo haciendo tantas preguntas! ¿Para eso pagamos los impuestos?

Patric se colocó el sombrero y abandonó la casa después de aquellas delicadas indirectas sobre su trabajo. Caminó unos metros y entró en el primer bar que encontró. Sentándose en la barra, hizo pronto una amistad profunda con el encargado del mostrador.

—Ando buscando datos para un artículo. ¿No le gustaría salir en la Prensa? Siempre hay caprichosos que acudirían aquí para conocer en persona a un personaje del que hablan los periódicos.

Patric tomó una libreta y se dispuso a anotar.

—Depende de qué clase de datos.

—Son sobre ese vecino suyo que se ha esfumado. ¿Le conocía? ¿No ere cliente suyo?

—¿El señor Mashiville? Venía de vez en cuando a tomar una cerveza. Buena persona. Hace como diez días estuvo sentado ahí, por última vez. Ahora andana corto y se mostraba más esquivo. Bebió un par de botellas de Schulz, y…

—¿Un par de botellas? Le había entendido que andaba escaso de dinero.

—Es que no pagó. Le invitó el tipo que vino con él. Un hombre delgadita que no cesaba de mover los labios. Algo nervioso, supongo.

Patric se incorporó interesado.

—Eso puede ser de utilidad, amigo. Ya le veo en segunda plana con un buen titular: «Camarero de una pista valiosa para encontrar a contable desaparecido». ¿No puede decirme nada más sobre ese hombre del tic nervioso? ¿No le conocía usted? ¿No escuchó su conversación?

—¡Oiga! ¡Yo no ando fisgando donde no me llaman! —Hizo una transición—: ¿De verdad saldrá en su periódico? Lo único que escuché cuando se despidieron, y eso porque lo hicieron aquí delante, fue que Mashiville prometió telefonearle por la noche, para quedar en no sé qué. Me parece que pierde el tiempo. ¡Entérese a ver si el viejo tenía algún lío de faldas!

—Voy a usar su teléfono. Deme un níquel.

Llamó a la Jefatura de Policía, con quienes ya estaba al habla desde que llegó a Denver. Se puso uno de los oficiales y le dio unas instrucciones.

—Llamen a la señora Mashiville a su oficina con cualquier disculpa. Necesito curiosear la mesa de trabajo de su marido. Ya sé que no es legal, pero correré el riesgo. Sólo con que la retengan durante media hora será suficiente.

Salió del bar muy contento y empezó a pasear por la otra acera. La descripción que le dio el camarero del hombre que acompañaba a Mashiville, coincidía con el sujeto que en Miami contrató a Miller para el asesinato, y que sería uno de los talentos de la organización. Miller le contó aquello con todo detalle, y Patric era capaz de

retener en la memoria cualquier detalle, por pequeño que fuera. Y de encajarlo en su sitio cuando convenía.

Vio salir a la señora Mashiville y desaparecer por la derecha. Cruzó la calle y entró en la casa. La vivienda se encontraba en el segundo piso y no le costó ni un par de minutos abrir la puerta. Entró con cuidado para no alarmar a los vecinos del piso inferior y empezó a rebuscar por la mesa que debía ser el despacho del dueño de la casa. Encontró muchos apuntes, pero ninguno significativo. El teléfono estaba en el pasillo y de un clavo colgaba la guía y una libreta de direcciones. Empezó por el final a examinar números. Si el hombre del bar indicó a Mashiville que le llamara, tuvo que darle su número. Ya conocía cómo el doble del profesor escribía las cifras y sólo atendió las apuntadas por él. En la última página usada aparecían tres anotaciones de John. Las dos primeras tenían delante el nombre correspondiente, pero en la última sólo un signo precedía a la cifra. El conocido emblema de los dólares. Por lo visto, Mashiville era un humorista.



Patric miró su reloj y juzgando que le quedaba tiempo, descolgó el aparato y marcó el número que para el dueño del teléfono equivalía a dinero. Escuchó el sonido del timbre al otro extremo de la línea y enseguida un hombre contestó a la llamada.

—¿Qué ocurre? ¿Quién llama?

Patric colgó en silencio, sin responder a las preguntas. Tenía la intuición de que aquello era una pista de interés. Y no convenía espantar a la presa. Llamó a la oficina del
C. I. A.
y solicitó que le informaran del nombre y domicilio del titular del teléfono. Con aquellos datos en el bolsillo, abandonó la casa, cuando ya le avisaban que la señora Mashiville regresaba a su hogar, bastante furiosa, por cierto.

El presunto refugio del hombre del tic nervioso era una casa en las afueras, rodeada de un pequeño jardín y con un letrero en el cercado que indicaba que podía alquilarse por poco dinero. El aviso no agradó nada a Patric, que de todos modos oprimió el llamador, examinándolo todo con atención.

Un hombre grueso, con aire de carpintero o algo así, le abrió. Miró interrogante al recién llegado.

—Creo que no me he confundido. Un amigo mío vive aquí. Es delgado, con un movimiento constante en los labios. ¿Quiere anunciarle mi visita?

—¿Es amigo de usted el señor Calhen? Pues mire por dónde le voy a enseñar algo curioso. Pase. Tenía ganas de poder enviarle un recado para que me pague el dinero que me dejó a deber… ¡Pase!

Calgari se encogió de hombros, reclinado. Por lo visto, había llegado tarde. La casa tenía los muebles con fundas de tela blanca y el hombre que le atendía se ocupaba en limpiar los suelos. En un gran cesto iba echando papeles y envases vacíos de alimentos. Entre los cartones multicolores asomaba una fotografía. Patric la tomó con aire indiferente y comprobó que se trataba de un buen retrato del profesor Luigi Parloni. Exactamente igual que el que recibió Miller. Ya no quedaba duda que en aquella casa se realizó la pequeña transformación que convirtió a Mashiville en una réplica exacta de Parloni. Como el vigilante de la casa se había metido en una habitación interior, Patric rebuscó en el fondo del cesto y encontró unos mechones de pelo. Precisamente el que le sobraba al contable para semejarse al profesor.

—¡Aquí lo tiene! ¡Natía menos que ocho llamadas telefónicas de larga distancia! Me han traído el recibo y he tenido que pagarlo. ¿Cómo me las arreglo ahora para cobrar? El señor Calhen no me dejó su dirección. Seguramente usted la conoce. ¿No es así?

Patric tomó el recibo de la compañía de teléfonos. Efectivamente, ocho llamadas a ocho ciudades distintas. Aquel papel le pareció de interés.

—¿Estuvo mucho tiempo aquí Calhen?

—Alquiló la casa por un mes, pero se marchó antes de los quince días. Por eso no vine antes a limpiar. Soy el encargado del grupo de casitas. Usted podría llevarse ese recibo, ¿no le parece? —preguntó el hombre, con esperanza—. El señor Calhen es un caballero y no le

gustaría que yo presente una reclamación.

—Desde luego que no. Tenga. Cóbrese y quédese el cambio, por las molestias. Calhen le agradecerá mucho su atención. ¡Buenos días!

Salió disparado. Necesitaba hablar enseguida con su jefe para comunicarle las novedades. Entró en la oficina local del
C. I. A.
como una exhalación.

—¡Noticias, muchachos! ¿Quién se ocupa de jugar con el transmisor de radio? Necesito hablar al instante con el Mayor Ebel. Intenten la comunicación. Yo voy, mientras tanto, a charlar un rato con las amables señoritas de teléfonos.

Lo hizo así. La muchacha que le atendió era simpática y no se molestó ni empezó a protestar cuando la colocó sus pretensiones. Prometió contestarle al instante y antes de que así sucediera, uno de los agentes le separó del teléfono.

—El Mayor Ebel en el aire, Patric. Está al micrófono.

El joven acudió a la sala de aparatos y puso al corriente a su jefe del resultado de sus investigaciones. Concluyo con estas palabras:

—Voy a salir al instante para Wilmington, señor, Es la última de las poblaciones a las que ha llamado ese tipo. Lo hizo un par de veces y sólo han transcurrido dos días desde entonces. Es el hombre que contrató a Miller en Miami. Ya tendría aquí preparado a Mashiville y volaría a Miami para hablar a Miller.

»—¿A Wilmington? ¿Quién me ha hablado hace poco de esa ciudad? ¡Sí! ¡Su amigo Erle Miller ha marchado a ella esta misma mañana! Me avisaron del “Marrick Hotel”. Ha obtenido trabajo en un circo, parece ser. ¿No es extraña la coincidencia?

—¡Ya lo creo! ¿Qué hay del recorrido del profesor desde Los Álamos?

»—Estamos con ello. El cambio debió efectuarse en Denver, precisamente. El profesor, según un compañero de viaje, entró en la cantina del aeropuerto mientras el avión repostaba. Pero usted no se ocupe de ello. Averigüe con quién habló ese señor Calhen y si es preciso vaya a Wilmington. Téngame al corriente de todo, pues el jefe apremia. Si no encontramos al profesor, tendremos que pedir el retiro.

Se cortó la comunicación. El operador dio el último

comprendido, y Patric regresó al despacho donde uno de sus compañeros le esperaba con una nota. Se la tendió.

—Éstas son las llamadas interurbanas que te interesaban. Tú verás qué sacas en limpio de ellas.

Patric Calgari lo examinó y lanzó un silbido de admiración. Guardó el papel en el bolsillo y sin despedirse de nadie, salió disparado al aeropuerto. Después de una pequeña disputa con las autoridades militares de la base, logró, tras varias consultas telefónicas y gestiones de urgencia, que le proporcionaran un aparato militar con su piloto. Un biplaza de reacción que despegó de Denver rumbo a Wilmington, a más de mil seiscientas millas de distancia. Todas las objeciones que le hicieron para que viajara en un aparato comercial, fueron inútiles. No podía perder ni un minuto. La vida de Erle Miller y el éxito de toda la operación para rescatar al profesor Parloni estaba en juego. La nota de llamadas que Calhen había celebrado, era ésta:

> «*Día 8, llamada a Miami, al circo "Rilman y Braum". Día 9, llamada al mismo lugar. Día 11, llamada a Jacksonville, al circo "Rilman y Braum". Día 11, llamada al mismo lugar. Día 12, llamada a Charleston, al circo "Rilman y Braum". Día 14, llamada a Savannah, al circo "Rilman y Braum". Día 16, dos llamadas a Wilmington, al circo "Rilman y Braum"*».

Por lo tanto, en el gran circo viajaba el cerebro de aquella organización. De él partían todas las instrucciones y si Erle Miller acudía con el señuelo de un contrato; había ido a ponerse inocentemente frente al peligro.

Así se comprendían muchas cosas. Una de ellas, la información que los espías tenían sobre las condiciones personales de Miller y su apurada situación. Abordaron al artista precisamente después que acudió al circo en demanda de trabajo, aprovechando su total desmoralización. Y nadie mejor que la gente de «Rilman y Braum» para saber que sólo Miller era capaz de hacer aquel blanco a cien metros y de un modo infalible.

Ahora necesitaba llegar antes de que Miller hubiera sido

sacrificado. ¿Cómo no tendría más agudeza su amigo? Cualquiera podía darse cuenta de que todo era una trampa.

A una indicación del piloto, se apretó la máscara de oxígeno y se preparó para enfrentarse con las velocidades fantásticas del aparato. La sangre se le agolpó en la cabeza y no pudo ya seguir reflexionando, pues las ideas bailaban en el cerebro mientras el corazón aceleraba su bombeo.

CAPÍTULO XII

Erle Miller, acompañado de Jane y dedicados la mayor parte del tiempo a mirarse a los ojos olvidando lo que les rodeaba, abandonaron en Petersburg el tren de Washington para abordar allí el convoy de la «Atlantic Coast» que les llevaría hasta Wilmington. En Petersburg comieron y dejaron transcurrir un par de horas deliciosas, haciendo planes para el futuro. El primero de ellos era la boda. Erle quería que la ceremonia la celebraran en el mismo Wilmington.

—Firmaremos el contrato con «Rilman» y acto seguido el nuestro. Una sociedad para toda la vida. No me gusta que cualquier trapecista presumido me quite la pareja artística. No lo hago en realidad más que por interés. ¡Cuesta mucho dinero el equipo para tener que cambiarlo si se cambia la compañera de número!

Llegaron a Wilmington al anochecer. En la misma estación se encontraron el familiar cartel del circo que anunciaba los últimos días de actuación por partir para el extranjero. Miller lo señaló.

—Dentro de unas semanas, «El Gran Miller» habrá reconquistado la cabecera. Ya lo verás. ¡«El Gran Miller» y su gentil ayudante, Jane Anderson!

Rieron felices, sin preocupaciones. Llevando su propio equipaje, que era muy poco, salieron a la calle. Los coches se alineaban esperando clientes. Un taxista les abordó.

—¿Coche, señores?

Miller empujó a Jane y el conductor le cogió las maletas, colocándolas a su lado, en la parte delantera. Después, esperó la orden.

—Llévenos a un hotel cualquiera. ¿Sabe usted dónde está instalado el circo «Rilman y Braum»?

—En la explanada del Sur, cerca del puerto. Les conduciré al «Hotel Columbia». Allí van casi todas las parejas de novios.

Jane enrojeció un poco, y se encogió en su asiento. A Miller se le hizo simpático el hombre.

No conocía la ciudad. No estaba incluida en la ruta del circo cuando él actuaba. Así que no se sorprendió al ver que el coche abandonaba la estación y se metía por una carretera obscura y solitaria, al fondo de la cual brillaban las luces de la población.

Rodaron durante unos minutos. Y repentinamente el taxista frenó con violencia, haciendo gemir las ruedas sobre el asfalto. Miller se sorprendió y preguntó:

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. Algún accidente —el hombre señaló al frente, hacia otro coche detenido ante ellos, junto a la cuneta—. Ahora nos enteraremos. Vienen hacia aquí.

Tres sombras se separaron del vehículo inmovilizado y se acercaron al taxi. Miller les examinó con atención y no le gustó. Desde la noche en el gimnasio de Jimmy, tenía los nervios bastante sueltos. Cuando distinguió la silueta de los que llegaban, envueltos en ceñidas ropas, con el sombrero sobre la frente, gritó al taxista:

—¡Continúe! ¡Esto tiene todo el aspecto de un atraco!

Metió la mano bajo la americana, para buscar su arma, y el conductor del coche vio el movimiento por su espejito. Fue más rápido y se volvió, apoyando en el respaldo de su asiento el cañón de un gran revólver «Smith Wesson» que dirigió hacia la cabeza de su viajero.

—NO se impaciente. Le aseguro que no se trata de un asalto, señor Miller. Es sólo una visita de cortesía.

Erle lanzó una exclamación y Jane, muy pálida, se cogió de su brazo.

—¡No te muevas, Erle! ¡Ese hombre es capaz de disparar!

—¡Ya lo creo que sí! ¡Baje usted del coche, señor! ¡Si no obedece, la señorita puede sufrir algún daño!

Miller pensó en resistir, pero comprendió que aquel canalla tenía razón. Y además, los tres individuos que se acercaban ya ponían la mano en la portezuela, provistos de su correspondiente arma, y dispuestos a evitar cualquier intento de fuga. Apretó los dedos fríos de Jane, y empujando a los hombres, saltó a tierra.

—¿Qué pasa? ¿De dónde has sacado esa chica? —preguntó uno de ellos al taxista, mirando a Jane.

—Venía con él. Es una complicación.

—No tiene nada que ver conmigo —aseguró Miller, en un intento desesperado de salvar a Jane, después que la dura realidad venía a echar por tierra todos sus bellos proyectos—. La he conocido en el tren. Iré con ustedes, pero déjenla a ella.

—El jefe nos mandó que lleváramos a este tipo —opinó uno de los pistoleros—. Pero no dijo nada de una mujer. Creo que es mejor dejarla aquí. ¡Vamos! ¡Vaya a ese otro coche y no haga ninguna gracia!

Empujaron a Miller con violencia. Jane no pudo contenerse y corrió hacia ellos, tratando de apartarlos de Erle, golpeándoles y gritando furiosa. Incluso clavó sus dientes, pequeños y muy blancos, en un brazo que intentaba rechazarla. El taxista, más impaciente, levantó su revólver y lo dejó caer sobre la cabeza de Jane, derribándola en la carretera. Con el pie la apartó, para que no quedara demasiado visible.

Miller se estremeció. Varias manos le sujetaban con fuerza y varias armas le encañonaban. Pero la rabia, le dotó de fuerzas que no poseía normalmente, y logró soltarse de las presas de sus enemigos. Fue todo muy rápido. En cuanto se vio libre, alargó el brazo y asestó un directo seco al taxista, que sorprendido no fue capaz de evitarlo y se quedó unos segundos tambaleándose. Los otros tres hombres le rodearon y Miller se defendió a puntapiés, a golpes ciegos. Saltaba de un lado a otro y logró colocar un rodillazo salvaje en el estómago de uno de los pistoleros que se aproximó demasiado. El hombre se dobló y ciego levantó el arma, dispuesto a terminar con Miller. El taxista, ya repuesto, detuvo su brazo.

—¡No dispares! ¡Le quiere vivo!

Miller escuchó sus palabras y entonces decidió aprovecharse de ellas. Retrocedió para buscar la protección del coche y entonces terminó su resistencia. El hombre que gemía apretándose el estómago, se encontró en buena posición para desquitarse del castigo. La cabeza de Miller se le ofreció cuando éste trataba de mantener alejados a sus enemigos, y cogiendo su pistola por el cañón, machacó la nuca del rebelde.

Miller se desplomó insensible y en el suelo recibió unos cuantos

golpes más, propinados con furia. Hasta que por la carretera apartada y sin apenas tráfico se aproximó un rayo de luz que provocó alarma entre el grupo.

—¡Rápidos! ¡Llevadle al coche! —gritó el taxista que en realidad no era tal—. ¡Daos prisa!

Casi arrastraron a Miller hasta el vehículo. El taxi emprendió la marcha y se alejó a gran velocidad. Los otros tiraron el cuerpo de Miller en la parte posterior, cubriéndole con una manta, y pusieron el coche en marcha cuando el vehículo que llegaba ya estaba casi a su lado. Pisaron el acelerador y uno se quedó observando al otro coche que se detuvo junto al cuerpo de Jane. Un hombre saltó a la carretera y se inclinó sobre ella.

—¡Corre más, idiota! Ahora avisarán a la policía —chilló el pistolero, que vigilaba al prisionero.

El conductor pisó a fondo y así entró en la ciudad. Al enfilar la avenida principal de Wilmington, estuvieron a punto de arrollar a un hombre que descendía de un taxi con un pequeño maletín. Precisamente era Patric Calgari, que saltó a la acera refunfuñando, sin sospechar que en aquel coche iba el hombre que buscaba. Murmuró:

—¡Qué locos! ¡Parece que van a apagar algún incendio! Y esto delante del mismo edificio de la policía.

Penetró en el vestíbulo y poco después, le recibía el jefe de la Brigada Criminal. En la ciudad, el
C. I. A.
sólo mantenía unos informadores fijos y no una organización completa. El inspector Hibbard le atendió con interés, pero mostrándose un tanto escéptico.

—Es difícil localizar a un hombre así, por las buenas.

—Yo creo saber dónde se encuentra. Lo que necesito es que me diga si en las últimas horas han ocurrido accidentes o asesinatos en su jurisdicción. ¿Ninguna denuncia o aviso por violencias?

—No, lo siento. Wilmington es una ciudad tranquila.

Sonó el teléfono y el inspector lo atendió.

—Perdóneme un momento. Sí, inspector Hibbard. Le escucho. —Lo hizo durante unos segundos—. De acuerdo. Iré enseguida a tomarle declaración, Gracias. —Colgó el teléfono y anunció a su interlocutor:

—Un atentado. Han encontrado una chica con un golpe en la cabeza, en la carretera de circunvalación. En este momento la han llevado al hospital.

—Pues eso no es nada pacífico. Su ciudad también tiene gente violenta.

—¡Bah! ¡Riñas de enamorados! Seguramente el resultado de una discusión. No es nada grave y ella no cesa de llamar a un hombre, un tal Erle. Le va a costar un disgusto gordo su mal genio a ese tipo.

Patric saltó en su asiento y cogiendo el sombrero, preguntó, excitado:

—¿A dónde han llevado a la mujer?

Hibbard se impresionó con su aspecto. Abandonando su mesa, dijo:

—Le conduciré en mi coche.

Sin cambiar más palabras, llegaron al hospital. Jane Anderson acababa de ser depositada en una cama y sometida a un breve tratamiento estimulante recobró totalmente el conocimiento. Patric esperaba junto a ella, impaciente y disgustado. ¡Vaya con Erle! ¡No perdía el tiempo! No pasó por la imaginación del joven agente del
C. I. A.
la idea de disputarle a la chica, pues no entraba en sus cálculos el ligar a su azarosa existencia a ninguna mujer. Cuando ingresó en el
C. I. A.
escogió entre la vida agradable de un joven abogado con un brillante porvenir, o el sacrificio absoluto y la renunciación a todo lo que no fuera el servicio a su patria. Sin embargo, mirando el rostro pálido y bellísimo de Jane, su voluntad flaqueaba. ¡Cómo envidiaba a Miller! Pero al menos le quedaba el consuelo de saber que el otro la merecía, y que sería capaz de hacerla feliz.

Jane se abrazó a Patric cuando le reconoció, como buscando en él consuelo. No le fue difícil al agente, a través de sus deshilvanadas palabras, comprender lo que había ocurrido. Y prometiendo a la mujer rescatar a Miller, la dejó en ruanos de los médicos, que debían combatir ahora una fuerte crisis emocional.

El inspector Hibbard le acompañó de nuevo a su oficina. Preguntó:

—¿Qué piensa hacer? ¿Dar una batida al refugia de esa gente? Usted dijo que sabía dónde se encontraban. Podemos rodearlos.

—Habrá que proceder con suma cautela. Tienen en su poder, además de Miller, a un científico que pretenden sacar del país. Éste es el verdadero objetivo de mi trabajo. Si fuera necesario sacrificar a Miller para lograrlo, no vacilaría en hacerlo, y es mi mejor amigo. Sé que él escaria de acuerdo, pues ya arriesgó su vida en este empeño.

—¿Entonces? ¿Cuáles son sus instrucciones?

Patric sacó del bolsillo un prospecto multicolor. Un «clown» gesticulante servía de motivo gráfico para anunciar el programa del circo «Rilman y Braum». Se lo mostró al inspector.

—Todos sus agentes van a acudir hoy como espectadores a esta representación. Creo que es la última y será seguramente comentada. Si le parece, estudiaremos el modo de actuar. Tengo la impresión de que cuando no han matado a Miller en la misma carretera, por alguna razón le conservan en su poder vivo.

Hibbard se sorprendió primero y se quedó pensativo después. Anunció:

—Dice usted que intentan sacar a un hombre del país. Un circo es un maremágnum de equipajes, fardos, fieras y trastos de todas ciases. Esta noche, cuando acabe la representación, empezarán a desmontarlo todo y embarcarlo en el «Antillan» para debutar la, próxima semana en Puerto Rico. Han solicitado un permiso especial y algunos agentes para guardar el orden. Aquí mismo tengo la documentación. ¿Qué le parece?

—Pues que, desde luego, esta representación será comentada. Ya se lo dije antes.

CAPÍTULO XII

El aire del mar refrescaba a los sudorosos y vociferantes hombres de los tenderetes de tiro al blanco, puestos de refrescos y «perros calientes», fotografías humorísticas e incluso galerías de vistas fotográficas con más de treinta años sobre sus lonas, que formaban la gran entrada al circo «Rilman y Braum», el mayor del mundo. Todo aquel hormiguero multicolor y bullicioso que medraba a la sombra del colosal espectáculo, chillaba, anunciaba y ofrecía diversiones sencillas para chicos y grandes, que embobados, contemplaban los muñecos parlanchines y mecánicos, la vieja oratoria de los vendedores y la alegría fingida, pero contagiosa, de los actores ínfimos que representaban a la vista de los mirones.

Al final de la avenida, montada en pocas horas sobre la arena de la explanada, el circo «Rilman y Braum» lanzaba al aire los destellos de sus luminosos y la charanga aturdía con un gran derroche de metales dorados y compás de dos por cuatro. Toda la chiquillería de Wilmington remoloneaba cerca, con la esperanza de encontrar un resquicio por donde entrar sin billete. El ambiente, creado a fuerza de reclamo y de talento publicitario, hacía presentir una gran noche de triunfo para los actores del «Rilman y Braum», cuyos nombres repetía la gente entre exclamaciones admirativas.

Al otro lado de los vallados, donde los coches y las grandes jaulas de los animales se amontonaban caprichosamente, el mundo obscuro del circo trabajaba acarreando fardos y bultos en silencio sobre los remolques gigantescos y acercándolos al muelle, donde un cargo de bastante tonelaje iba tragando a la caravana.

Patric Calgari se entusiasmaba en el circo. No estaban muy lejanos los años en que formaba parte de la legión de muchachos que ayudaban a levantar las lonas a cambio de unas entradas. Quizá

pensara en aquello cuando se dirigía hacia la taquilla. No deseaba intervenir oficialmente de momento Era preciso actuar con mucho cuidado para no alarmar a los asesinos de Mashiville. Adquirió su localidad y dejó el sitio a uno de los agentes de la Brigada Criminal que le seguía. Otros varios ya estaban en el interior, repartidos cuidadosamente según el plan de Hibbard, que conocía a fondo la distribución del circo.

El joven se mezcló entre el público que corría a los asientos y dio vuelta a las grandes pistas colocadas a lo largo del enorme recinto, que parecía tragar a toda la ciudad. Una orquesta desfilaba. Los empleados hacían guardia a los lados de la entrada de artistas. Patric decidió empezar su actuación y para ello necesitaba franquear la cortina de damasco que le ocultaba el paso a las entrañas del espectáculo. Se echó hacia atrás el sombrero, sacó del bolsillo la libreta y la pluma y abordó al primero de los vigilantes.

—¡Prensa! ¿Dónde puedo hablar con el jefe?

El hombre le saludó con respeto. Indicó la entrada.

—Puede pasar. El señor Smoky andará por dentro. Yo mismo le acompañaré.

Lo hizo así. Patric fue sorteando bultos y gentes. Los ayudantes situaban las cosas en el gran corredor dispuestas para ser sacadas a la pista en el momento oportuno. El empleado le señaló a un individuo que estaba de espaldas, discutiendo con una mujer.

—Ése es el jefe. El señor Gene Smoky.

El diálogo con Smoky fue muy corto. Éste se quitó de encima al presunto periodista con pocas palabras.

—Ahora no puedo atenderle. Al final de la representación recibiré a los enviados de la Prensa. Embarcan esta misma noche y tengo mucho trabajo. Discúlpeme.

Patric no tenía el menor interés en hablar coa aquel tipo presuntuoso. Se escurrió como pudo y ya dentro del recinto sagrado del circo, abandonó los camerinos por la primera de las puertas. Salió a la obscuridad del campo, donde los vagones y los camiones eran manchas negras. Se escuchaban risas y voces en el interior de las viviendas ambulantes. El agente del
C. I. A.
se detuvo perplejo. Sólo tenía un indicio y era bastante incierto: el amigo Calhen, con su peculiar tic nervioso. Y tres horas por delante

para encontrarlo. Nunca imaginó un escondite tan fantástico como aquel circo monumental, lleno de sorpresas.

Se agazapó al escuchar pasos. El propio Gene Smoky en persona, que con su andar decidido de hombre acostumbrado al mando, casi le rosó. Le vio trepar por la escalerilla en un gran coche lleno de dorados y cortinas operísticas, y desaparecer en su interior Juzgó que aquél no era el camino a seguir y se alejó hacia la zona más obscura. Una empresa del tamaño e importancia del «Rilman y Braum» no podía tomar parte en aquel juego. El circo era casi una institución nacional. Por lo tanto, alguien al amparo de aquello movía la conjura del caso Parloni.

Rodeó para no pasar cerca del coche del jefe. Y no prestó atención a las voces del interior. Con lo cual cometió un grave error, puesto que la persona que hablaba con Smoky era un hombre delgado, nervioso, que fruncía constantemente los labios en un movimiento incontrolado. Es decir, el hombre que en Denver conocían por el nombre de Calhen, aunque en realidad no era aquél su verdadero apelativo.

Smoky entró en su coche y cerró con cuidado. Calhen salió de detrás de una cortina, en mangas de camisa, con el rostro encendido y los labios más nerviosos que nunca.

—¿Qué? —preguntó el director.

—Nada. Este tipo es más testarudo que una mula. Creo que perdemos el tiempo y no andamos muy sobrado de ello.

—¡Nunca me ha gustado dejar a mi espalda nada confuso! Y no olvidéis que yo tengo que obrar con mucha prudencia. Queda mucha tarea a realizar aún y necesito la seguridad de que la policía no va a rondar por aquí. Déjame verlo.

Apartó a Calhen y levantando la cortina, miró a un hombre tirado en el suelo, entre el lavabo y un armarito. Era Erle Miller, con el pelo sobre el rostro, la corbata floja y los ojos cerrados, respirando agitadamente. Frente a él, el falso taxista de la estación, con la mano derecha envuelta en un pañuelo blanco que tenía algunas manchas rojas de sangre Smoky contempló fríamente al caído y preguntó:

—¿Me oyes, Miller? Tú no eres un idiota y sabes que estás en un mal momento. Cuenta lo que hay sobre los muchachos de Jimmy, en Washington, y te trataremos más consideradamente. No puedes

hacerte el ignorante. La policía ha dado una batida y no ha quedado ninguno con vida. Sólo tú pudiste ponerla en su pista. Anatol me dijo que habías escapado del hotel. No te hagas ilusiones. O hablas o terminamos de una vez. Elige.

Miller se movió un poco, pero no contestó. Le animaba, no sólo el convencimiento de que debía resistir, sino también una especie de amor propio. La revelación de que Gene Smoky era el jefe de aquel grupo de traidores y asesinos, le sorprendió de tal modo que fue incapaz de comprender otras cosas. Y por otra parte, estaba convencido de que era inútil abrigar esperanzas. Smoky se impacientó.

—¡Continúa! ¡Tendrá que aflojar aunque no quiera!

El taxista sonrió y levantando a Miller le simuló golpeando calmosamente, de un modo casi científico. Erle, con los ojos cerrados, soportó el castigo y cuando le soltaron cayó, doblándose en el reducido espacio. Sonaron golpes en la puerta de entrada y una voz chilló:

—¡Jefe! ¡Empieza el primer número!

Smoky, agotada su paciencia, ordenó:

—¡Bueno! ¡Ya basta! ¡Dentro de unos instantes lo lleváis al coche para embalarle! Cuando esté en pleno océano con un buen peso en los tobillos, quizá se arrepienta. Y nada de escándalo. No tendría gracia que se estropeara la cosa en el último instante. No hagáis ruido aquí, Medio circo se pasa la vida espiando al otro medio.

Salió al exterior. Un hombre le aguardaba al pie de la escalerilla y con él se alejó en dirección a la carpa, de donde llegaba el sonido de la música y las risas y exclamaciones de los espectadores.

Se cruzaron con un «clown» de enorme nariz y rostro pintarrajeado en constante expresión de sorpresa. Smoky le gruñó:

—¡No te alejes mucho, «Pluf»! Y nada de beber ni una gota. Quédate cerca de la pista.

El actor contestó con una voz atiplada que, adoptada primero para el trabajo, ya era peculiar en él. Los chiquillos conocían bien a aquel personaje grotesco, «clown» de segunda fila que no tenía asignado más trabajo que vagabundear por las pistas arrancando sonrisas. Se marchó rápidamente, pues sentía un respeto más que regular por el despótico Smoky. Andando casi a saltos a causa de

sus descomunales zapatos, se acercó a un carro modesto, y después de mirar con cuidado hacia el lugar por donde el jefe había desaparecido, entró en él, sin advertir a un hombre que se ocultaba con cuidado entre las sombras y le mostraba una especial atención.

«Pluf» tardó bastante en salir. No tenía compañeros en el carro y le gustaba recurrir a cierta botella escondida bajo los trajes de colores. Quizá por eso, al abandonar su vivienda andaba con mayores dificultades, como si la molestia de los zapatones fuera mayor. En lugar de seguir hacia la pista, se perdió entre los vagones y los camiones, mirando cómo eran transportadas las cosas hasta el muelle.

Un poco más allá, otro de los personajes anónimos del circo, el cuidador del «zoo», Chisco Grant, vigilaba con cuidado para que sus más queridos animales no se espantaran demasiado. La jaula de los maravillosos tigres de Bengala, que debían actuar poco después, tenía ya montado el túnel de rejería que los conduciría directamente a las pistas para hacer estremecerse de pánico a los espectadores. Eran dos animales aún poco habituados y era preciso tranquilizarlos.

Se dedicaba a ello, evitando que los extraños se acercaran allí, cuando vio un gruño que llegaba saliendo de entre dos carros. Reconoció a uno de ellos El tipo delgado que hacía días rondaba por el circo y que parecía muy amigo de Smoky. Un hombre desagradable. En compañía de otro llevaban cogido a un tercero, que no se mantenía en pie.

—¡Qué gentuza! ¡Siempre lo mismo! ¡Deberían echarlos de aquí!

Instintivamente, se ocultó entre unas cajas y pasaron muy cerca, exponiéndose a la luz de las jaulas. Grant miró al nombre que conducían y parpadeó. Les vio marchar hasta el final, junto al vallado y desaparecer en el interior de un coche.

—¡Caramba! ¡Hablando de borrachos! ¡Ese hombre parecía Erle Miller! No debo andar muy bien de la vista ya. ¡Calma, muchachos! —Se dirigía a los tigres que paseaban sin cesar—. Cualquier día le vais a dar un disgusto al presumido del domador.

Chirrió la arena y se volvió sorprendido Respiró un poco más tranquilo al reconocer al bueno de «Pluf», con su andar balanceante.

—¿Qué haces por aquí, «Pluf»? ¿Es que no actúas? Será mejor que te largues, pues hay mucho jaleo. ¿Tienes ya listo tu equipaje?

El «clown» se recostó en las jaulas, sin asustarse por la proximidad de las fieras. Contestó, con su voz atiplada:

—No quiero trabajar. Me río de Smoky.

—Lo que pasa es que ya has bebido otra vez. Tienes la voz ronca. Te costará un disgusto Es curioso. ¿Recuerdas a Erle Miller? Tenía algunas cosas en común contigo, en lo de beber y en lo buena persona.

—Sí, claro que me acuerdo de Miller —dijo «Pluf» sin mostrar el menor interés, observando el brillo de la limpia piel de los Bengala.

—Pues juraría que le he visto pasar. Le llevaban entre el amigo del jefe y otro hombre. Se han metido en aquel coche. ¡Mira! ¡Ahora sale uno de ellos! A Smoky le van a pedir cuentas cualquier día. Esa gente no es del circo.

Calhen se alejó deprisa, hacia la carpa. «Pluf» comentó, aburrido:

—Parece un «gánster». Y no comprendo qué hacen aquí. Tienes razón. Quizá le ocurra algo a Miller.

—¿Qué va a ocurrirle? Iba bebido —empezó a preocuparse—. Eso que yo nunca vi a Miller de ese modo. Nunca perdía el dominio.

«Pluf» se incorporó. Animó a su amigo.

—Si quieres salir de dudas, vamos a comprobarlo. Me gustaría saludar a Miller. Aunque creo que te has equivocado. Estás ya muy viejo. Cualquier día confundes al gorila con un chimpancé.

Chisco Grant comprobó que las rejas estaban bien colocadas y sin abandonar su rastrillo, siguió al «clown», que decididamente se acercaba al carro. La puerta aparecía cerrada. Grant subió por los escalones y golpeó con fuerza.

Enseguida se abrió y un desconocido asomó. Miró al cuidador con recelo y ordenó:

—¡Ya se está largando de aquí! ¿No me oye?

Grant tenía orgullo y se encrespó. Alargó el brazo para apartarle y dijo:

—¡No sé quién es usted! ¡Déjeme pasar! ¡Necesito ver a un amigo!

El taxista de unas horas antes no se entretuvo en contemplaciones. Sujetó a Grant con fuerza y con la mano derecha le golpeó en la cara, haciéndole retroceder. El pobre hombre soltó su rastrillo y perdiendo el equilibrio, planeó sobre los escalones,

quedando tendido en el suelo.

«Pluf» barbotó algo. Moviéndose torpemente, agarró el instrumento de trabajo de su amigo, lo volteó sobre la cabeza y le asestó un golpe al desconocido, con tal precisión, que éste, gimiendo apagadamente y después de intentar agarrarse a la puerta, cayó al interior del carro, cuando Grant se levantaba ya, dispuesto a lanzarse a la batalla.

—¡Bravo, «Pluf»! ¡Has estado enorme!

—¡Lo he hecho muchas veces en la pista con palos de goma! ¿Quieres probar? —Sujetaba el rastrillo con fuerza y daba saltos de contento.

Grant, sin escucharle, entró en el carro apartando al hombre, que tenía para un buen rato. Encendió la luz y enseguida vio a Erle Miller.

Estaba tumbado sobre un catre, con las manos y los pies bien amarrados y una mordaza cubriéndolo la boca. A su lado alguien había dispuesto un gran cajón de embalaje con los rótulos del circo, lleno de paja, que tenía la tapa desclavada. Grant no comprendió bien aquello, y además, en lugar de perder tiempo, se apresuró a soltar las ligaduras de su amigo.

—¡Pobre muchacho! ¿En qué lío se habrá metido? ¡Dame un poco de agua, «Pluf»!

El «clown» lo miraba todo con gesto de espanto. Claro que era difícil adivinar la verdadera expresión del rostro, oculto por completo bajo el espeso maquillaje. Se apresuró a tomar un vaso del tocador y llenarlo de agua. Grant lo vertió sobre la cara de Miller, que separó los párpados y no tardó en reconocer a los dos hombres. Una luz de desconfianza iluminó sus ojos enrojecidos.

—¿Qué haces tú aquí, Chisco? ¿Es posible que también…?

Vio el cuerpo del taxista y se detuvo. Grant contestó a su rauda pregunta.

—Lo hizo «Pluf». Un golpe al estilo de la pista, pero con dinamita de verdad. ¿Qué tal te encuentras? No comprendo qué te ocurre. No creí que la rivalidad profesional llegara a tanto. ¿Todo esto es para quitarte un contrato?

—No puedo explicártelo, Grant. Pero muchas gracias a los dos. Os aseguro que habéis hecho una cosa buena. Ahora tengo que marcharme enseguida a la ciudad. O telefonear a la policía…

—¿A la policía? En el circo estarán los agentes de servicio. Pero no debes precipitarte. Ya sabes que un escándalo no lo olvidaría Smoky. Quizá debas decírselo a él primero.

Miller se incorporó. Tenía todo el cuerpo dolorido y en la boca el sabor de la sangre. Se acercó al pistolero caído y lo registró. Sabía que tenía un «Smith Wesson» y lo encontró enseguida, pasando a su propiedad. A la vista del arma, «Pluf» dio un grito y Grant retrocedió. Miller miró a sus amigos y como si pensara en voz alta, murmuró:

—Tendré que actuar solo. No puedo perder la oportunidad. —Miró el cajón—. Es preciso encontrar otro cajón parecido a éste. No estará lejos. Un cajón capaz de contener a un hombre vivo. Si llamamos a la policía, quizá alarmemos a estos canallas y consigan llevarse al profesor.

Grant se empezó a rascar la cabeza.

—¿Un cajón, la policía, un profesor? ¿Estás seguro que te encuentras bien, muchacho?

—Completamente. Vosotros dos podéis recorrer esto sin despertar sospechas. Repartámonos el trabajo. Cada uno registrará una parte. El que encuentre algo así…

—¡Eso! —chilló «Pluf»—. ¡El que lo encuentre gana el premio de los jabones Palmi y la fama! ¡El arca del profesor! ¡El concurso!

—¡Calla, idiota! —Miller se impacientó. Debía recurrir a aquellos dos hombres en los que podía confiar, aunque no fueran dos talentos precisamente—. Busco a un hombre grueso, casi calvo, con gafas y de mediana edad. Puede estar dentro de un cajón como éste, bien amarrado o narcotizado. Existe la posibilidad de que lo hayan embarcado ya. Pero creo que lo harán a última hora.

—Pues podemos empezar. Conozco bien todos los rincones del circo. ¿Qué hacemos con este hombre? —preguntó Grant.

A una indicación de Miller le amarraron con cuidado y lo amordazaron, dejándolo en el lugar que había ocupado Erle. Enseguida salieron al exterior y antes de que pudieran empezar a buscar, «Pluf» señaló a un hombre que se acercaba, vestido con un traje de dril como el de los cargadores del circo. No dudó al dirigirse en línea recta al coche que acababan de dejar los tres hombres. Miller hizo una seña y se agazaparon junto a las ruedas, para dejarle pasar. El asombro de Erle Miller fue tremendo al

reconocer al sujeto de la fotografía enviada por Smoky a Washington: el profesor Luigi Parloni Lanzó una exclamación y como una flecha le abordó, sin que «Pluf», que se movía inquieto, pudiera detenerle.

—¡Profesor! ¡Profesor! ¿Está usted bien?

El hombre se volvió. Grant y «Pluf» aguardaban a espaldas de Miller y les contempló bastante asombrado, pues formaban un trío extraño. Miller empezó a explicar a toda prisa lo sucedido. Cuando terminó, Parloni respiró tranquilo y dio algunas explicaciones.

—¡Gracias a Dios! ¡Salgamos cuanto antes de aquí! ¡Me han sometido a drogas y amenazado de un modo terrible! ¿Dónde está la policía? ¿No la han llamado? En este momento he conseguido burlar a mi guardián y…

—No. Estamos nosotros solos, pero conseguiremos salvarle. Le sacaremos al exterior y avisaremos a las autoridades para que capturen a toda la banda.

—Me parece bien. Pero primero dejen que les muestre esto. —El profesor introdujo la mano bajo la chaqueta de trabajo y sacó una pistola alemana de largo cañón. Al instante, su expresión cambió. Encañonó a los tres hombres y sonrió complacido—: Extraño para un científico, ¿eh? Siempre me gustó la acción. No intenten moverse, pues soy tan diestro con la pistola como con la electrónica y las matemáticas. ¡Vaya un detective que hace usted, Miller! ¿No lo extrañó encontrarme libre? Ahora van a ser buenos los tres y quedarse quietos mientras llegan mis amigos. No pueden tardar. Haremos juntos el viaje a Puerto Rico, o al menos parte del viaje.

Miller quedó tan confundido y tan rabioso, que en lugar de intentar salir del paso, sólo pudo hacerse reproches por su torpeza. Fue el «clown» quien preguntó, como si aquello fuera chino:

—¿Pero no estaba usted en un cajón? Miller decía que…

—Todos habéis creído que me raptaban, y vuestra insoportable vanidad no podía comprender que por mi propia voluntad me pasaba al enemigo Lástima que hayan descubierto la comedia del aeropuerto. Fallaron mis cálculos para poder seguir trabajando en otro sitio sobre el mismo plan que en los Estados Unidos. Ahora, creyendo que he sido sacado a la fuerza del país, en Los Álamos no querrán arriesgarse y cambiarán los procedimientos. Pero con ello perderán muchos meses de estudios que nosotros llevaremos de

ventaja. Tengo aquí, en mi cartera —señaló su pecho— todo lo que de interés ha salido del laboratorio. Y lo demás, en el cerebro. ¡La hospitalidad de su país ha sido deliciosa! ¡Francamente deliciosa!

—¿Usted no es italiano, verdad? —preguntó Miller, comprendiendo.

—¿Cómo lo ha conocido? Pero terminemos la conversación. Aquí llegan mis buenos amigos Un par de delicados individuos que por dinero venden a su patria.

Miró a Calhen y Smoky que se acercaban deprisa y al ver al grupo empezaron a correr. Con ello el profesor se distrajo un poco y «Pluf», quizá el más inconsciente, se arriesgó a hacer algo. Levantó un poco el pie y el extremo del enorme zapato de medio metro golpeó el brazo del profesor. El proyectil que brotó de su arma atravesó el zapato, dejando un amplio boquete en él, pero ya Grant, con su peculiar rudeza, se abalanzaba sobre Parloni y le derribaba al suelo. Las gafas del profesor salieron disparadas, dejándole poco menos que inutilizado. El cuidador le arrebató el arma y pisó con fuerza los cristales que Parloni intentaba recuperar. Después, le propinó un puntapié en la cara, que le aflojó por completo y le apartó de la lucha.

Miller, demasiado sorprendido por la actividad de los dos amigos, sólo tuvo tiempo para sacar su revólver y enfrentarse a Smoky y su compañero. Smoky fue el primero en disparar, pero no ora buen tirador. Miller casi se rió al sentir el silbido de la bala a un metro de la cabeza. Se dispuso a cortar la carrera de sus enemigos y el desconcertante «Pluf», tan oportuno en otras ocasiones, se lo impidió, interponiéndose y gritando como un energúmeno llamando a la policía. Sus gritos surtieron efecto, pues escucharon un silbato y pasos que se acercaban presurosos.

Smoky y Calhen se detuvieron indecisos. Después dieron media vuelta y emprendieron otra carrera, ahora en dirección contraria. Un hombre seguido de otros más, todos con el inconfundible aspecto de la gente de la Ley, llegaron al lugar. Miraron a Miller y sus dos compañeros dispuestos a hacer preguntas, y «Pluf», muy nervioso, le señaló al profesor.

—¡Este hombre es no sé qué profesor! ¡Vigílenlo con cuidado, que no se escape!

El inspector Hibbard vio a Miller y a Grant que se alejaban a

toda prisa en pos de los bandidos. Cambió unas palabras con el «clown», que seguía gesticulando, y dispuso que varios de sus hombres recogieran a Parloni, llevándoselo a un coche. Él y «Pluf» continuaron tras las huellas de Miller.

—¡Se separan! —gritó Erle al cuidador del «zoo», que con dificultad le seguía—. ¡Voy a detener a uno!

Apuntó, sin detenerse, a Calhen, y le colocó un balazo en el lugar donde pretendía: en una pierna, lo que fue suficiente para derribar al fugitivo. Smoky, que parecía un elefante alocado, empujando todo lo que e le ponía por delante, se volvió y disparó sobre sus seguidores, con resultado negativo. De algunos coches empezaron a surgir gritos y voces y las carreras se multiplicaron. A espaldas de Miller, «Pluf» saltaba ridículo con sus zapatos doblados grotescamente. Así y todo fue capaz de alcanzarle y junto con él penetrar en el corredor de los camerinos. Smoky, apartando a los que le estorbaban el paso, buscó el lugar más concurrido. Todos se sorprendían al verle con aquel gesto de fiera acosada y un arma en la mano.

—¡Quiere entrar en la carpa! ¡Intentará cruzar entre el público donde sabe que no puede herírsele, y salir por el otro lado! —advirtió Miller a su compañero, «Pluf» asintió. La intención de Smoky era clara. Apartó la cortina y la música y las voces llenaron el corredor, Miller saltó también a la pista, como en otros tiempos, con un revólver dispuesto, pero sin traje de pionero del Oeste y sin aplausos. Sintió el aroma característico del circo y el rumor, casi rugido, del público. Todo ello le trastornó un poco y por eso «Pluf» le dejó atrás.

—¡Ahí va Pluf! —gritaban los chicos desde las gradas—. ¡«Pluf», que llevas un zapato roto! ¡«Pluf», déjanos tirarte de la nariz!

El payaso trotaba por el borde de la primera pista, con una gracia de movimientos que nunca había demostrado. Los saltadores que actuaban en la pista central miraron de reojo a aquel idiota que venía a distraer al público y a robarles los aplausos Nadie prestó atención al paso de Smoky, que mezclándose entre los empleados trataba de llegar, con relativa y fingida calma, hasta la puerta.

Uno de los mozos intentó sujetar al «clown», que le dio un quiebro despertando una oleada de aplausos. El jefe de la «troupe» de saltadores manoteaba reclamando que le echaran de allí, pero

«Pluf» sólo tenía ojos para Smoky, que ya estaba a un par de metros de la puerta. El payaso se detuvo y sonrió contorsionando las líneas de pintura. Cuatro hombres hicieron aparición ante Smoky, que retrocedió con celeridad, y mirando desesperado a su alrededor cambió de rumbo, dirigiéndose a una de las salidas laterales.

Otra vez fracasó. Los saltadores se retiraban saludando entre grandes ovaciones y Smoky, acorralado, intentó volver hacia el otro extremo de la carpa, para ver a Miller, en compañía de Hibbard y otro par de policías, que se dirigían despacio a su encuentro.

Entre la indiferencia del público que abarrotaba el «Rilman y Braum», tuvo lugar la caza del hombre, despiadada y sin cuartel. Smoky había guardado su arma, para no despertar la alarma y empezó a girar como loco. En cada rincón, en cada puerta un hombre le observaba fríamente. Y allí en la pista, aquel idiota de «Pluf», que con su indiferencia despertaba las risas del público.

Un clamor de entusiasmo se alzó. Por la estrecha pasarela de gruesos barrotes los tigres de Bengala hicieron su aparición, dirigiéndose con calma a la gran jaula de la pista lateral. Smoky perdió ya totalmente la paciencia y sacando de nuevo su pistola corrió al centro de la pista. La gente se quedó en silencio, sin comprender que aquello no era parte del espectáculo, mientras el domador, absorto, preguntaba a sus ayudantes el significado de la intrusión.

Hibbard se alarmó. El jefe del «Rilman y Braum» había perdido su control y era capaz de cualquier cosa. Rápidamente, y seguido de varios de sus hombres, se dirigió hacia Smoky. El espía a sueldo sujetó con mano nerviosa el cerrojo de la jaula y gritó tan potentemente que su voz resonó en toda la carpa por encima de la orquesta y del murmullo del público:

—¡Un paso más y dejo en libertad a los tigres! ¡Si avanzan serán ustedes responsables de una catástrofe!

Sólo aquellas palabras ya podían provocarla. Una tempestad de gritos se alzó y la gente intentó ganar las puertas. El locutor, en un momento de inspiración, anunció por los altavoces:

—¡Señoras y señores! ¡El señor Smoky va a presentar un nuevo número con tigres de Bengala! ¡Algo sorprendente y realista! ¡Procuren no olvidar que en el circo «Rilman y Braum» todo es distinto! ¡Atención a la pista tres!

Aquello calmó los ánimos. Nadie quiso servir de burla y todos aguantaron, aunque con inquietud en el corazón y una sospecha en el cerebro. El silencio se hizo espantoso, pesado. Las miradas estaban fijas en las manos de Smoky, que apretaban con fuerza el cerrojo, y en los tigres, que impacientes no cesaban de saltar en su encierro y mostrar el marfil de sus colmillos.

Hibbard, con el rostro lleno de sudor, dio un paso. Calculó que la distancia que le separaba de aquel loco era mucha para intentar abatirle de un balazo. Y además en el último estertor poesía liberar a las fieras. Sólo tenía que mover un poco la mano. Un paso más y los dedos de Smoky se crisparon.

—¡Ordene a toda su gente que se retire de la puerta! ¡Llévelos al otro lado de las pistas! —gritó Smoky.

Uno de los policías, sin poder contener los nervios, avanzó con el revólver en la mano. Hibbard intentó contenerle, pero demasiado tarde. Smoky lanzó un juramento. El cerco de hombres armados terminó de enloquecerle, y de un golpe seco retiró el barrote de hierro.

El espanto inmovilizó a todos. Nadie se movió de su asiento, las miradas fijas en la puerta, que lentamente giró, dejando libre el paso a los dos animales.

Smoky se horrorizó y quiso escapar. Un solo zarpazo del primero de los tigres le derribó. Su alarido tremendo conmovió toda la carpa y hubo unos segundos de pánico. Por eso no provocó risas la carrera desesperada de «Pluf», que se acercó a Miller y le dijo con una voz distinta, que no era la suya aguda de siempre:

—¡Dispara, Miller! ¡Esos animales no pueden ser encerrados de nuevo! ¡Están sin domesticar y han gustado de la sangre! Dispara antes de que se lancen sobre el público. Has de acertarles en el cerebro, pues heridos son más peligrosos.

Hibbard alzaba ya el brazo, pero «Pluf» le detuvo. Miller aspiró y con calma, entre la expectación de todos los presentes, apuntó a aquellas siluetas nerviosas. Disparó, y el tigre que se dedicaba con toda calma a despedazar el cuerpo de Smoky saltó en el aire como impulsado por un resorte, para caer sobre el cadáver del jefe del «Rilman y Braum». El otro se sobresaltó y velozmente se dirigió hacia el público. Otra presión sobre el gatillo y el proyectil, colocado entre los dos ojos rasgados del felino, le derribó a pocos

metros de las primeras filas.

Siguió un silencio tenso. Una voz, la de Chisco Grant, se alzó jubilosa:

—¡Éste es «El Gran Miller»!

La emoción y la excitación nerviosa de la gente se quebró en gritos y aclamaciones. El nombre de «El Gran Miller», todavía recordado, corrió por todos los labios y una ovación inmensa, la mayor que el tirador recibiera en toda su vida, estremeció el circo. El locutor, pálido y desencajado, dio una orden a la orquesta y la charanga acompañó al triunfo, impensado y absoluto, de Erle Miller.

Así es el circo, magnífico y cruel. Un grupo de gente, entre la que se encontraba «Pluf», rodearon el cadáver de Smoky y lo condujeron al interior. Vertieron serrín sobre la sangre y el espectáculo continuó después de aquel plato fuerte fuera de programa. «El Gran Miller» reconquistó de golpe las mayores letras del cartel, disparando otra vez sobre seres vivos, sujetando los nervios cuando era realmente de importancia sujetarlos.

En el despacho del director, Hibbard felicitó a Miller. Los principales protagonistas del drama estaban allí. El último en llegar fue «Pluf», que con gesto de alivio se despojó de la nariz de goma, de los zapatos y de la casaca caricaturesca. Con una toalla se frotó el rostro fuertemente, hasta dejar al aire las facciones alegres y simpáticas de Patric Calgari, agente del

C. I. A.

Para Miller, que reconoció su voz en el momento en que le ordenó disparar, no fue sorpresa Para Hibbard tampoco. El pobre de Chisco Grant resultó el único admirado. Preguntó confuso:

—¿Y… «Pluf»?

—¡Nunca he visto una persona con menos vocación para su trabajo! —rió Patric—. No me costó nada convencerle. Deba estar durmiendo en su coche. Con tal de no trabajar, es capaz hasta de descubrir los secretos de su maquillaje.

—Pues le advierto que «Pluf» nunca hizo reír tanto a la gente como hoy. Tiene usted madera de payaso.

—Todos somos «clowns» en alguna ocasión. Pero por nada del mundo saldría otra vez a la pista con estos trastos. ¡De ahora en adelante todos los zapatos me los compraré pequeños!

* * *

El avión describió un círculo para ganar altura Allá abajo, un cargo de mediano tonelaje se alejaba hacia el sur, dejando una estela plateada Patric Calgari, sujetando con cuidado una cartera de cuero donde llevaba los preciados documentos que el profesor Luigi Parloni estuvo a punto de poner en manos del enemigo, miró hacía el navío. Adivinaba los coches multicolores del «Rilman y Braum» alineados sobre la cubierta. Y también en algún lugar, contemplando la tierra que se alejaba desde la toldilla, a una pareja feliz. La jornada por «El Gran Miller», otra vez la estrella del circo, y Jane Anderson.

—El Mayor no volverá a mandarme a hacer preguntas a las amas de casa sobre la vida de un vecino sospechoso —pensó para consolarse—. Seguramente que mi próximo trabajo será al Irán. O a Turquía, o a Formosa… En cualquier sitio donde deba estar presente el

C. I. A.,

para combatir a nuestros enemigos y asegurar la integridad del país.

Y ciertamente que aquello compensaba de todas las renunciaciones.

FIN